

colección alandar 



El tesoro de la isla de Ízaro

Pablo Zapata Lerga



Lectulandia

Bermeo, siglo XVI. El convento de la isla de Ízaro ha sido brutalmente asaltado por unos piratas extranjeros. Joaquín y Moncho, dos jóvenes bermeanos, sospechan por ello que en las cuevas de la isla se oculta un gran tesoro. Con la ayuda de la guapa María Bernarda, intentarán encontrarlo y harán muchos e interesantes descubrimientos.

Su aventura tendrá lugar en un ambiente marineramente marcado por la peligrosa vigilancia de la Inquisición, las leyendas fantásticas y los relatos de ultramar.

Lectulandia

Pablo Zapata Lerga

El tesoro de la isla de Ízaro

Alandar - 81

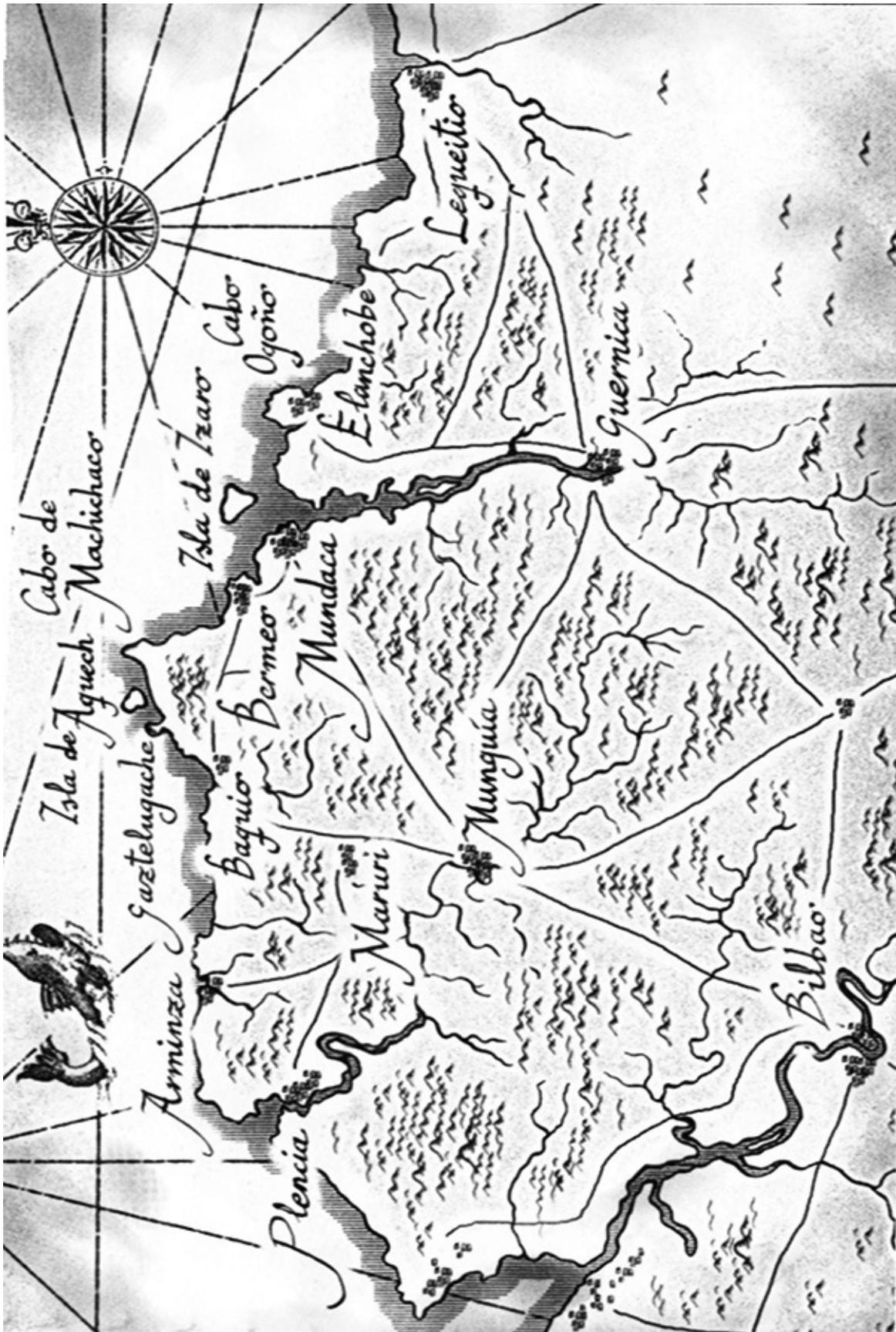
ePub r1.0

Titivillus 24.04.2019

Pablo Zapata Lerga, 2006
Diseño de cubierta: Paco Sánchez

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1





Con este libro quiero rendir homenaje a los Verne, Salgan, Dejoie, London, Twain, Stevenson, Baroja, Swijt, Poe, Melville, Haggard, Kipling, Cooper, Dumas, Doyle, Wells y a todos aquellos escritores que tuvieron alma libre y viajera, y tantos otros que desde muy niño me hicieron soñar y pasearme por el mundo entero a través de la simple letra impresa y pusieron alas a mi imaginación mostrándome otros mundos reales.

*donde los piratas existen,
donde los corsarios son seres libres,
donde la mar no tiene fronteras,
donde la imaginación no tiene límites,
donde se puede soñar con libertad plena.*

Igualmente, lo dedico a quienes han sido alumnos míos a lo largo de mis años dedicado a la enseñanza.

Con ellos en las aulas, intenté aprender y explicarme aquello que yo pretendía enseñar.

Mi agradecimiento a Ángel García Aguirrey Antón Erkoreka, bermeanos que me han ayudado con su asesoría y documentación.

Nota:

Esta novela, aunque se apoya en ocasionales referencias históricas ocurridas en el siglo XVI y en datos geográficos y antropológicos, no pretende ser una novela con fidelidad histórica.

Respecto a la grafía de las palabras vascas, o en euskera, tanto en nombres propios como en topónimos (Garaikoetxea, Arregi, Mundaka, Gemika, Armintza, etc.), mantengo la del siglo XVI (Garaicoechea, Arregui, Mundaca, Guernica, Arminza, etc.), ya que la novela no está escrita en lengua vasca y así se escribían en castellano estos nombres en aquella época. Todos los apellidos citados son de Bermeo de los siglos XVI y XVII.

VANO INTENTO DE ASALTO

En cuanto las naves fueron avistadas a larga distancia por los atalayadores, sonaron las campanas y se enviaron emisarios a todos los pueblos de los alrededores para que vinieran en socorro de la villa pesquera.

Toda la noche hubo hogueras encendidas en los faros y atalayas de la costa, y las campanas no dejaron de repicar avisando del peligro que se avecinaba. La villa de Bermeo, muy despoblada de hombres en esos momentos por las numerosas gestas guerreras habidas a lo largo de todo el siglo XVI, estaba temerosa. Muchos de sus marinos habían participado en las guerras del Mediterráneo o contra turcos y piratas, en la conquista de las Indias, en las luchas contra los rebeldes de Flandes y Nápoles, en las grandes batallas navales de Lepanto, en 1571, y la Gran Armada, en 1588. Más los otros, aquellos hijos del pueblo que todos los años morían en el oficio de la pesca, en el marear por la ruta de las Indias o por los azarosos mares nórdicos a la captura del bacalao y la ballena.

Eran demasiadas las viudas y los huérfanos. Nadie podía acallar los suspiros de los heridos ni taponar el llanto de los familiares de los muertos. Era el tributo que la mar, dadivosa y vengativa, exigía constante.

Por la mañana, cuatro galeones y dos lanchas se habían acercado a la bocana del puerto para iniciar el asalto. A una milla^[1] se divisaban seis bajeles de mayor calado que les daban escolta, se acercaban y disparaban culebrinas de largo alcance.

De Durango, Ugarte, Marquina y demás pueblos vecinos llegaron cuatrocientos infantes bien dotados de armas. En la plaza se hizo alarde de tropas y munición, se reforzaron las fortificaciones y se puso la villa toda en estado de defensa. Desde las troneras, de lo más alto de los torreones y de la muralla, no dejaron de sonar durante horas las piezas de cañón lanzando sus fuegos en dirección a la bocana.

Los asaltantes lograron adentrarse en la dársena abierta, pero los bermeanos tenían apostadas allí dos baterías, atrancaron las siete puertas de las murallas y las defendieron a conciencia, impidiendo que entraran en el puerto interior. Durante todo el día retumbaron los cañones y arcabuces. Y sólo se olió a pólvora. Hasta que se hizo de noche, y se les obligó a la retirada. Las campanas voltearon a gloria cuando vieron que las naves habían salido a mar abierta dejando libre la ensenada del puerto. El peligro había pasado. Los piratas no habían conseguido lo que se proponían, no habían logrado entrar en el puerto pesquero más importante del Cantábrico. Bermeo era una villa perfectamente fortificada, era la cabeza de Vizcaya.

Pero todavía olía a explosión y muerte entre sus calles, irregulares y empinadas. Desde cada casa-torre, desde la atalaya y los adarves de las murallas, sus gentes seguían avizorando la oscuridad infinita de la mar. El peligro seguía vivo.

Y fue una noche expectante, negra, sin luna.

LA PROFANACIÓN

—Levántate, Joaquín, que ya es hora —me despertó mi madre golpeando en la puerta.

Hacía fresco cuando salí de casa aquel primero de septiembre del año del Señor de 1596. Caminaba medio amodorrado, ya que había dormido poco y mal con tanto sobresalto. La mañana, grisácea y tristonía, se despertaba con timidez y ahuyentaba la bruma. Una suave lluvia, diminuta y pertinaz, difuminaba el ambiente y formaba una neblina. Era el sirimiri, invisible y omnipresente. Su caricia, junto con la brisa marina, me iba despertando y haciéndome volver a la realidad diaria.

En una pequeña alforja llevaba el almuerzo que me había preparado mi madre. Las faenas en el puerto eran duras. Por las calles, empinadas y tortuosas, los distintos grupos de pescadores y artesanos de los oficios y cofradías avanzábamos, medio sonámbulos, camino del puerto.

—¡Venid, venid corriendo! ¡Mirad! —gritó el que marchaba a la cabeza de nuestro grupo volviéndose hacia nosotros con el rostro desencajado, expresión terrorífica y señalando con el brazo en dirección al muelle.

Los que íbamos tras él giramos la vista hacia donde señalaban los gestos aterrados de Pedro Areilza, quien no podía pronunciar palabra y apuntaba en silencio hacia la bocana del puerto. Avanzamos unos pasos y nos quedamos petrificados ante lo que apareció a nuestra vista. Cerca de nosotros, con los primeros bostezos del alba, se recortaba la figura de un galeón desarbolado y al paio^[2], ligeramente escorado de babor, y que la brisa iba metiendo hacia el interior de la dársena. Nuestros ojos, atemorizados, no daban crédito a lo que estaban viendo. De los palos más altos del galeón pendían seis frailes con hábito franciscano, tres de la percha del trinquete y otros tres de la percha del mesana. Sus cuerpos, desmesuradamente alargados, se balanceaban al vaivén de las olas. Unos frailes se veían descalzos, de otros colgaban las sandalias sujetas a los tobillos. Sus caras, contrahechas en una mueca extraña y trágica,

inspiraban respeto. Nos acercamos al borde del dique estirándonos al vacío para contemplar más de cerca el macabro espectáculo.

—Son franciscanos —señaló uno.

—Seguro que son de Ízaro —añadió otro.

Todos miramos hacia el peñón de la isla de Ízaro, a milla y media de la costa, donde se recortaba, solitaria y misteriosa, la figura venerable del convento, lugar afamado por la virtud de sus frailes, que vivían en condiciones durísimas. Nos inquietó ver que salía humo por distintos sitios, pero de nuevo nuestras miradas se centraron en el buque, que se iba acercando más y más al espigón del dique. En medio de un pavoroso silencio, seguimos contemplando la estampa tétrica que teníamos ante nuestros ojos.

Cuatro pescadores, mientras los demás nos agolpábamos al borde del dique, subieron a una lancha y remaron en silencio hacia el barco. Nadie hablaba.

—Yo no subo, no me atrevo —protestó uno de ellos—. Puede que haya peste ahí arriba, no sabemos si son del convento o vienen de fuera, no sabemos qué barco es. Y tengo familia... Además, no podemos intervenir sin el permiso de la autoridad judicial. Se nos puede acusar de lo que no hemos hecho. Volvamos, yo no subo. Que vengan las autoridades y decidan lo que hay que hacer.

—Es sensato lo que dice, volvamos —le apoyó otro, a quien el miedo hacía encontrar muy acertado su argumento.

La lancha viró y volvió a las escaleras del muro. Salieron los cuatro y se juntaron con los demás. Todos seguíamos sin poder apartar los ojos de aquel dramático, espantoso y triste cuadro dibujado en medio del agua. Comenzó a venir mucha gente.

—Ese barco no es de estas tierras, es de aguas arriba, por encima de Bayona —afirmó el mayor de todos, Eufrasio, viejo hombre de mar—. ¡Se han vengado esos malnacidos! Como no consiguieron entrar en el pueblo, se han cebado con esos pobres frailes.

—Nada de pestes. Si no me equivoco, por el humo que veo que sale del convento, éstos son frailes de Ízaro. Me parece que los piratas han hecho una de las suyas. Vamos rápido, hay que descolgarlos. Sube, chaval, que eres joven —nos dijo nada más llegar el cónsul de mar, autoridad máxima en asuntos judiciales marinos, señalándome con gesto autoritario.

Montamos en una chalupa. Al acercarnos por estribor, como yo era uno de los más jóvenes, lancé un cabo con un anclote de arpeo, sus garfios se agarraron en la borda, trepé el primero, decidido, y eché varios cabos y

escalas. Ya en cubierta, nos quedamos petrificados. Sobre nuestras cabezas se bamboleaban lúgubrementemente las seis figuras rígidas de los frailes. Sus rostros, desencajados, tenían un aspecto siniestro. Entonces pudimos reconocerlos. No eran frailes de Ízaro sino del convento de Durango, a pocas leguas de la costa.

Por iniciativa del juez, varios jóvenes trepamos por las jarcias, cortamos los cabos de los que pendían y descendimos con sumo cuidado y respeto los cuerpos exánimes de los venerables frailes. Cuando acabábamos de tenderlos sobre cubierta, oímos unos gritos por babor. Nos acercamos a la borda y vimos que un muchacho estaba agarrado a la gruesa cadena del ancla. Lo izamos. Estaba completamente mojado y tenía la cara tan contrariada que algunos no lo reconocimos.

—¡Es Moncho, el recadero del convento, el hijo de Tomasa, la viuda del difunto Andrés de Arrospe! —gritó uno.

Yo también lo conocía. Le dijimos que nos contara lo que había pasado, pero apenas podía hablar. Estaba muy pálido y temblaba de frío. Respiró varias veces y se tranquilizó cuando reconoció los rostros de los que lo estábamos mirando. Lo desnudamos y le dimos ropas secas. Le costó enderezar sus músculos, ateridos y paralizados tras largo rato en postura incómoda.

—¡Los piratas, han sido los piratas! —fue lo primero que dijo.

—Tranquilízate y cuéntanos lo que ha pasado —le calmó el cónsul de mar.

Iba a comenzar a hablar pero le dio un repentino temblor que le provocó el llanto y prorrumpió en un sollozo incontenible a lágrima viva. No podía parar.

—Dejadle que suelte la llorona hasta que se tranquilice. Llorar, chaval, que también los hombres lo hacen —le consoló un pescador, a la vez que le daba suaves palmadas en la espalda.

—Cuéntanos lo que sepas —le pidió el cónsul de mar.

Cuando lo vimos más sereno, lo sentamos encima de un montón de maromas. Los demás nos acomodamos en cubierta. El muchacho respiró con más sosiego, nos miró y durante largo rato nos tuvo sin pestañear pendientes de lo que decía.

Dos días antes, después de comer, vio que ondulaba el lienzo blanco en lo más alto del convento. Era la señal que habían convenido los frailes con su madre para cuando necesitaran comida. La señora Tomasa, la madre de Moncho, preparó rápidamente el pedido de otras veces: verduras, hortalizas, quesos, un cordero abierto en canal, pan, garbanzos, aceite para cocinar y tres

pellejos de aceite de ballena para el faro. Se tuvo que dar prisa porque la mar se veía ya rizada por poniente y se podía poner peligrosa si tardaba más. Moncho tuvo confianza, le puso la vela cangreja a la barca y pensó que tendría tiempo suficiente para llegar con tranquilidad. Pero no fue así. Se cruzó un viento racheado, la mar se encabritó repentinamente y casi no pudo arribar al embarcadero de la isla. Pero tenía experiencia y la barca era ligera. Se calmó cuando dobló hacia el Este. Descargó de prisa las mercancías y subió tres veces la escalinata de la reina Isabel, que llevaba al convento, con sus doscientos cincuenta y cuatro escalones de piedra caliza. Puso la barca a resguardo, junto a la de los frailes, la amarró en un saliente con un cabo y, como el trayecto estaba tan difícil y peligroso, se quedó a dormir en el convento, como otras veces. Intentar volver era una locura. Para tranquilizar a su madre, cuando sonaron las campanadas de las ocho, le hizo señas con el lienzo y ella le respondió desde casa. Así sabía que no iba a volver y que se quedaba con los frailes.

Aquél había sido un día especial, pues además de los seis frailes de Ízaro, había otros del convento de Durango, que habían venido para tener capítulo^[3] durante tres días. Moncho ayudó al cocinero, cenaron, salieron del refectorio y acompañó a los frailes a la capilla para hacer el rezo del oficio de completas. Luego se retiraron a sus celdas.

Al día siguiente estuvieron contemplando desde arriba la batalla contra los piratas, sin poder hacer nada. En el convento había tres buenos cañones, muy bien situados, pero no tenían pólvora. Como no se habían utilizado desde hacía años, los frailes no se habían preocupado de mantenerlos a punto y aprovisionados.

Antes de ir a dormir, Moncho fue con el hermano portero, como tantas veces, a alimentar el faro. Llenaron los dos depósitos con aceite de ballena, cambiaron la mecha y limpiaron los espejos de la gran urna de cristal para que iluminara con potencia en la oscuridad de la noche. Aquel faro era muy importante para los pescadores, había salvado muchas vidas y los frailes eran los encargados de mantenerlo vigilante en las noches peligrosas.

Se despidieron y Moncho se marchó a un habitáculo que tenía reservado en el patio para cuando se tenía que quedar en el convento.

La mar bramaba rabiosa, bronca, como tantas noches, gimiendo bajo su contraventana como si quisiera infiltrarse entre las tejas. Pero no se inquietó, era algo que solía ocurrir y el convento se encontraba en alto, a resguardo de cualquier galerna. Otras muchas noches como ésta, con las olas golpeando enloquecidas en el acantilado, habían sido para él como una nana que le

ayudaba a dormir. Era, pues, una noche oscura, tristonra, lóbrega y con gruesa mar de fondo.

Todavía no le había cogido el sueño y estaba intentado dormirse, cuando sonó la campana de la portería. Se sorprendió de que lo hiciera a aquella hora intempestiva. Pero una isla, y más con faro, es siempre un buen refugio para cualquier emergencia, pues en la mar puede haber contratiempos inesperados. Y más con la batalla que había habido allá abajo.

Entreabrió la puerta de su cuarto, pero no salió, se quedó mirando con curiosidad desde dentro. Resultaba extraño a esas horas. No era posible que, con aquel oleaje, se hubiera aproximado un barco. Únicamente se podría tratar de algún naufrago. Pero él no se atrevió a abrir. Lo hubiera hecho a plena luz del sol, pero a esas horas se dijo que no abriría ni por todo el oro del mundo, y menos después de lo que había ocurrido durante el día. Una fuerza interior lo retuvo dentro del cuartucho. Y eso lo salvó.

Desde dentro pudo ver cómo salía fray Sebastián de Olabe, todavía colocándose el hábito, y se acercaba a la puerta llevando un farol en la mano. Lo conoció por la forma de andar, porque era una noche negra de verdad.

El fraile gritó «¿Quién va?» y apoyó la oreja a la puerta, pero fuera no respondió nadie. El bramido de la mar ensordecía cualquier voz. Pasó un corto tiempo y de nuevo sonó el campanil, pero esta vez con más fuerza, volteando. Los demás frailes, sorprendidos, habían salido de sus celdas y se acercaron a la puerta. De nuevo, fray Sebastián gritó: «*Zein da?*^[4]». Y fuera, al otro lado, se oyó: «*Urperatzea izan da! Zabaldu, Jainkoarren*^[5]».

El fraile no se decidía y miró con gesto interrogante al padre guardián, fray Juan de Zabala. Éste dudó un momento, pero el hecho de que hubiera hablado en lengua vasca pareció tranquilizarlo. No era uno de los piratas extranjeros que habían estado atacando, sino alguien del pueblo. Le hizo un gesto con la cabeza indicando que abriera. Fray Sebastián descorrió los dos gruesos cerrojos, que chirriaron toscos en la soledad de la noche. A pesar de lo atrayente que era todo aquello para el joven, Moncho se quedó en su habitación mirando desde dentro con la puerta entreabierta.

Ante todos, a la penumbra del farol, apareció un hombre con el rostro descompuesto, ojos alocados y la ropa hecha jirones. Nada más abrir la puerta, cayó de bruces al suelo, como desmayado. Los frailes se aproximaron a mirarlo. En el momento en que estaban acercando la luz a su rostro, entraron en tropel varios hombres armados con espadas, machetes, arcabuces y pistolones. Para cuando quisieron darse cuenta, los estaban encañonando de cerca y amenazándoles de muerte con puñales en el pecho.

Uno con acento extranjero les gritó que no se movieran, que el que lo hiciera era hombre muerto, y sonaron varios disparos al aire, amortiguados por la inmensidad de la mar. El que había tocado la campana de la puerta, fingiendo estar herido, se levantó del suelo gritando: «¡Ya han caído, ya han caído, cogedlos!».

Los frailes se quedaron paralizados. Los asaltantes eran unos quince, con aspecto de aventureros de la mar, armados hasta los dientes. El que parecía ser el jefe, uno pelirrojo con un pañuelo en la cabeza y un llamativo collar, les dijo que sabía que había un tesoro en el convento y que quería que colaboraran con ellos. Si no lo hacían, lo pasarían mal, les habló en un mal castellano y con un acento que sonaba a francés.

Fray Juan de Zabala les expuso que ellos no tenían noticia de ningún tesoro, que un convento tan pobre como aquél no era buen sitio para guardarlo, y que lo único que podía ofrecerles eran unas merluzas cogidas al anzuelo por fray Cirilo y su hospitalidad. A esto el jefe pelirrojo de los piratas le respondió que se dejara de tonterías, que sabían que la isla tenía unas cuevas muy adecuadas para guardar lo que ellos buscaban.

Como fray Juan insistía en que allí no había ningún tesoro, el pirata extendió en el suelo un trozo de cuero blanco con unos dibujos, agarró con fuerza al fraile del cuello y le hizo arrodillarse para que reconociera una isla, en un plano en el que se leía «La isla frente a Bermeo», y afirmó que él sabía perfectamente que aquel plano provenía de buena fuente. A la vez que se lo decía, le apretaba el cuello y le punzaba con un puñal por la espalda.

Mientras sucedía todo aquello, Moncho permaneció en su habitación sin ninguna luz que lo delatara. Y por eso pudo contárnoslo más tarde.

Delante de todos, fray Juan se levantó muy despacio, con una gran serenidad, sosteniendo el plano entre las manos. Hizo un gesto como si de verdad lo estuviera interpretando y reconociendo con mucho interés. Miró a todos los demás y dijo muy sereno, como si leyera, que le acercaran un farol para que pudiera ver mejor. «Veamos —dijo mirando cuidadosamente el documento—, aquí parece que dice en lengua latina: *In hac hora, jrates carissimi, prima actio salvare vitam est. Hi homines súbito nos necabunt. Flama extinta, currite per insulam et in cavernis refugite. Deus nos juvet. Nunc aut nunquam!*[6]».

Antes de que los piratas pudieran reaccionar por escuchar algo que no entendían, el padre Juan de Zabala, que era buen mozo y de joven fue amante de los remos, de un rápido manotazo tiró por el suelo el farol y gritó: «*Ostu!* [7]». Por un momento, no se vio absolutamente nada, todo estaba oscuro

ciego. No había ni un solo rayo de luna que iluminara el lugar. Sonaron varios disparos, se oyeron gritos violentos. Luego se hizo un silencio seco, interrumpido por palabrotas y gritos.

Moncho cerró la puerta del cuarto, que gimió con un chirrido de siglos, la atrancó lo mejor que pudo con un palo travesaño y continuó mirando por un agujero del ventanuco. No pudo ver más, las figuras de las piedras y el contorno del convento habían sido tragados por una espesa negrura.

Hubo más ruidos, gritos, golpes. Los frailes que vivían en el convento supieron huir y esconderse, no así los forasteros, que no sabían desenvolverse por allí de noche. Fray Juan de Zabala, sabría Moncho luego, corrió a la iglesia, tomó los ornamentos, cálices y vasos sagrados y los escondió. Lo mismo hicieron los demás frailes del convento buscando cobijo en alguna de las cuatro cuevas que hay en la isla o en los múltiples agujeros.

Al poco rato, los asaltantes lograron encender un hachón dentro del pequeño patio. No estaban con ellos fray Antonio de Lezama, ni fray Sebastián de Olabe, ni ninguno de los del convento. Pero sí los que habían venido de fuera. Cogieron a un fraile y le pusieron un puñal al cuello. El que mandaba en el grupo le dijo que fuera dentro a todo correr y que volviera inmediatamente trayendo varios faroles encendidos y antorchas. Si se escapaba, sus hermanos morirían desangrados o los lanzarían al vacío. El pobre fraile contestó que él no era del convento, que había venido de visita y que no sabía dónde se guardaban las cosas.

Por toda respuesta, el jefe se quitó el cinto y lo pasó por el cuello de un fraile que estaba arrodillado rezando. Apretó con fuerza hasta hacerle chillar, mientras gritaba al otro que fuera dentro del convento y volviera con luz si no quería ver a éste muerto. Pero, de repente, cambió de parecer y le dijo que los llevara al comedor y a la bodega, que seguro que sí sabía dónde se encontraban.

Todos entraron en tropel. En el pequeño patio se hizo un silencio cortante roto únicamente por el bramido del mar de fondo. Dentro de la habitación, Moncho se encontraba a salvo, pero también era peligroso quedarse allí porque volverían a salir, eso era seguro, y comenzarían a registrar por todos los rincones. Y romperían la puerta. Dentro le sería imposible defenderse. Pensó esconderse bajo la cama, pero la habitación era una ratonera. Lo que tenía que hacer era salir fuera, refugiarse en otro lugar, pero a cielo abierto. La isla, con sus huecos y acantilados, sería mucho más segura que aquel cuarto.

No se atrevió a salir por la puerta porque tendría que atravesar el patio, y en cualquier momento podían volver. Lo que hizo fue escapar por la ventana, aunque daba al precipicio, sobre las aguas. Esperó un momento, se vistió procurando no ponerse nada blanco y se asomó sobre el acantilado. Los embates de la mar contra las rocas le hicieron temblar, pero no podía quedarse a pensar en otra solución. Había que seguir. Tenía un candil pero no yesca. Palpó la mecha, se manchó la mano con ella y se la restregó por la cara para tiznarse. Cogió un palo grueso que había allí para descorder la tapa de la lumbrera del techo y lo puso a modo de travesano en la ventana. Anudó concienzudamente una cuerda, se la ató a la cintura y se deslizó por el ventanuco con la cabeza hacia adelante. Estaba al borde del precipicio. El bramido oscuro de las olas, a sus pies, no era nada tranquilizador, pero en aquel momento no estaba en condiciones de medir el peligro ni de elegir el camino para escapar.

La cuerda, atada a la cintura, le daba cierta seguridad. Si llegaba a caer, quedaría colgado en el vacío. Agarrándose con las manos a la pared del convento, con los pies apoyados en la roca, pegado como una lapa como si estuviera trepando por ella y sintiendo el vacío negro del precipicio a sus espaldas, logró salir fuera. Siguió arrastrándose hasta llegar a una pared que daba justo encima del patio. Se sentó un momento, estaba sudando la gota gorda.

Aunque la luz lunar era nula, podía orientarse por la silueta de las formas, andando con cuidado y muy despacio. Lo que quería era salir de allí, estar lejos del convento. Comenzó a caminar. La isla está muy horadada, y de vez en cuando sentía en la cara ráfagas de aire fresco con gotas de agua que llegaban a la superficie con mucha fuerza por una especie de chimeneas y debido a la presión del agua que corría por sus entrañas. De noche parecía que la isla respiraba.

A cada paso que daba, pisaba huevos. Era imposible no hacerlo, porque la isla entera era en esa época un inmenso nido de gaviotas. Como sabía que allí había varias cuevas naturales, se dirigió hacia la más importante, la que llamamos Fraillien Kuebie^[8], en la parte baja del convento. La boca tiene unas dos brazas^[9] de ancho y no más de media de altura. Entró tanteando y se quedó en un rincón sin hacer ningún ruido.

Al mirar al fondo se quedó petrificado. Dentro creyó ver los ojos extraños de una de esas lamias¹⁰ que dicen que pueblan estas costas y grutas. Sus ojos fosforecían en medio de la noche con el color de los infiernos. Eran cuatro ojos descolocados, que cambiaban de posición constantemente, y que estaban

allí, vigilando la cueva. ¿Sería la reina de las lamias^[10]? ¿Le haría daño? Él no podía ver el cabello rubio que se dice que tiene, ni sus ojos azules, ni sus pechos de cristal, ni contemplar su belleza, ni ver sus pies de pato. Esperaba escuchar su atrayente y dulce voz en cualquier momento. Estaba muerto de miedo, la visión de aquellos ojos le erizó los pelos del cogote. La lamia podía lanzarse sobre él y devorarlo, morderle en el cuello o arrancarle el corazón. Se tranquilizó cuando oyó unos maullidos de gato.

Y al final, no supo distinguir si se trataba de una lamia con cuatro ojos desplazables o de los ojos de dos gatos que estaban jugando en la noche. Gritó, y aquellos ojos se perdieron por el fondo. Y siguió preguntándose luego si sería una lamia o dos gatos, o una lamia disfrazada de gato. Pero era difícil distinguir entre la variedad de lamias que le comían los sesos desde que era muy pequeño.

Se introdujo un poco más en la cueva, mientras sentía un penetrante olor a cagarrutas viejas de conejo. Desesperado, lanzó un silbido corto, y no respondió nadie. De nuevo lo repitió, pero nada. Entonces gritó: «¡Soy Monchete!»; y un silbido corto le respondió desde el fondo. Él contestó. Lo hicieron alternativamente dos veces más, y al poco rato descendió por una rampa el padre Zabala, quien le contó que había ido a la cueva con los cálices y demás objetos sagrados que había cogido en la iglesia y los había escondido en un agujero al fondo. Se había guiado en todo momento a tientas ya que no tenía ninguna luz.

Estuvieron un rato pensando lo que podían hacer, y al final el fraile opinó que lo mejor sería separarse. Si los veían juntos, morirían los dos. Había que intentar salvarse, por lo que le dijo que él se iría al fondo de esta cueva y que Moncho se dirigiera a otra que está detrás del convento, y que se escondiera lo mejor que pudiera. Allí no lo encontraría nadie. O que se descolgase por el acantilado, donde no lo podrían ver. Y lo despidió con un: «¡Que Dios nos ayude!». Antes de marcharse, el joven le preguntó si había algún tesoro escondido en la isla, a lo que el fraile le respondió: «Qué cosas dices, Monchete. Si lo encuentras, para ti. Aunque nunca se sabe, que de Bermeo ha salido más de un pirata y muchos trotamares de esos que ocultaban tesoros en rincones remotos. Si nos pasa algo y tú vives, en el fondo de la cueva, metidos en un agujero, y envueltos en un mantel del altar, están los vasos de la iglesia, que es el único pequeño tesoro que tenemos. ¡Que san Francisco nos asista!». Moncho insistió preguntando por las joyas que donó la reina doña Isabel de Castilla, la bisabuela del rey Felipe, cuando visitó el monasterio. El padre le contestó que estaban a buen recaudo fuera de la isla.

Salió de la cueva andando a gatas, palpando todo con las manos. Cada vez se afianzaba más, parecía que había una ligera claridad, o era que sus ojos estaban plenamente adaptados a la noche. El sentirse al aire libre le daba cierta seguridad. Si había que esconderse, él conocía la isla mejor que los piratas. Si le obligaban las circunstancias, correría por los riscos hasta bajar al acantilado. De noche sería difícil que lo atraparan, él tenía ventaja.

En la parte alta de la isla, vio el resplandor del faro por detrás del monasterio. La curiosidad que le picaba pudo más que el miedo. En lugar de ir a una de las cuevas inferiores y esconderse en las entrañas de la isla, ascendió y se dirigió a la pared de la iglesia. A veces la curiosidad es mala consejera, pero es que él tenía que saber lo que estaba pasando y no se podía alejar, por más que quisiera hacerlo. Bordeó la pared hasta llegar, a la altura del ábside, a una escalera empinada y estrecha labrada en la misma roca. Por allí había subido al faro unas horas antes. Trepó despacio y se acercó a la lámpara del lucernario. La luz le supo buena, pero podía ser su muerte. Abrió la portezuela y apagó los dos grandes pabilos de la mecha. Se hizo la oscuridad total. Como la luz del faro le había ofuscado momentáneamente, esperó a que de nuevo se adaptaran sus ojos a la oscuridad. Le daba miedo andar al borde del precipicio. Miró al infinito. A lo largo de la costa se veían hogueras en los puntos más estratégicos. Seguro que había retenes de soldados haciendo guardia por si los piratas volvían durante la noche. En el monte Ogofto relucía una hoguera muy grande y otra en el barrio de la Atalaya.

Echado sobre la roca, al oír el rugido profundo de la mar y no ver nada, tuvo la sensación de estar colgado en un pozo vacío y negro. Hasta sintió en el estómago un pinchazo de vértigo. Un paso en falso y no lo contaría más, como le había sucedido hacía algunos años a un fraile que fue a llenar los depósitos de la lámpara y cayó por el precipicio. Ni siquiera encontraron su cuerpo.

Al poco rato vio un pequeño resplandor que salía de dentro del convento a través de las vidrieras altas. Le pareció que sería del refectorio. Trepó al tejado, pasó por encima del claustro caminando a gatas y se dirigió hacia las cocinas. El resplandor salía, en efecto, del refectorio. Andando con sumo cuidado llegó hasta una ventana situada junto al techo. Podía ver el interior, pero no estaba bien situado. Con toda precaución, fue hasta otra ventana y se sentó en el alféizar. Podía contemplar el panorama desde el exterior sin que lo vieran los de dentro.

Los asaltantes estaban sentados a la mesa. Bebían en grandes cantidades y se mofaban de los frailes que les servían. En un rincón, bajo su pedestal, vio en el suelo una estatua partida en varios pedazos. La mayoría de los asaltantes eran pelirrojos, tenían toda la pinta de ser extranjeros y llevaban una vestimenta propia de piratas: adornos, pañuelos en la cabeza, pendientes, espadas largas, collares llamativos. Pero uno de ellos no iba así, destacaba entre todos porque vestía con normalidad, como nosotros. Tenía los rasgos del vasco de la costa. Además de la forma característica de su cabeza, llevaba al cuello nuestro pañuelo de cuadros, la misma blusilla y los mismos pantalones. Sólo le faltaba la boina. Luego el asalto a Ízaro estaba bien planeado, no todos eran piratas extranjeros. Aquello le inquietó mucho más. ¿Sería alguna trama más de las luchas banderizas que se producían en el pueblo desde hacía tanto tiempo?

Este hecho que nos narró Moncho sorprendió al juez, que preguntó al chico si estaba seguro de lo que había dicho, a lo que éste le respondió que sí, que bien lo pudo ver, aunque estaba un poco lejos y no podía hacer nada sino esperar a ver lo que ocurría. Y allí estuvo, aguantando, acurrucado y protegido por la oscuridad.

Sería pasada la medianoche cuando los piratas salieron del comedor. Muchos se tambaleaban. Llevaban antorchas, y los frailes iban en fila uncidos al cuello por una misma soga. El recinto se quedó a oscuras. Inesperadamente, volvió uno de ellos, depositó un barril en un rincón y fue vertiendo por el suelo un reguero de pólvora con un cuerno. De nuevo, la oscuridad fue total. Al poco rato un punto de fuego fosforescente reptó por el suelo con un susurro chispeante. Cuando se acercaba al rincón, Moncho se tiró a un lado protegiéndose tras el muro. Se sintió una explosión que hizo temblar todo el edificio y la vidriera saltó hecha añicos. Salió una bocanada de humo que le picó la nariz con un fuerte olor a pólvora quemada.

El resplandor de los hachones pasó al interior de la iglesia. Moncho se trasladó por el tejado inferior hasta poder ver a través de una vidriera lo que estaba pasando dentro. Los bandidos daban golpes a las imágenes, las quemaban, las rompían con las espadas. Vio cómo arrancaban un brazo a la Virgen de la Piedad y lo echaban a una hoguera que habían hecho en medio de la nave. Tiraron también una cabeza de la imagen de la Trinidad. Se quedó de piedra al ver cómo agarraban entre dos la imagen de Santa Catalina y la lanzaban a lo alto. Al caer y chocar contra el suelo, se partió. Daban mandobles a las imágenes y al retablo y no dejaban de beber.

Lo más ridículo y lastimero fue ver cómo obligaban a los frailes a bailar, totalmente indefensos, alrededor de la hoguera, como si estuvieran en una fiesta. Luego los desnudaron y les hicieron dar más y más vueltas, andar a cuatro patas, bailar. Al que remoloneaba, le daban latigazos. Después, les pusieron el hábito y salieron fuera. También hubo una explosión cuando abandonaron la iglesia.

Moncho ya no los podía ver desde arriba, por lo que desanduvo el camino y se dirigió hacia el patio de la entrada. Se parapetó detrás de una roca a esperar, ya que pronto iba a amanecer. Entonces salieron los piratas al patio arrastrando a los frailes. Todo eran insultos y golpes exigiéndoles que les dieran los vasos sagrados. Pusieron otra carga, salieron a las escaleras y al poco se oyó una explosión fuerte que llenó todo de humo.

Amanecía cuando comenzaron a salir del recinto escaleras abajo. Cuando se aseguró de que no había nadie, salió del escondite y se dirigió al patio con la intención de asomarse a la gran escalinata. Al acercarse con cuidado a la puerta para indagar, ésta se abrió violentamente dándole un golpe en la cabeza que lo tiró para atrás y lo dejó aturdido. Eran dos energúmenos que gritando le pusieron un puñal en la garganta. Lo lanzaron a puntapiés escaleras abajo y entraron en el monasterio. Cuando había descendido unos peldaños, se oyó una gran explosión arriba. Al acercarse a los frailes, a las luces del primer albor los pudo reconocer. No había ningún franciscano del convento, todos eran de fuera.

Ante sus ojos aparecieron una carabela y un galeón, éste algo escorado, anclados junto a la isla. Todos subieron a la carabela, menos un pequeño grupo que fue al galeón con ellos. Fuera de la dársena, lejos, estaban esperando los otros barcos, seguramente los que el día anterior disparaban sus cañones desde lejos.

Navegaron hacia la costa. Parecía que no se daban cuenta de la presencia del muchacho. Entre gritos y amenazas, hicieron arrodillarse a los frailes gritándoles que les dijeran dónde se encontraba el tesoro. Los frailes no pudieron decirles nada. Ante la posibilidad, casi segura, de sentir su garganta oprimida por el nudo corredizo, cuando estaban pasando las cuerdas por el cuello de los frailes, en un momento de descuido, Moncho se lanzó al agua. No hicieron caso de él, y para no ser visto nadó hasta la línea de flotación y se sujetó al ancla. Luego trepó por la cadena. Él no pudo ver más, sólo oyó los gritos de los profanadores. Lo demás lo sabíamos todos. El barco parecía que tenía una vía de agua y por eso lo habían abandonado.

Cuando terminó, se hizo un silencio áspero, cortante. La historia había sido tan pavorosa, tan espeluznante, que nadie hablaba. Nos habíamos quedado petrificados. Moncho ocultaba la cara entre las manos; los demás le observábamos con los rostros serios. Me acerqué a él y le puse la mano en el hombro, pues nos conocíamos por ser vecinos.

—Ya ha pasado todo. Ahora vamos a desayunar a mi casa y luego te acompaño a la tuya, que tu madre querrá verte —le dije.

La mar, ajena a los acontecimientos, mostraba sus rizos en la pureza cristalina y diáfana del amanecer. La isla de Ízaro, ahí cercana, más solitaria que nunca, aparecía con la forma siniestra de un gran pez sumergido asomando su cabezón dormido. ¿Despertaría trayéndonos más desgracias?

LA PERSECUCIÓN

Pasamos los cadáveres de los infortunados frailes a una chalupa y abandonamos el galeón, que se iba escorando más y más de babor. Cuando llegamos al muelle, decenas de personas nos esperaban en el espigón. Habían traído varios féretros y se llevaron a la iglesia los cuerpos de los tonsurados.

—Tú, Joaquín Albóniga, que eres joven y buen mozo, sube veloz hasta la atalaya a ver si ves algún barco de los extranjeros. Si lo ves, baja a decírnoslo. ¡Vuela! ¡Y de paso avisa al físico! —me ordenó el señor Martín Madariaga, el alcalde, hombre grande, fortachón, de prominente barriga, cuello ancho y sempiterna boina, además de viejo patrón, serio y con don de mando.

Ciertamente me halagó que se fijara en mí. Corrí lo más que pude por las calles empinadas, por escaleras, pasé por la torre Ercilla y llegué a la parte alta del pueblo, al barrio de Tala, la Atalaya. A lo lejos atisbé cinco naves surcando dirección Noroeste. Eran ligeras, de quilla alta y tajamar muy alargada. Parecía que se deslizaban sin tocar el agua. Sin pensarlo más, entré en lo que quedaba de la iglesia quemada de Santa María y comencé a bandear las campanas con rabia.

Bajé corriendo atolondradamente por las escaleras y saltando paredones. Los vecinos salían presurosos de sus casas. Llegué al puerto y me dirigí al dique, donde se había concentrado mucha gente.

—¿Qué hay? —me preguntó el señor Martín Madariaga.

—Son cinco carabelas, bien arboladas y muy ligeras. Van para el Noroeste, a no más de diez millas de la bocana.

Ya se habían reunido las autoridades para ver qué convenía hacer. A ellos se sumaron los capitanes de los refuerzos que habían llegado en nuestro auxilio. No se ponían de acuerdo. Unos decían que lo mejor era dejarlos marchar; otros, que había que darles un escarmiento. Finalmente, optaron por salir en su persecución. Pero los barcos de los piratas eran más rápidos que los

nuestros de pesca, que eran más anchos de manga y de quilla más chata. Antes de salir, había que solicitar refuerzos.

A José Anesagasti lo mandaron a pedir ayuda a los de Mundaca, con la orden de que salieran de inmediato. En el puerto tenían dos buenos bergantines artillados y bien pertrechados. A ellos se unirían otros cuatro de Bermeo, bien dotados, que estaban al fondo de la dársena y que había donado el Rey para defensa de la noble villa pesquera y sus costas.

—Y tú, Joaquín Albóniga, coge un caballo de la posta y vete hasta Plencia. Cuéntales lo que pasó ayer y anoche, y que salgan con las naves mejor arboladas y ligeras, con cañones de tiro largo en las aspilleras. Diles que se den prisa y que vayan siempre derrota Norte-Nordeste para cortarles la huida, que nosotros salimos detrás. Si los de Plencia logran atajarlos y comienzan a distraerlos, nosotros les daremos alcance por popa. ¡Vamos a por esos hijos de mala madre!

Como alma que lleva el diablo, fui a la casa de postas. Cuando les expliqué para qué lo quería, me dieron un mulo tordillo de buena alzada. Me dijeron que los mulos eran mejores para coger atajos y subir y bajar cuestas. Así es que salí montado no como caballero sino como escudero, y a uña de mulo. Caminé un rato por la costa para divisar las naves enemigas. Desde lejos noté que algo raro les pasaba, porque en ese momento no huían. Creí divisar un mástil inclinado. Seguramente se dirigían hacia Gaztelugache para buscar un refugio. Eso nos favorecía.

Varios caseríos moteaban con calor humano la belleza de las laderas. Pasé delante de uno, vetusto y bien aplomado, con fachada de arquitectura regional, de ladrillo y crucerío de roble, maderas pintadas de verde oscuro, un gran arco chato en la entrada y un desván de grandes proporciones cubriendo toda la casona. Bajo los aleros del este colgaban ristras de pimientos rojos. Visillos rústicos, contraventanas toscas, chimenea sempiternamente humeando. Las gallinas picoteaban en el corral y las vacas iniciaban un día de pasto y siesta transmitiendo al caminante la paz de su alma vacuna.

Pero yo no tenía paz, como aquellas vacas, sino que me corrían ortigas por dentro. A lo lejos seguía viendo, allá en el horizonte, las carabelas piratas dirigiéndose hacia Gaztelugache. Aguijoneé al mulo haciéndole ir ligero. Dejé Baquio a mi derecha y, por la falda del monte Jata, me precipité hasta llegar a Plencia, donde entré a galope. El pobre animal llegó con el último resuello.

Allí estaban todos reunidos, esperando noticias, porque el repique de campanas de pueblo en pueblo les había anunciado que algo grave había ocurrido. Nada más contar lo sucedido, hicieron disparar una salva de cañón y

tocaron las campanas a rebato. Al momento se congregaron los vecinos en el puerto y vino un retén de guardia de la Cofradía de Mareantes. Era un grupo de hombres fornidos, con boina, abarcas de cuero, camisa y pantalón azul oscuro. Eran hombres de mirar sereno y decidido. Entre ellos había viejos marinos, ya cansados de mares, que habían servido en la armada del Rey en sus gestas marinas más gloriosas, que habían surcado por puertos de Europa y habían hecho repetidas veces la derrota de la carrera de las Indias. Todos eran hombres de mar, lo llevaban escrito en sus ojos.

El mayordomo del puerto comenzó a dar órdenes. Rápidamente prepararon las jarcias, trajeron varias cubas con vituallas, desplegaron los aparejos, soltaron amarras, y salieron tres carabelas ligeras mientras en cubierta se preparaban los cañones y el abastecimiento.

Yo marché con ellos, junto al capitán José Garay. Tras soltar las amarras, dejamos el puerto saliendo por su largo corredor y, ya fuera, nos dimos a la vela proando rumbo Norte-Nordeste. Desplegaron velas a placer y, conocedores de su entorno, pronto consiguieron hacer navegar sus carabelas a más de seis nudos^[11].

—¡Quince grados a babor! —gritó el capitán animando a su gente.

—¡Quince grados a babor! —repitió el timonel manejando las cabillas.

Los focos y el trinquete jugaban cortando el frente, gemían las lonas, flageladas sin piedad por el viento, crujían los mástiles con los envites de todo el velamen desplegado. La quilla comenzó a saltar al vaivén de las olas abriéndose a la mar oceána.

Yo iba en una galeaza, una galera con quilla fina, no demasiado calado, con dos grandes velas, la mayor y el trinquete, un bauprés largo y bien punteado con las velas trianguladas de foque. Pero lo mejor eran los veinte remos a cada lado manejados por los mozos más fuertes de Plencia, que no eran, precisamente, galeotes de castigo mal alimentados.

Una voz baja de trueno comenzó a cantar, solitaria, sobre la amura de proa. Inmediatamente se sumaron los de al lado, luego los demás. Todo el barco era una canción, una canción ondulante, llena de resonancias lejanas, de nostalgia, enamorada de la mar, que ayudaba a llevar el ritmo de los remos. Poco a poco se unió la marinería de las otras embarcaciones. Nadie hablaba, todas las naves enfilaban al ritmo cadencioso de la misma canción, que tenía la misión de unir y dar confianza. A mí me dio un escalofrío, se me puso la piel de gallina. El canto de los marineros resonaba subiendo al cielo como una plegaria, como un rito ancestral, como el recuerdo de todo un pueblo que salía a lejanas aguas, lejanas ausencias, lejanas ensoñaciones.

Pronto, nuestra galeaza se adelantó a los demás. Parecía que quería volar. El capitán, José Garay, oteando desde el puente, sabía lo que hacía. Y seguía cantando con su voz de trueno para darnos fuerza.

Nada más llegar a la altura del cabo Machichaco, lo que más nos alegró fue ver que a estribor, por el este, ya habían salido de Mundaca y Bermeo. Era cuestión de saber calcular tiempo y distancias.

Yo me sentía capitán por lejanos mares haciendo realidad mis sueños infantiles de cuando oía historias de centenares de marineros vascos surcando los confines de los confines y que habían dado la vuelta al mundo con Elcano. ¡Yo era ahora uno de ellos!... como habían sido mi padre y mi abuelo, sepultados en las aguas; como había sido la vida de muchos de mis mayores... No se puede nacer en un puerto y vivir de espaldas a la mar.

La derrota de nuestra nave era inmejorable, las velas de foque, sobre el bauprés, parecían cuchillos cortando el viento. Con suerte, podríamos cogerles la delantera y comenzar a incordiarlos hasta que llegaran todos los nuestros por popa. ¡Se iban a enterar!

Los piratas se percataron de la persecución y desplegaron velas a todo meter. Daba la sensación de que sus naves se perdían galopando veloces sobre las crestas de las olas, como jinetes sobre corceles encabritados. Pero nosotros, desde la altura de Plencia, teníamos la confianza de poder llegar a atajarlos. Veríamos qué tal se defendían al verse hostigados por proa y popa. Aunque los piratas, en estas artes, son los reyes de la mar. Sus cinco carabelas navegaban a seis nudos. La única posibilidad de darles alcance estaba en nuestros remeros. Y su pericia y su fuerza estaban bien demostradas.

—En tres horas nos ponemos delante —me habló el capitán.

—¿Qué plan tiene? —le pregunté.

—Tenemos que mantener el rumbo y la velocidad de crucero. Si seguimos así, les cortaremos el paso, salvo que enfilen escapando dirección Norte.

—¿No teme a los piratas? A mí me dan miedo.

—Sí, y mucho. No nos podemos comparar con ellos. Nosotros somos pescadores y mercantes, y ellos son maestros en el arte de marear, revolve, atacar y escapar. Seguro que llevan cañones de tiro largo en sus aspilleras. Si nos acercamos, llevamos las de perder. Sus barcos son mucho más ligeros y mejor artillados para la guerra que los nuestros. Se quedan con los mejores cañones de sus rapiñas.

—¿Y qué podemos hacer?

—Seguirles, sin atacar, y dejar que caiga la noche. Nosotros llevamos cuatro traineras a bordo, más las de Bermeo y Mundaca. De noche ciega,

atacaremos por distintos sitios al amparo de la oscuridad. Unos para cortar el paso, y a la vez que los de las traineras intenten el abordaje por estribor, nosotros cañonearemos por babor. Eso les va a doler un poco. La noche tiene que ser nuestra aliada y amparar nuestras maniobras. Además, ellos no conocen la manejabilidad de nuestras traineras. Estos jóvenes las mueven a placer, y a la hora del ataque y abordaje tienen más fuerza que los piratas. La noche y el acoso son nuestras armas. Llevamos varias cajas de alcancías, que desde las traineras pueden ser mortales.

—¿Qué son las alcancías? —le pregunté con un poco de vergüenza.

—Es algo que emplearon los ingleses en la derrota de *La Invencible*, y que nosotros hemos mejorado con el hierro vizcaíno. Las tradicionales son unas ollas de barro cocido. Se rellenan con alquitrán, azufre, carbón molido y se les pone una mecha. Son muy buenas en los ataques sorpresa y en los abordajes para incendiar el barco enemigo. Por la noche, las traineras se pueden acercar por sorpresa y, al amparo de la oscuridad, hacerles mucho daño. En Zorroza han inventado una olla de hierro muy frágil que en cuanto choca, se resquebraja. Es más fácil de transportar y tiene un asa que permite lanzarla desde muy lejos con una cuerda a modo de honda.

Los juicios del capitán Garay me parecieron acertados. Era un hombre de experiencia, y nada temerario. Su porte y su mirada daban seguridad.

De nuevo surgió en la proa la misma voz, una voz fuerte, profunda, como acunándose en las olas, y toda la marinería cantó al unísono arropándose mutuamente:

*Ixil-ixilik dago kaia barreanean
ontzi txuri polit bat uraren gañean.
Goizeko ordubietan esnatutzen gera
arrantxaliarekin joateko urrutira.
Pasatzen naizenean zure leiopetit
negarrak irtetzen dit begi bietatik
Zergatiz, zergatiz, zergatiz, zergatiz,
zergatik negar egin
zeruan i zarra dago itsao aldetik^[12].*

De pie en popa, me gustaba contemplar el perfil del horizonte infinito, allá donde se funden cielo y agua. Me sentía importante llevando mis sueños más allá de aquella línea, más allá del más allá. Yo no había navegado a más de doscientas millas, aunque ya había participado en la pesca de la ballena de costa en el invierno pasado. La vida de marino, pescador de altura, me parecía

un eterno camino hacia lo desconocido, lleno de belleza... salvo por los peligros. Mi padre, que había sido ballenero desde jovenzuelo, descansaba en la mar de Terranova desde hacía tres años. El lomo de una ballena lanzó a los aires su chalupa poniéndola quilla arriba, y en minutos murieron todos de frío... Además, ninguno sabía nadar. Inconcebible, en medio de la mar, encerrados en un cascarón, y sin saber nadar. Y así van casi todos. En el mismo camposanto reposaban los tíos Onofre y Martín, el abuelo materno, varios primos... A todo se acostumbra uno. Si la mar había sido su lugar de trabajo durante toda la vida, era normal que muchos murieran allí. Pero era muy duro. ¡Y yo era ahora uno de ellos! Por eso, mi madre, que es muy inteligente, me hizo aprender a nadar desde muy niño para que, ante una emergencia, me pudiera defender. En estos momentos, no me importaba compartir su destino. Yo amaba con odio y pasión la mar, y ahora mismo me estaba provocando miedo y sed de aventura.

La superficie estaba ligeramente rizada, toda ella moteada de puntos blancos. Era la mar de cabrillas. Parecía que sonreía. Era una mañana nítida, transparente. Pero «cabrillas por la mañana, tormenta por la tarde», dice el refrán. El viento me golpeaba con fuerza la cara dejándome gotas salobres. Y me gustaba su caricia, atractiva y peligrosa. Calculé la hora mirando al sol. Cuando vi a un marino repartiendo el almuerzo, me acordé de que no había probado nada desde el desayuno. Repentinamente me entró hambre y en dos mordiscos lo hice desaparecer.

Varios delfines saltaban a ambos lados como si quisieran darnos escolta. Verlos saltar es algo que no cansa.

—Joaquín, buena suerte, nos acompañan delfines —me habló el capitán.

—¿Y por qué?

—No lo sé, es una creencia. Parece que el delfín nos trae suerte.

—Pero eso...

—¿No te lo crees, eh?

—No sé...

—Mira lo que le pasó a aquel famoso *arrantza*^[13] de tiempos de mi abuelo. Dicen que este hombre salía de pesca y al poco rato venía a su encuentro un delfín. El pescador lo seguía y siempre le conducía a un sitio donde había muchos peces. El pescador llenaba la barca y daba al delfín los cinco mejores peces que había cogido. Así fue durante mucho tiempo, y nunca dejó de compensar al animal. Pero un día el delfín dejó de venir. Y el pescador volvió de vacío. Durante una semana volvió una y otra vez, pero no encontró ni rastro del animal y retornaba con la barca vacía. Desolado, fue a

consultar con la adivina de Mundaca. Ésta miró el destino dentro del agua de su tinaja y le aconsejó que, como obsequio a la mar, durante tres días devolviera a las aguas todos los peces que pudiera pescar. Era hacer una ofrenda a los dioses marinos. Así lo hizo, y al cuarto día, nada más salir a mar libre, vio delante al delfín, que de nuevo lo guió a un caladero tan rico que le llenó la barca. Y de nuevo el pescador le regaló lo mejor de la cosecha. Después, en agradecimiento, llevó a la bruja de Mundaca varios pucheros con hígados de merluza, láminas de cola de tiburón, cabezas de lagartija, sangre de gallo, ancas de rana y otros productos necesarios para hacer sus pócimas para sus embrujos y encantamientos. Y la bruja le dijo que se acordara de ella si tenía dificultades en la mar.

—¿Y usted cree en eso?

—Yo no sé, pero mi padre se lo creía al pie de la letra. Y, además, nos contaba cómo una bruja del Sollube se enfadó con este pescador porque no había recurrido a sus servicios y se había ido a consultar a la de Mundaca. Un día, esta *sorgiña*^[14] se quiso vengar y se transformó en una gigantesca ola con la intención de dar la vuelta a la barquilla y matarlo. Cuando el pescador la vio venir a lo lejos, se atemorizó. La ola lo levantó en su cresta y el pescador oyó unas risas extrañas dentro de ella mientras era zarandeado. Pero la ola no logró dar la vuelta a la chalupa. De nuevo vino aquella ola tremenda. A la tercera embestida, el pescador se acordó de la adivina de Mundaca, esperó un momento y, cuando la tuvo de nuevo a su alcance, lanzó el arpón con toda su fuerza en medio de la ola. Ésta se deshizo, a la vez que se oía un grito desgarrador y espantoso en medio de la mar. Y la espuma blanca de la ola se tiñó de rojo.

—No sé si creerme esas historias.

—Libre eres de creerlo, pero mi padre decía que era buena la compañía de los delfines en los viajes solitarios por la mar lejana. En mi casa se venera a los delfines. Cuando los veo saltando a los dos costados, parece que me dan seguridad. Jamás mataré un delfín. No sé, para mí son como en tierra las golondrinas. No está bien hacerles daño.

Por el Noroeste se habían levantado unos nubarrones pequeños y negruzcos. El cielo se fue encapotando. El viento arreció de poniente rizando de volutas blancas toda la superficie. Eso era una ventaja para nosotros, pues refrenaba las carabelas de los piratas. La mar se fue encrespando más. De mar rizada pasó a marejada en poco tiempo. A lo lejos comenzó a ennegrecerse más y más el horizonte, fundiéndose mar y cielo en una línea plomiza, grisácea, negra. Comencé a sentir inquietud.

—¿Se pondrá arbolada? —le pregunté al capitán.

—Y antes de que nos demos cuenta. El golfo de Vizcaya es así, tiene estos cambios repentinos. Con mar arbolada y el viento a más de treinta nudos es una locura seguirlos. No podemos llegar hasta ponemos delante para atacarlos y abordarlos teniendo el viento de popa. No podremos utilizar las traineras con la mar picada porque no pueden maniobrar. Y pretender enfrentarse a unos corsarios en plena mar, y a la desesperada, es una locura por nuestra parte. Tenemos que ser prudentes.

—¿Por qué?

—Son gentes sin familia que les ate, que han roto con todo, fuera de leyes y normas, y la mayoría se ha visto con la muerte al cuello. No tienen nada que perder porque ya lo han perdido todo. Y, encima, son expertos en atacar y hacer el abordaje; son piratas. Y nosotros somos honrados *mariñelak eta arrantzaleak*^[15], con familias que atender, expertos sólo en echar las redes. En estas condiciones no podemos luchar, y nos podemos ofuscar por querer vengarnos.

—¿Qué va a hacer?

—Si entramos en la refriega, van a morir muchos de los nuestros. Y puedes morir defendiendo lo que es tuyo, o de los tuyos, pero no por saldar cuentas de algo que ha pasado. Y menos con individuos indeseables. A veces es más sabio, y más difícil, ser prudente y saber retirarse que ser temerario.

—¿Usted lo cree?

—Sí, pero hoy no van a ser los piratas los que nos ganen, sino la mar. Inclinar ante su poder no es deshonoroso, sino prudente y humano. La mar podrá con todos antes de venir la noche.

Durante un rato, el viejo marino permaneció en silencio. Sus ojos no dejaban de avizorar a lo lejos con aire preocupado. Parecía que con su mirada calculaba dónde se encontraba la tormenta, la velocidad del viento y la distancia que había a la costa. El cielo se había encapotado de gris plomizo con momentáneas rayas amarillentas. Finalmente, miró al oeste y levantó las aletas de la nariz barruntando los vientos como si quisiera olerlos y leerles sus mensajes invisibles.

—Vamos a volver antes de que sea tarde, que se acerca una galerna tremenda. No sea que el deseo de alcanzarlos nos acalore y nos quite la necesaria prudencia. Esta mar la conozco demasiado bien, y se nos viene la tormenta encima. ¡A sotavento! ¡Todo el timón a babor! —gritó con voz de mando.

—¡Todo a babor! —gritó el timonel repitiendo la orden y bailando las cabillas del timón entre sus manos.

La galeaza hizo la ciaboga en redondo girando ciento ochenta grados. Lanzaron una salva de cañón e inmediatamente todos los navíos vascos comenzaron a virar. Con las velas desplegadas a todo trapo y el viento entrando a placer de popa, las naves se hicieron ligeras aproando hacia la costa. El velamen se hinchó con el viento aullando entre las jarcias, la envergadura crujió un momento y los mástiles chirriaron por dentro al sentirse zarandeados.

La nave se deslizó ligera levantando su quilla y acuchillando a placer las olas. Ahora no era la sed de venganza la que nos daba acicate sino que simplemente intentábamos bandear el temporal que nos venía de popa.

—Los piratas no han dado la vuelta —le dije al capitán Garay.

—Déjalos que naveguen huyendo hacia el Oeste hasta que se metan en el ojo de la tormenta. Se creerán que están en mar abierta y que hay que capearla como cuando uno se encuentra en la mar oceánica. Y no es así. Las tormentas de este golfo son repentinas, traicioneras, arremolinadas, y es imposible navegar. Tienes que estar o fuera del todo, a mar libre, o darte prisa para llegar a puerto. Pero si te cogen avistando ya la costa, te destrozan. Aquí, donde estamos ahora, no manda el hombre sino la mar, y conviene obedecerla.

—¿Tendremos tiempo?

—Espero que sí, espero que sí. Pero ellos lo van a tener más difícil. La tormenta hay que tomarla siempre de frente, por avante, para poder dominarla. Si se deciden a volver a la costa, van a tener la tormenta por popa. Y eso es muy peligroso. De frente puedes mirar la dirección que trae; capeando de popa, es como un fantasma que te aplasta y te traga. ¡Trep a la cofa!

Con miedo y zozobra trepé a lo más alto del mástil. Los movimientos del barco en la cofa se transformaban en un baile alocado. Desde allá arriba, de vigía, se veía cómo el cielo se iba haciendo cada vez más oscuro, más plomizo, encapotado de bruma. A lo lejos se alzaba, amenazante y ciego, el oleaje. La tormenta venía rolando hacia las costas del golfo. Nuestra nave era muy velera, estaba animada por los brazos de cuarenta remos y henchida de viento. Dejamos atrás todas las demás. Parecía que iba montado en un potro encabritado y disfruté como nunca de la mar.

El verme en la ensenada de Plencia me dio tranquilidad. Penetramos a media vela por el largo y peligroso canal de acceso hasta llegar a la rada,

pequeña pero abrigada. Las gaviotas, por centenares, estaban apiñadas en grandes bandadas sobre las rocas altas y los tejados, como si hubieran recibido una orden, señal clara de que pronto iba a haber mar de fondo batiendo sobre los acantilados. Son el mejor indicador y, además, lo sienten con mucha antelación.

Desembarcamos, y el capitán me llevó a su casa para tomar un bocado. Después, en compañía de otros jóvenes, corrí hacia el faro para ver cómo se desarrollaban los acontecimientos: las otras naves de Plencia entrarían pronto y las demás podrían llegar con tiempo al muelle de Santa Clara, en Bermeo, antes de que las atrapara el temporal. A lo lejos oteamos las naves piratas. En esos momentos parecía que viraban para imitarnos, pero no iban a poder alcanzar la velocidad suficiente como para dejar atrás la galerna. ¡Y les venía de popa! Era demasiado tarde, se habían metido en el corazón del temporal. Lo iban a tener difícil.

El espectáculo era fascinante. La superficie era como una olla que hervía arbolada por el viento de poniente. El cielo se había encapotado de añil, luego de gris plomizo. Pronto íbamos a ver y a oír las aguas rugiendo con sus embates en el acantilado. No quedaba sino esperar y dejar que la naturaleza dictara sentencia. Mi misión había terminado.

Me despedí de todos y, sobre el mulo tordillo zanquilargo, inicié el camino de regreso. Esta vez, en lugar de hacerlo por empinados atajos, fui por el camino de la costa, contemplando esos paisajes labrados por la mar bravía. Y lo más importante, que iba siguiendo, como un vigilante de costa, la trayectoria de las naves. Comenzaban a cabecear entre las olas, remontándolas y bajando de nuevo y por momentos desaparecían de mi vista.

Pasé por Baquio y, desde el alto de la ermita de San Pelayo, a buen paso del mulo, contemplé la belleza única del entorno. A mi derecha se alzaba la suave cumbre del Burgoa, cubierta de helechos, retamas y pequeñas encinas; a mi izquierda, la península Gaztelugache. Su visión se me asemejaba la grácil quilla de un barco que ofrece, callado y altivo, el mascarón de proa de su iglesita románica. Una humilde, esbelta, diminuta ermita que se alza como el lamento del hombre y la tierra hacia el poder avasallador del océano. Parece que está ahí para frenar desde lo más alto las iras y los embates marinos. El último día de San Juan, los de Bermeo habíamos hecho la peregrinación a aquella ermita-castillo-fortaleza-iglesia entonando canciones tradicionales. En la cúspide encendimos la hoguera más grande de todo el contorno, y la más adentrada en la mar. Para nosotros esa cumbre tiene la

fuerza de un imán. A su derecha, como baluarte protector, mis ojos chocaron con el rudo peñón conejero de la isla de Aquech.

Volví a mirar una y otra vez la pequeña iglesia, porque es imposible dejar de mirar tanta belleza. Me llamó la atención que salía humo por el tejado. Rápidamente, tomé un sendero a mi izquierda y espoleé el macho por un abrupto descenso entre helechos y matorrales. Bajando de mala manera por unas trochas junto al caserío Ercoreca, llegué al camino de bajada, siempre estrecho, colgado al borde del ribazo. Aquella mar cerrada entre peñones había sido muchas veces refugio y naufragio de piratas.

Al llegar a la estrecha muralla que hace de istmo de unión entre el peñón y la costa, el mulo se encabritó, reculó y no quiso seguir. Descabalgué y eché a correr escaleras arriba. La escalinata es larga y empinada. Llegué arriba sudando y con la lengua fuera. La puerta estaba abierta, rota y quemada en una esquina. Penetré en el pequeño recinto. Los candelabros, el sagrario y todo lo que tuviera valor había desaparecido. Parte de la techumbre había caído y todavía se veían algunas vigas desprendiendo humo. Aquello no podía ser sino obra de los piratas.

Salí fuera, bordeé la iglesita y me asomé al precipicio cortado a pico. Los violentos remolinos me produjeron un mareo. Di dos vueltas para cerciorarme de que no había nadie. En las aguas no se veía ningún cuerpo flotando. ¿Le habría pasado algo al ermitaño que cuidaba el santuario? Seguro, no podía estar sino muerto o preso.

Descendí la escalinata a saltos. A mi izquierda, bajo el arco natural horadado en medio de una roca que atravesaban las olas, se veía flotar un cadáver. Seguramente sería el del ermitaño, pero no tenía tiempo de ocuparme de él. Además, no serviría de nada. Aguijoneé el mulo para salir rápido al camino principal.

Al llegar a la punta del cabo Machichaco, vi que la tormenta levantaba por toda la superficie grandes olas con crines blancas y las reventaba, imponente de fuerza y espuma, contra los despeñaderos. Ante mis ojos aparecía el teatro de todo lo que estaba ocurriendo: Mundaca, su ría. Laida, el puerto, Bermeo, el monte Ogoño. Todo ello casi equidistante de Ízaro.

La mar, a lo lejos y vista desde arriba, era un pozo hirviendo. Ahora no podía divisar las naves de los piratas, pero en esos momentos lo tendrían que estar pasando muy mal, la galerna los había atrapado. Espoleé al mulo y pronto llegué a Bermeo. Los de Mundaca también habían entrado en el puerto buscando refugio seguro en el fondo de la dársena. En la atalaya ardía una

gran hoguera. La isla de Ízaro semejaba un ballenato dormido. Por sus acantilados caían torrenteras de espuma blanca.

Cientos de personas se arremolinaban en el muelle para recibir las naves. En la plaza había un grupo de muchachas de mi edad. Al pasar delante de ellas, en mi interior, me sentí un hombre importante. Ya no era un crío, y me gustaba comenzar a hombrear.

—¿Has ido tú con los de Plencia? —me preguntaron.

—Sí, hemos estado a punto de darles alcance, pero se veía venir la galerna y hemos tenido que dar la vuelta. ¡Por poco los cogemos! Los hemos tenido a tiro de arpón.

—¿De verdad? —me dijo María Bernarda.

Y noté en su mirada un aire de admiración. Cuando ella me hablaba, se me ponía un nudo en la garganta. ¡Pero qué ojos tenía! Ya que me costaba conquistarla con palabras, por lo menos que mis hechos me dieran mérito ante ella. ¡Lo había conseguido!

NAUFRAGIO

Se desgranaban ocho campanadas en el reloj de la iglesia cuando varios jóvenes abandonamos el puerto. Remontando el camino que sale hacia Guernica, llegamos al faro de Lamiaran. El sitio era inmejorable, dominábamos todo el panorama, desde el cabo de Machichaco hasta el monte Ogoño, con la ría de Mundaca, hacia Guernica. Se divisaba todo el pueblo, con sus casas pendidas en la cuesta, sus humildes callejuelas empinadas y retorcidas, sus balconadas pintadas de azul marino o verde pino y cientos de tenderetes con ropas marineras puestas a secar.

Pronto caería el ocaso, hoy temible, preñado de presagios. El duelo entre la mar y el litoral no había hecho sino comenzar. El chispazo de un relámpago restalló culebreando sobre el cielo plomizo en el corazón de la galerna. Hasta nosotros vino rodando un trueno, que retumbó desafiante sobre nuestras cabezas y fue a morir, a nuestras espaldas, en la ladera de la montaña. Fue como un fognazo cabalgando enhiesto sobre la mar, un latigazo de cólera, e inmediatamente se quebraron las nubes. Comenzó a caer un chubasco racheado con gruesas gotas y luego arreció hasta parecer que se rasgaba el cielo. Ante el aguacero que se nos venía encima, nos refugiamos en los soportales del faro, porque nadie quiso meterse dentro. El espectáculo era espeluznante, parecía la sonrisa de la muerte enseñando los dientes, pero terriblemente atractiva; era la mar expresándose en su belleza más salvaje, no domesticada, cuando habla e impone su autoridad. En esos momentos, uno no se cansa de mirarla, es toda la naturaleza la que ruge en libertad. Y era muy hermoso.

La luz celeste se estaba extinguiendo bajo la fuerza del ocaso. El arrebol de la tarde lo llenaba todo. Amainó ligeramente la lluvia al ser arrastradas las nubes hacia oriente, por la ría de Mundaca. De repente comenzó a sonar la campana de la iglesia tocando a rebato. Dejó de llover. Todo se hizo gris

transparente. Pero no por eso el Cantábrico dejaba de estar encabritado, con olas de más de tres brazas^[16] y con fuerte mar de fondo.

Los bermeanos que todavía permanecían en sus casas se precipitaron al muelle al oír las campanadas, otros subieron a la atalaya. Nosotros éramos los que estábamos mejor situados. Todavía pudimos distinguir, como un espectáculo, cómo eran arrastradas las naves. Por un lado, la corriente las embocaba hacia la ría de Guernica y, por otro, las aplastaba contra las rocas. Venían desarboladas, con los mástiles tronchados, a merced de la corriente, subiendo y bajando como troncos sin control. Entraron en el canal que separa Ízaro de la costa de Bermeo intentando protegerse.

Todos contemplábamos el desarrollo de los hechos con expectación, sin decir palabra. El espectáculo era impresionante, espantoso, horrendo.

Una de las naves se desvió hacia el este, la corriente la arrastraba. Se notaba que estaba sin gobierno. Una ola la levantó a lo más alto y la hundió en el abismo. La volvió a levantar y a hundir, casi en picado, como si fuera a tragarla y meterla por barranqueras en sus entrañas. Pensamos que se había precipitado al fondo, pero no fue así. La vapuleó de nuevo, la elevó y la llevó en vertical en medio de una cresta hasta que la estrelló en los arrecifes despedazándola contra el acantilado de la isla a los pies del monasterio. Me dio la impresión de que la ola era un monstruo marino que se estaba riendo a carcajadas y que la escupía contra la tierra, un trallazo del látigo de su ira. Dos golpes más terminaron de descuartizarla entre las rocas del peñón.

Las otras fueron arrastradas hacia los arrecifes de la costa. Justo delante de nosotros, casi a nuestros pies, junto a la bocana del puerto, vimos cómo naufragaban otras carabelas, en la punta Lamiaran. La mar las golpeó contra una escollera de la embocadura y las volteó a no más de un cuarto de milla de la costa. Las olas lanzaban las naves al acantilado y la resaca las atornillaba retrancándolas al interior para luego expulsarlas una y otra vez.

Se habían ido a estrellar en la punta Lamiaran, la «punta de las lamias», de los espíritus de la mar, en el mismo sitio por el que habían salido los piratas después de hacer sus fechorías. ¿Sería que la mar, como una sentencia, los devolvía para ajusticiarlos en el lugar del crimen?

Saltamos alocadamente, sin importarnos los golpes, nos descolgamos por la suave pendiente del peñasco del faro y llegamos cerca de las rocas. Era peligroso, pero... no queríamos alejarnos.

Las carabelas eran ahora unos cascarones que aparecían y desaparecían ante nuestra vista. El calado del agua era escaso y la mar las volteaba sin

piedad contra las escolleras. Todo terminó en un amasijo de astillas perdidas en medio de surtidores de espuma y cataratas blancas bajando entre las rocas.

No era posible que hubiera supervivientes. Las campanas seguían tañendo. La naturaleza había dictado sentencia. La mar continuaba rugiendo con rigor de siglos. Y, ya, la noche había caído.

Los que habían acudido al muelle a contemplar el desarrollo de los acontecimientos se arrodillaron cuando el cura comenzó a rezar una plegaria de acción de gracias. Sonaron las campanas de otras iglesias como intentando acallar el estruendo de la mar. Pero no podían.

—La justicia divina ha actuado tras el sacrilegio —repetía una y otra vez el cura, a la vez que invitaba a la oración—. ¡Dios ha mandado su castigo! ¡Aprendamos de la justicia divina! Recemos, hermanos.

En medio de la noche, se encendió el faro de Ízaro, y las campanas del convento repicaron a gloria volteando sin cesar. El pueblo, temeroso de los dioses de la mar, recitaba rogativas a Dios demandando clemencia.

Muchos interpretamos lo acontecido como un castigo divino por haber profanado aquel lugar de santidad y haber ultrajado a sus religiosos. Las campanas de todos los pueblos vecinos se hicieron eco con sus repiques queriendo espiritualizar aquella sobrecogedora, lúgubre, trágica noche.

Cuando comenzó a oírse el primer volteo de campanas, miré al monte. En ese momento, la Ponda, la bruja de Sollube, había hecho sonar su cuerno y colocaba dos grandes teas en la boca de su cueva. Luego, con una gran caracola se comunicó con la mar, según creencias y ritos milenarios. Seguramente estaba haciendo un hechizo para invocar las fuerzas ocultas. Más de uno habría ido a consultarla y en estos momentos estaría con sus ritos y conjuros. Por más que los inquisidores del Santo Oficio lo hayan prohibido, muchos siguen manteniendo las costumbres antiguas.

Y yo me preguntaba si todo aquello había sido una casualidad del azar, un castigo de Dios, una venganza de las fuerzas de la mar, un aviso de los dioses de la naturaleza o el poder de la fuerza del conjuro de la Poncia.

Nosotros seguíamos al otro lado del puerto, cerca de los despojos, pero sin poder acercarnos. Hicimos una gran hoguera con viejos maderos escupidos anteriormente en la arena. Era cuestión de esperar. Aunque estaba ya anochecido, no queríamos marchar, teníamos que ver en qué terminaba la catástrofe. A la luz de las fogatas, sobre la negrura de la mar, las grandes olas desflecaban sus crines blancas antes de morir en la playa o destrozarse en los taludes. En el puerto también habían encendido varias hogueras.

De repente, alguien gritó. A un tiro de piedra de donde las naves habían sido lanzadas contra el acantilado, vimos que un hombre braceaba intentando llegar a nado agarrado a un madero. Trataba de dirigirse a una minúscula playa manteniéndose alejado del rompiente de las olas. Si la corriente lo arrastraba, lo machacaría contra los peñascos. Las olas lo levantaban y bajaban inmisericordes haciéndolo aparecer y desaparecer como un corcho.

Dos mozos corrieron por encima de la escollera, entraron en el puerto y volvieron trayendo unas cuerdas delgadas y muy largas. Felipe, el mozo más fuerte y grande de todos, nos gritó que nos protegiéramos tras las rocas, pero no por eso dejamos de asomar la cabeza. Hizo un nudo en la punta, le ató un trozo de madera y comenzó a girar sobre sí mismo con fuerza y potencia. Poco a poco le iba dando más tiro a la cuerda de tal forma que la punta se iba alejando de sus manos hasta que, por fin, la lanzó. El cabo salió disparado en la dirección adecuada, como un tiro de arpón, y quedó completamente extendido hacia el naufrago. Éste vio la maniobra y, jugándose, soltó el madero para nadar hasta coger la punta. Las olas lo volteaban una y otra vez. Al fin, se agarró a ella con desesperación. Nosotros atamos un segundo cabo y fuimos tirando alejándolo de las rocas hasta llegar a una pequeña playa, pero era muy peligroso acercarlo. Le hicimos gestos para que se adentrara, que se alejara de la costa para mantenerse al paio sin intentar acercarse.

Atamos una tercera sogá, lo que nos permitía poder maniobrar desde lejos. Desde un rincón de la playa, tiramos con fuerza. Felipe cogió un madero, pasó la cuerda por un extremo y lo levantó. Al tirar nosotros, el madero tieso hacía de pértiga de apoyo para sacar con más facilidad al naufrago del agua sin que las olas lo voltearan contra la arena.

Por fin, logramos arrastrarlo hasta la playa, lo cogimos entre varios y lo alejamos de las olas. Lo acercamos a la hoguera. Era un jovencuelo pelirrojo, con la cara pecosa y más blanca que la leche, congestionado y medio ahogado. Lo colocamos boca abajo para que echara lo que había tragado. Cuando pronunció algunas palabras, oímos que hablaba en parla extranjera. Al calor de la hoguera, se sintió mejor. Lo pude observar con más detalle. Tenía unas manos flacas y alargadas que le caían como desmayadas. Sus ropas comenzaron a echar vapor. Lo levantamos entre dos por los brazos y, poco a poco, le hicimos caminar hasta el puerto.

Era noche ciega. La mar seguía bronca golpeando con rabia una y otra vez. Parecía que se había enfadado más por haberle robado una de sus víctimas. Todos los habitantes de la villa estaban congregados en la plaza. Desde el otro lado de la dársena habían presenciado el desarrollo de los

hechos a la luz de las hogueras. Al acercarnos hacia el Ayuntamiento, el gentío se abrió dejando un pasillo por el que avanzamos.

—¡A la horca! —gritó uno.

—¡A la horca! ¡A la horca! ¡A la horca! ¡A la horca! —respondió al unísono la gente arremolinándose junto a nosotros.

Lo hubieran linchado al momento allí mismo, en la horca o a estocadas, pero de nuevo Martín Madariaga, el alcalde, levantó la mano y su rostro y su gesto impusieron silencio:

—Aquí no se lincha a nadie. Lo que se tenga que hacer, lo dictará la justicia. Además, ¿no veis que es un muchacho? La Cofradía, con el asesoramiento del señor juez, dictaminará lo que se ha de hacer.

Lo sentamos en una silla. Estaba asustado. No sé por qué, pero enseguida me apiadé de él. Me recordó mis primeros viajes cuando salí a sardinear como simple grumete paniaguado.

Una vecina trajo un tazón de caldo. El joven la miró con ojos agradecidos. Le dijimos que hablara. Al no entender lo que decíamos, se acercaron varios marinos que habían navegado durante años por todos los mapas conocidos y se manejaban elementalmente en distintos idiomas, incluyendo el árabe y el turco.

—Habla en inglés, dejádmelo a mí —dijo Rufino Amtua, que había sido lobo de mar en los caladeros del norte, arponero en barcos ingleses, piloto en naves de Castilla y Portugal en la carrera de las Indias y experto en faenar en los arenales de Flandes.

Y comenzó a traducir, una a una, las preguntas de Martín Madariaga:

—¿De dónde es la bandera de los barcos? —le preguntó.

—De Inglaterra.

—¿En qué puerto teníais la base?

—En La Rochelle.

—Aquí decimos La Rochela. ¿Y quién es tu rey?

—La reina Isabel.

—¿A quién pertenece la flota?

—A *sir* Drake.

Nada más escuchar aquel nombre, se oyó un suspiro de pánico, un gemido de miedo en los más próximos. Un rasgo de sorpresa y terror encendió el rostro de los presentes. Bastó pronunciarlo para figurar el diablo en persona, el monstruo marino que había tirado a pique decenas de naos del imperio español, el que robaba los tesoros que venían de las Indias, el más aguerrido de los corsarios, el señor de los rincones más apartados, el primer inglés que

había circunvalado el globo, el enemigo jurado de la Corona de Castilla, el marino escurridizo y temible, el que había dejado viudas y huérfanos bermeanos... El pirata.

—¿Se encontraba Drake en alguna de esas naves? —le preguntó el alcalde ante la expectación de todos.

—No, ahora se encuentra en las Indias Occidentales —respondió el joven.

Cuando se serenaron los ánimos, el alcalde dejó por el momento el interrogatorio y se dirigió con voz grave a los presentes:

—Paisanos y los que habéis venido a ayudarnos en estos momentos difíciles: tenemos que convocar la ayuda de todos, hay que reunir la munición y las provisiones que hagan falta. Seguramente mañana vendrán más, y un bombardeo desde la costa puede incendiarnos otra vez la villa. Hay que instalar cañoneras en sitios estratégicos, fortificar Ízaro y cubrir con uñas y dientes la entrada de la bocana de nuestro puerto. Si es preciso, colocaremos también un barco cargado de pólvora y que estalle cuanto estén entrando. No podemos consentir otro bombardeo como el de hace cuatro años.

—¿Y qué hacemos con el muchacho? —gritó uno emboscado en la multitud.

—¡A la horca! —gritó otro.

Tres hombres se acercaron con las dagas en la mano con gesto de querer llevárselo. El alcalde levantó amenazante su sable y gritó con autoridad.

—El que toque a este muchacho es hombre muerto. ¡Lo que se tenga que hacer, se hará!

Todos se quedaron quietos.

—Y ahora, a lo que estamos, cada cosa a su momento. Que este muchacho coma y duerma en el calabozo hasta que veamos qué se hace con él. Que nadie intente tocarlo, que vengarse con los débiles no ennoblece. Pero ahora lo importante no es eso, sino que esta noche se cierren bien las siete puertas de las murallas, en especial las de Santa Bárbara y San Miguel. Y que se redoble la vigilancia del puerto y se envíen rondas a la Atalaya. Los ingleses quieren para ellos lo que siempre fue nuestro. No les gusta que dominemos el mercado de la ballena y el bacalao, y desde hace años nos atacan como pueden, bien cuando volvemos cargados de Terranova o cuando vamos con provisiones. Hay que prepararse para lo peor. Es una guerra económica entre los dos reinos, y golpean donde más daño puedan hacer. Y todo por el eterno enfrentamiento entre nuestro rey y la reina inglesa por dominar las rutas del mar entre Europa y las nuevas Indias. ¿Algo más?

Nadie contestó. Se hizo un silencio grueso, seco.

—¡Jo, qué serios os habéis quedado! Si se quema el pueblo, agua ya tenemos para apagar el fuego —dijo queriendo ser gracioso Anacleto, *El Enclenque*, un joven de veinte años que era feo, con la barbilla muy alargada y que más horas que tiene el día estaba borrachín.

—Tú riéte, Anacleto, pero en quinientos años Bermeo ha tenido cinco incendios con víctimas —le contestó el alcalde.

—¿Y qué pasa?

—Qué pasa, qué pasa. El último, a principios de siglo, quemó todo el casco viejo, con sus casas señoriales. Nos dejó sin archivos y se perdieron las parroquias de Santa María de la Atalaya y la de Santa Eufemia.

—Pues así todos más calentitos.

—Anacleto, no te rías en estos momentos, no tientes al destino. Aunque el tuyo sea estar todo el día soplando del odre. Pero no tienes la culpa, tu padre y tu abuelo ya fueron borrachos. Y tú lo fuiste seguramente desde la barriga de tu madre.

—¡Soy poeta!, sépalo vuesssa merced el alcalde, y amigo del morapio, vehículo de Baco. Rimo Bermeo con *pueblo, fuego y Anacleto*, y no se dan cuenta, señor alcalde de esta noble villa merlucera. ¡Yo, su exxximio poeta! Si arde, los diossss no lo quieran, yo tomaré el chistu y el tamboril, escalaré hasta el faro y cantaré con el poeta anónimo:

*Mira Cleto de Atalaya
Bermeo cómo ardía
mientras la mar lo contempla
y ayudarlo no podía.
Ya no verán estos ojos
las olas sobre la orilla.
Desde lo alto del castillo
saltaré sin barandilla,
y todos me podrán ver
deshecho en una tortilla.
¡Y ole que va de romance!*

—Anacleto, ni borracho tientes la desgracia —insistió el alcalde.

—No se preocupe la autoridad cofrade, que luego me despeñaré por el precipicio en ofrenda a los dioses Neptuno y Baco, sin dejar de tocar el chistu y el tamboril.

Y nadie rio las gracias a Anacleto, medio borracho, que hacerlo parecía tentar al destino.

Cuando la gente comenzaba a marchar, me encontré con Moncho.

—¿Se te ha escapado el miedo de todo lo que pasaste?

—Por supuesto, ya no soy un crío.

MARÍA BERNARDA

Era noche avanzada, cerrada y negra, cuando la gente comenzó a dispersarse camino de sus casas alumbrándose con los faroles de mano. Dentro del pueblo únicamente lucían las antorchas que estaban encendidas en la plaza y otras en las calles centrales. Esa luz era un lujo que se podía permitir este pueblo, ya que las alimentaban con aceite de ballena, y Bermeo era uno de los pocos puertos que podía disponer de ese tesoro, y en abundancia.

En las casas, los candiles de saín estaban encendidos y seguirían así hasta bien entrada la noche. Había mucho miedo almacenado en los cuerpos, y la luz fingía disiparlo y ahuyentarlo.

Cuando salía de la plaza camino de mi casa, entre unas sombras, me saludó María Bernarda. Estaba más guapa que nunca. Habíamos estado hablando dos días antes y no sé qué me pasaba que no hacía sino pensar en ella desde entonces. Creo que me estaba enamorando, y no podía ser. Ella nunca querría tener trato conmigo porque era de familia rica. Pero no me había importado sacarla a bailar en las fiestas del año anterior. Tal vez ella se dejó porque me vio algo desamparado. Mi padre había muerto en la mar en un barco que pertenecía al padre de María Bernarda, don Gerardo Arostegui, uno de los principales armadores de pesca. Tenía varios barcos bacaladeros en las rutas del norte y una fábrica de salazón, y enviaba grandes cantidades de pescado seco a Castilla. Y yo, lo sabía muy bien, era hijo de una viuda pobre, una mujer triste, que con tanto sufrir se había transformado en una triste mujer.

—Me he enterado de todo lo que has hecho con los de Plencia —me dijo.

—Era mi obligación, ¿no te parece?

—¿Y si te hubiera pasado algo?

—Pues nada, uno más que hubiera caído en la mar. Es tradición de mi familia. Además, no creo que te hubiera importado demasiado.

—¿Eso piensas? Pues has de saber que me tuviste preocupada.

Yo me quedé tan sorprendido que no supe qué responder. Justamente llegaba un pequeño destello de luz a su cara, de perfil, lo que le daba una belleza especial, con claroscuros. ¡Pero cómo podía ser tan torpe diciéndole aquello!

—Disculpa, no quise decir eso, es que...

No me escuchó. Agachó la cabeza y se marchó corriendo a casa siguiendo a sus padres, que iban unos pasos delante. Yo me quedé pensativo dándole vueltas a lo que acababa de oír. ¿Qué había querido decir María Bernarda? Yo era muy torpe para tratar a las chicas, y tímido hasta el ridículo. No exactamente, porque con las demás no me cortaba, pero es que cuando estaba con ella, las palabras me salían a lo tonto y me trabucaba. María Bernarda tenía los ojos verdes como nuestra mar, muy claros, parecían transparentes; el pelo tirando a rubio, como mazorca del maíz; la nariz, aguileña y muy hermosa, un poquito grande; sus pechos eran altos y redondos; era de talle alto y tenía unas piernas muy bonitas. El día que bailé con ella noté que tenía la cintura como un junco. Y lo más bonito era su sonrisa... Pero era demasiado para mí. Me tendría que aguantar. Su padre la casaría con el hijo de un armador, con alguno de las grandes familias ricas, de algún almirante de la Armada o de algún hijodalgo de la Corte. ¡Yo era hijo de una viuda pobre!

Todas estas cosas iba pensando camino de casa cuando me encontré con un hombre mayor al que casi ni conocía. Por la forma de andar parecía que iba sonámbulo.

—Mal augurio, mal augurio nos va a traer esto, muchacho —me dijo a mí, pero la verdad es que iba hablando solo en voz alta—. Bermeo va a arder otra vez. ¡Que la mar nos ayude! Santa María ruega por nosotros pecadores.

Al caminar, tras las esquinas, bajo los aleros, en los sitios más insospechados, veía sombras distintas de los días anteriores. A la luz ondulante de una farola, parecía que en las paredes bailaban fantasmas huyendo por las cornisas. ¿Qué iba a pasar? Y aligeré el paso hasta cerrar la puerta de casa por dentro.

Estuve dando vueltas a todas estas cosas en la cama. Entre los sueños locos que tuve, de vez en cuando veía que me miraban los ojos de María Bernarda. Y eran más verdes que la mar. Yo navegaba durante la noche en un barco solitario y me había caído al agua. Nadaba sin rumbo, perdido, cuando vi que a lo lejos, en la costa, María Bernarda estaba bañándose en la playa, y sus ojos me miraban a ras del agua. Ella desapareció repentinamente, yo me hundí en las profundidades y comencé a tragar agua... Me desperté con un sobresalto. Abrí los ojos y me serené al reconocerme en mi habitación.

EL HIJO REBELDE

Aunque había dormido poco y mal, al primer rayo del alba, como de costumbre, ya estaba en pie. El trabajo en el puerto no esperaba. Para cuando llegué, había decenas de marineros, pero ningún barco se hacía a la mar. El funeral por los frailes iba a ser a mediodía. La superficie estaba suavemente rizada. Había mar de fondo pero no estaba arbolada, el día venía bonancible por el Oeste. Pero no había gritos, como otros días. Las mujeres ya habían comenzado a remendar las redes, como siempre, en animada conversación. Y los jóvenes comenzamos a salar pescado en la lonja, cargar sal en las bodegas, traer provisiones, transportar barriles, apilar mercancías y mil faenas más. Cada barco había que cargarlo con reservas de arroz, bizcocho, pan, tocino, galletas, queso, alubias, aceite, vino, limones, vinagre, agua... y otros elementos necesarios para las largas travesías. Más el constante trabajo en la dársena carenando y calafateando las naves.

Moncho estaba con otros cuatro muchachos transportando cubos de sal a los barcos.

—¿Vamos a ver lo que quedó de los piratas? —me dijo.

—A eso iba, vamos —fue mi respuesta, ya que con la tormenta, el aguacero y los piratas, no habían entrado barcos en el puerto y disponíamos de tiempo.

Nos alejamos del muelle para ir a la parte del faro y poder ver con detalle cómo había terminado todo. Parecía mentira que la mar pudiera tener tanta fuerza. Las naves estaban despedazadas, casi no había ni rastro de las velas y los mástiles aparecían astillados. La playa y los acantilados estaban sembrados de maderos, tablas, todo tipo de barriles, escaleras y mil utensilios de aparejo marino.

Me acerqué a una nave que había quedado en posición casi vertical sobre unos riscos. Tenía partido el espolón del bauprés, lo mismo que los mástiles del trinquete, mayor y mesana. Se veía un golpe fuerte en el tajamar, y no

quedaba nada del aparejo. Subí por la pendiente rocosa hasta tener la proa cerca y poder verla mejor. Algo me llamó poderosamente la atención. Frente a mis ojos tenía el mascarón de proa de la nave. Estaba intacto, y era sorprendente. Era una sirena, una diosa de grandes dimensiones y extraordinaria belleza. Tenía el pelo rubio, los ojos azules y los pechos descubiertos a la brisa de la mar. Su aspecto era el de una valquiria guerrera con la serenidad y proporciones de una diosa griega. Por un lado parecía la diosa de la flota marinera, y por otro, tenía unos rasgos maternos. Me quedé como alhelado, y me prendó su belleza, era como mi modelo soñado de mujer. Y sin querer, me enamoré de ella.

Comenzamos a sacar de los barcos anclas, maderas, clavazón, maromas, cubas y todo aquello que se pudiera aprovechar. Se veían algunos cañones, eran muy elegantes, estaban torneados y las placas se leían en lengua extranjera, aunque vimos dos que eran españoles, fundidos en Cartagena. No se habían ido a pique por estar sujetos con gruesas cadenas. Sacar todo aquello nos llevaría varios días, pero sería provechoso. Las maderas sobrantes irían a alimentar los fogones.

Justo donde las olas mueren perdidas en la arena, aparecían varios cadáveres movidos por el agua. Les fuimos dando la vuelta para verles la cara. No eran cuerpos de ahogados, sino de muertos por los golpes. Todos ellos tenían rostro extranjero, algunos pecosos, pelirrojos, de tez lechosa.

—Tiene que haber uno de nuestra tierra —afirmó Moncho—. Yo creo que lo vi anteanoche entre los asaltantes. Aunque no sé, había poca luz y puede que me equivocara.

Con la ayuda de otros hombres, colocamos los cadáveres en fila, una hilera de formas inermes que resultaba lúgubre y sombría. Pero no estaban todos. Muchos se habrían ido al fondo y tendríamos que esperar unos días a que la mar los reflatara. Seguimos rebuscando entre las rocas recogiendo lo que pudiera ser de utilidad. Vi un cofre pequeño, muy sólido, de madera, cerrado con un grueso candado. Para que nadie lo descubriera, lo tiré en la hendidura de unas rocas y le eché una piedra encima para que las aguas no lo desviarán. Coloqué varios palos y algas cubriéndolo. Más tarde volvería por él.

Por entre las rocas seguían apareciendo cadáveres que habían sido lanzados lejos. Los fuimos llevando junto a los demás. Entre los que recogimos, encontramos uno muy grande, algo barrigón, con el pañuelo de cuadros al cuello, su nariz inconfundible, las abarcas vascas, su figura entera...

—¿Lo conocéis? —pregunté a los demás.

—Creo que es el que vi en el convento, pero no lo puedo asegurar. Me pareció ver uno de nuestra tierra, pero no sé si sería éste. Si no aparece otro, es él —aseguró Moncho.

Nadie lo conocía. Pero nosotros éramos jóvenes, seguro que los mayores del pueblo tenían alguna pista. Hicimos unas parihuelas con dos palos y unas cuerdas y lo trasladamos entre cuatro hasta el muelle, junto a la plaza. Lo dejamos en el suelo y le lavamos la cara con un trapo. Cuando se corrió la noticia de que había un vasco entre los náufragos, muchos pescadores vinieron con curiosidad e impaciencia. Fueron pasando uno a uno por delante. Cuando ya lo habían hecho más de veinte, uno se sorprendió.

—El que mal empieza, mal acaba —sentenció Samuel Arruabarrena mirándolo con atención.

—¿Quién es, lo conoces? —le preguntamos.

—Pero ¿es que no lo conocéis vosotros? No, no me equivoco, a fe mía que es Dieguito de Guinea, hijo de Diego de Guinea y de Mari Ochoa de Guesala, ambos de Ceberío. Buena gente, demasiado infelices, pero fueron acusados de hechicería ante la Inquisición. Los sometieron a tormento y su hijo juró vengarse. ¡Pobre desgraciado!

—¿Por qué los conoces? —le preguntó el alcalde con tono serio intuyendo algo extraño, y más al nombrar la Inquisición.

—Porque cuando era pequeño, el galeno aconsejó a mis padres que me alejaran de la mar para curar mis pulmones, así que me mandaron a Ceberio durante varios inviernos para curar el mal resuello, la sofocación, que aquello es menos húmedo que esto. Y me iba muy bien.

—Cuéntanos lo que pasó —le pidió el alcalde.

Samuel se sentó en una roca y comenzó a relatarnos:

—Lo que voy a contar es muy delicado, pero yo no tengo nada que ver con ello, que quede claro. Una vez que se terminó el proceso de brujería en Navarra, hacia 1530, creo que fue, vinieron inquisidores por nuestras tierras, como Avellaneda o Ugarte. A este último, lo envenenaron las mismas brujas, que entonces las cosechas brujeriles en los pueblos de nuestra tierra eran tan abundantes como las anchoas en campaña, pero, como bien sabemos, no lograron extinguirlas. Ocurrió en Ceberio, y veréis lo que pasó...

—Cuanta con exactitud lo que ocurrió —insistió el alcalde—, que en cosa tocante al Santo Oficio hay que andar con suma prudencia.

—Fue por el año 1555, sí, porque yo tenía diez años. Una niña, Catalina de Guesala, que residía en el barrio de Santo Tomás de Olabarrieta, fue

sometida a tormento para que declarara y dijera que Diego de Guinea y Mari Ochoa de Guesala, tía de la niña, la habían hecho bruja. Y para que declarase esto la tenían en el suelo y le daban constantemente coces en el cuerpo. La niña dijo que en la casa de Juan de Hereinoga tenían sus reuniones varios familiares con otras gentes, de cuyos nombres tomaron nota los inquisidores para luego someterlos al potro.

—¿Qué hacían de malo? —preguntó uno que, según supe después, solía hacer alguna consulta en casa de la Poncia y aspiraba a convertirse en brujo profesional.

—Eso a mí no me lo preguntes. Yo sólo digo lo que pasó, lo que se dijo. La niña declaró que el dueño de la casa, Juan de Hereinoga, sacaba de una olla cierto unguento con el que untaba a todos, hombres y mujeres. Que a Mari Ochoa de Guesala le dio bálsamo en la palma de las manos, en el corazón y la espalda, en la barbilla y la frente, como a todos los demás. Una vez que estaban bien untados, casi desnudos, vestidos sólo con mantas y ropas sucias, saltaban a un tejadillo que tiene la casa y de ahí, por el aire, volaban hasta el lugar llamado Petralanda. Y allí hallaban al diablo, que aparecía bajo la figura de un negro macho cabrío, con unos grandes cuernos y sentado en una silla. Todos montaban encima desnudos y hacían escenas de alto fornicio. Allí tenían danzas y bailes, grandes comidas, y bebían todos de una taza grande de plata.

»Obligaron a la niña a que dijera —porque era muy pequeña y a coces se lo sacaron— que en esa copa había orines del mismo demonio, y cómo luego se fundían todos revueltos en deshonestas uniones. Y que terminada la fiesta, volvían a casa de Juan de Hereinoga, se lavaban con agua caliente y volando regresaban a sus domicilios sin que nadie hubiera notado sus viajes voladores.

—¿Y testificaron otros? —preguntó uno.

—Sí. Además de la niña, otros confirmaron cómo algunas veces iban a casa de vecinos para tener con ellos ceremonias en que les hacían sangrar con hierros candentes por las rodillas y muñecas y por detrás de las orejas para chuparles la sangre. Bajo tormento, la tal Mari Ochoa llegó a decir que en una de esas noches quedó preñada del demonio y que si pariese había de parir al demonio o anticristo. Y de aquella preñez nació Diego, Dieguito.

—¿Y qué pasó con Dieguito? —siguió preguntando el alcalde con sumo interés.

—Dieguito, siendo un jovenzuelo, vio cómo su madre, más otras diecisiete brujas..., así llamadas, fueron vituperadas en la plaza pública por un tribunal del Santo Oficio; vio cómo fueron sometidas a tormento y luego

llevadas presas a la cárcel de Bilbao. Su hijo sabía que sus padres eran dos pobres inocentes, ignorantes, buenas personas, y que todo lo que había acusado la niña era bajo tortura, diciendo lo que los inquisidores querían que dijera. Y de Dieguito se reían por la calle diciéndole que era «hijo del diablo». Entonces él juró vengarse por lo que habían hecho con su madre. Pasó a Francia, y se puso a las órdenes del rey francés para luchar contra el de España. Luego se hizo hugonote, y parece que estaba haciendo el corso en el puerto de La Rochela para hacer todo el daño que pudiera a los intereses de nuestro Rey y su Iglesia. Es todo lo que sé.

—Si es hugonote, bien empleado le está —sentenció uno.

—No hables tan descarado, que sufrió el Santo Oficio en las carnes de sus padres, que eran, como he dicho antes, gente inocente, sin conocimientos, que no sabían ni leer ni escribir. No, no eran herejes, ni brujos. Todo fue un invento.

—Ten cuidado con lo que dices que te pueden escuchar los oídos de la Inquisición.

—Yo digo lo que sé que es verdad, no invento nada.

—¿Vive la madre de este desgraciado? —preguntó Martín Madariaga a Samuel Arruabarrena.

—Sí, es muy mayor. Una bendita mujer, una infeliz que no sabe nada de las correrías de su hijo. Bastante ha sufrido durante toda su vida como para que ahora le vayamos con la noticia de su muerte, y en estas circunstancias. Es una pobre mujer que no tiene nada de maldad. Lo que hicieron los del Santo Oficio fue para dar un escarmiento, pero no porque encontraran paño de herejía.

—Tienes razón —le apoyó Martín—, que de esto no se enteren las autoridades, y menos gente del Santo Oficio. Que quede entre nosotros, ¿entendido? Los inquisidores, cuanto más lejos, mejor, que mezclan religión con política.

—Eso no son razones, lo que hay que hacer es tirarlo al agua, o enterrarlo fuera del cementerio, junto a las tapias, o quemarlo. Y lo mismo con los demás —gritó José Arbizu, con la cara congestionada.

Los reunidos no se ponían de acuerdo sobre lo que había que hacer con los cadáveres. Eran extranjeros, seguramente protestantes, habían hecho un sacrilegio asaltando un convento y matando de forma salvaje a seis frailes. No debían tener ninguna conmiseración con ellos ni siquiera después de muertos. Si hubieran estado vivos, los habrían ahorcado, ¿por qué compadecerse de ellos? Si habían muerto en la mar, que la mar los recibiera en su vientre.

—Que no se le den más disgustos a su pobre madre, que para el tiempo que le queda por vivir no merece la pena atormentarla más. Le daré yo mismo la noticia, pero cambiada, le diré que me ha llegado la noticia de la muerte de su hijo en alta mar. Así tendrá paz, que dolor sobre dolor no cura nada —sentenció Martín.

—No, mejor iré yo, que la conozco —argumentó Samuel—. Recuerdo que una vez, cuando yo era muy pequeño, comenzó a llover y me recogió en su casa. Secó mis ropas y me dio cuajada y miel. Si alguien pretende hacerle daño, se las tendrá que ver conmigo.

Por decisión del concejo, y con la aprobación del cónsul de mar, se acordó que, puesto que eran marinos y la mar los había hecho naufragar tras un sacrílego comportamiento, fueran las aguas su sepultura. Los cargaron en un pequeño barco, metieron cada cuerpo en un saco y les anudaron una cuerda con una piedra. A diez millas de la costa los arrojaron al fondo.

No lo comenté con nadie, pero me dio pena ver su final. Me dio pena verlos hundirse en las profundidades sin la despedida de una madre, una esposa, unos hijos...

A las doce se celebraron los solemnes funerales por los franciscanos muertos el día anterior. Al acto acudieron las autoridades religiosas y civiles de Bermeo, Mundaca, Elanchobe y otros pueblos costeros. Fue un funeral muy solemne, se celebró en la iglesia del convento de los franciscanos de Bermeo, de los claustrales. Fue muy largo, con mil responsos, oraciones y jaculatorias sazonados con abundante incienso. Resultaba lúgubre contemplar los seis féretros sobre tres catafalcos, negros, con ornamentos más negros y gruesos hachones despidiendo olor a sebo. Al final de la ceremonia, se comunicó que se había acordado donar cien libras de aceite al año para la ermita de San Juan de Gaztelugache.

Después de darles tierra en el minúsculo cementerio, el padre Zabala entonó en la iglesia un *Te Deum* de acción de gracias, que subió oscilante hasta perderse entre las bóvedas.

Al atardecer, después de estar un rato atento a que nadie me viera, me acerqué al acantilado llevando un saco a la espalda. Rastreeé por entre las rocas simulando que buscaba nécoras y mejillones, abrí y cerré varias veces el saco, y poco a poco me fui acercando al lugar donde había escondido el pequeño cofre. Miré alrededor y no vi a nadie. Me colé en la hendidura de dos rocas, levanté la piedra y lo cogí. Lo metí en el saco, me lo eché a la espalda y continué fingiendo que mariscaba.

Estaba ansioso por llegar a casa, por encontrar un momento para poder abrirlo. No hacía sino preguntarme por lo que habría dentro. Y para cuando me di cuenta, no andaba sino que corría por una cuesta empinada sin sentir la carga que llevaba sobre mis espaldas. Al llegar a la talanquera del huerto, estaba chorreando de sudor.

LA SIRENA

Al día siguiente, muy de madrugada, Monchete y yo fuimos con un carro y dos bueyes al lugar del naufragio. Con una maza, unas cuñas de hierro, un hacha, un tronizador y una palanca pata de cabra logramos desprender el mascarón de la punta de proa. Era de una sola pieza y salió enterito. Al coger en nuestras manos la figura, palpamos sus proporciones. Tenía más de braza y media de alto. ¡Y era bellísima! Era de madera noble, muy pesada, dura como el hierro, y entre los dos tuvimos grandes dificultades para cargarla en el carro.

Llevamos la sirena al caserío de mi abuela, donde vivimos. Ella pensó que estábamos locos, pero cambió de parecer cuando la vio colocada al fondo en medio del zaguán. La pusimos de tal forma que parecía que saludaba a los que entraban, con unos ojos alegres en los que se contenía todo el misterio que encierran las aguas. Tanto tiempo acariciando las olas, que parecía que se le había metido dentro la brisa marina. La limpié con un trapo untado en aceite, la sequé, y luego la barnicé con cera. Quedó reluciente. Más tarde colocaría un farol cerca de su cara.

—Joaquín, una moza como ésta, pero de carne y hueso, es lo que tú tienes que buscar... para que no te deje marchar a la mar. ¡La mar mata! En este pueblo no quedan más que viudas y solteras. ¡El pueblo se está quedando sin hombres! —gritó mi abuela, como queriendo recordar a todos los seres queridos para los que la mar había sido su lugar de trabajo, su madre dadivosa y su tumba asesina.

—Tranquilícese, abuela, son cosas que pasan.

—¿Cómo dices eso? Maldigo mil veces este pueblo en que nació. Mi marido, mi hijo, tu padre, los tíos... ¿Es que no lo quieres ver? Ojalá hubiera nacido en Castilla, lejos de la mar. No sé si hubiera sido más pobre o más rica, pero los tendría vivos. Salían para Tierra Nueva en marzo y no volvían hasta octubre. ¿Eso es estar casada? Mi abuelo decía que eso de que la tierra

es redonda es un cuento. Él insistía, como los antepasados, en que las aguas se precipitaban, lejos, en un pozo sin fondo que arrastraba todo lo que se acerca. Para mí es como si fuera así.

Mi abuela, en ausencia de hombres en casa, había tenido que tomar ella sola las decisiones y jugar todos los papeles. Era una mujer valiente, de una personalidad que hacía temblar. Lo que decía ella, había que cumplirlo. No se callaba ante nadie y tenía la autoridad de un almirante. Ante los dolores y contratiempos, se plantaba como un roble hasta superarlos.

En un rincón, vestida de luto, como siempre, mi madre no decía nada. Con tantas penas acumuladas dentro de su alma, era un árbol tronchado sin ganas de luchar. Hablaba poco y tenía una perpetua tristeza en sus hermosos ojos verdes, siempre empañados con nubes grises. De ellos se había evaporado todo signo de alegría; estaban impregnados de una pesadumbre y una debilidad que parecían haber bebido todo el dolor posible. Daba la sensación de que ya nada la conmovía, de que no tenía capacidad para sufrir más. Yo creo que ante otra desgracia, no habría hecho ningún gesto. Era una difunta viviente. Todas las tardes rezaba el rosario mirando la mar... a veces demasiado cerca del precipicio.

Moncho y yo nos metimos en la cuadra y cerramos la puerta. De debajo de un montón de paja, saqué el talego con el cofre. Con un martillo y un cortafrío logramos partir la barra del candado. Los dos contuvimos la respiración. Dentro aparecieron tres libros con tapas de cuero, cada uno con su cierre de tiras de cuero anudadas. Al lado, un collar de perlas y un broche con incrustaciones de piedras preciosas; dentro de una cajita de cuero aparecieron unos pendientes con zarcillos de oro; en el envoltorio de un pañuelo, cincuenta monedas de oro. En su cara tenían unos rostros extraños, con perifollos en la cabeza. Eran iguales que las que había visto a más de un marino que había traído de Nueva España. ¿Serían monedas de oro de los habitantes de aquellas tierras? ¡Éramos ricos! Abrimos un libro y pudimos leer en la primera página: *Viae maris Mediterranei navigationis*. Estaba escrito en latín, lengua que ninguno de los dos entendíamos, y tenía muchos mapas.

El otro libro nos sorprendió un poco más: *Specierum itinera*, también con planos en los que se leía Venecia, Babilonia, Constantinopla, Samarkanda, la Isla de las Especies, Cipango, China y demás países de Oriente. Estaba escrito por un tal Mikaelo Storcciatto. Al final trata un catálogo de especias y los lugares en los que se encontraban. Todo ello escrito en latín, pero entendíamos muchas palabras.

El tercero era un libro en inglés, *The Canterbury Tales*, escrito en 1380. Al manosearlo, nos llamaron la atención sus tapas de pergamino. Eran muy gruesas y algo ahuecadas, siendo que el libro no era voluminoso ni pesado. Con todo cuidado, logramos abrir las pastas y unas solapas internas que traía dobladas. Lo que en apariencia era la cubierta del libro resultó ser, al desplegarlo completamente, un pergamino de tamaño tres veces mayor. Al alisarlo, vimos que eran unos mapas llenos de signos y que señalaban todos los puntos geográficos con ángulos y grados. En la parte izquierda ponía: *The Tesoro of the Ízaro Island*. No hacía falta saber mucho inglés para entender el título. Además, el dibujo del plano tenía la forma triangular de la isla, y debajo, en lo que era la costa, se leía Mundaca, Bermeo, Bilbao... ¿A qué venía aquel plano de la isla de Ízaro en manos de unos piratas?

—Tengo que decirte algo —me cortó Monchete.

—Tú dirás.

—Secreto por secreto. Cuando os conté en el barco lo que me había pasado, hubo una cosa que no os dije.

—¿Cuál?

—Al apagar fray Juan de Zabala la luz en el patio y emprender la huida, el pirata vasco gritó: «*Planu erun, plana erun dau!*^[17]». Por eso le pregunté en la cueva si él sabía algo del tesoro de la isla. A lo que no me contestó que sí. Es decir, que el padre Zabala tiene, seguramente, otro plano como éste.

—¿Y qué?

—¡Cómo que y qué!, pues que puede que no sea tan secreto lo que dice este plano. Lo puede tener él en el convento.

Estuvimos dándole vueltas intentando descifrar los cuatro puntos cardinales para darle la orientación adecuada. Había señalados varios sitios, y en medio un rectángulo con una cruz. Esto se podía identificar sin dificultad como la planta del convento.

—Esos lugares que se señalan con unas cruces rojas son las cuatro cuevas principales, estoy seguro, no tengo la menor duda. Ahora tenemos que investigar lo que quieren decir los signos. Pero en esas cuevas viven las lamias. ¿Tú crees en esas cosas? ¿Tienes miedo a las lamias? —y noté en su cara una especial preocupación.

—No sé, no se ven, pero puede haberlas. Eso dicen. No me gusta jugar con creencias que vienen de muy atrás. Mi padre decía: «Yo no creo en las *sorgiñas* porque creer en esas cosas trae mala suerte». Si el río suena...

—No me das muchos ánimos, porque para eso soy muy cagueta. Mi abuela cuenta que las ha visto en la costa. Según ella hay lamias que toman

distintas formas. Mi madre dice: «*Direrik es da sinistu behar; ez direrik es da esan behar*^[18]». El cura asegura que eso es paganismo, que no hay que creer en lamias, aunque él dice también cada cosa más rara...

Durante largo rato estuvimos intentando descifrar todo lo que querrían decir aquellos signos desconocidos. Y un mundo de sueños, de historias y de aventuras mil veces oídas, comenzó a rondarnos por la cabeza.

Podríamos ser como aquellos marineros que habían capitaneado a lo largo y ancho del Mediterráneo haciendo el corso para la Corona castellana.

Pero de momento, aunque no se lo dije a Moncho, quien me infundía más sospechas era el padre Zabala. En el monasterio tenía que estar la solución.

En los atardeceres, cuando el sol ya se había puesto, a los jóvenes nos gustaba juntarnos bajo el balcón del Ayuntamiento para contamos historias de muertos, apariciones, cementerios y naufragios. Pero ese día tuvimos un regalo especial. Nada más reunirnos, Mateo Ugarte nos dijo algo que todos esperábamos:

—Ha dicho mi tío que hoy podemos ir a casa a escuchar sus historias —y antes de que terminara de decirlo, ya estábamos corriendo para allá.

El tío de Mateo Ugarte, Martiniano, era conocido como *El Lejano*, debido a que cuando contaba historias casi siempre comenzaba diciendo: «Cuando yo estuve en lejanas tierras». El Lejano era, había sido, un marino consumado, temerario, aventurero empedernido, trotamundos y cartógrafo en la mayoría de las costas de las Nuevas Indias confirmando los estudios realizados antes por Juan de la Cosa. Y, según reafirmaba, soltero profesional.

En su casa tenía pájaros exóticos, plantas raras y objetos de *lejanos países*. Con frecuencia se paseaba por el pueblo con un vistoso pájaro de colores al hombro, que decía disparates a las personas que encontraba, especialmente a las señoritas. Los adultos se molestaban, mientras que los niños lo rodeaban llenos de curiosidad. El Lejano era fantasioso y disfrutaba narrando aventuras; le gustaba soñar y hacer soñar.

Cuando llegamos a su casa, nos sentamos junio al hogar. Con mucha ceremonia, se acercó al fogón, revolvió con el atizador un fuego mortecino, puso un manojo de aulagas secas y echó encima varios troncos. Nos ofreció nueces, avellanas y castañas, y, antes de empezar con sus narraciones, se colocó el pájaro parlanchín de vistosos colores encima del hombro izquierdo.

—Un cuento, una historia o una leyenda hay que contarlos junto al fuego. El lagrimeo rojizo, el flamear del fuego, abre los laberintos de la fantasía y es

fuente inagotable de inspiración. Esta calor nos acerca a las viejas historias de los viejos pueblos, de las viejas tradiciones. Sin fuego, nos helamos, se hiela la gente; sin cuentos, nos morimos, se mueren los pueblos. Por eso veis que mucha gente mayor tiene los ojos sin chispa —e hizo una pausa para sacar unas hierbas de una caja.

Su casa estaba decorada con objetos exóticos. En el zaguán se veían tres vértebras de ballena a modo de asientos y varios colmillos de morsa en el jardín para sujetar los árboles jóvenes. En el salón, un pernil y un pellejo de vino colgaban de un largo colmillo retorcido de narval de más de tres varas^[19]. Por toda la pared se veían extraños peces disecados. Lio unas hojas de un producto indio que llaman *tabaco*, le prendió fuego con un tizón del hogar y comenzó a humear por las narices y la boca como si fuera una chimenea. Echó un puñado de sal que crepitó sobre las brasas, y presenciamos un chisporroteo que avivó las llamas.

—Esto que yo hago ahora se llama *humear*, *fumarrear*, *humarrear* o *fumar*, y es algo normal entre los indios de allende las aguas. Pero no digáis a nadie que yo lo hago, porque hay gente de mente atrasada y pueden pensar que estoy endemoniado y soy Belcebú echando humo desde el mismo infierno —y no hacía falta que lo dijéramos porque todo el mundo en el pueblo sabía que Martiniano echaba humo por la boca—. Si se enteran ciertas personas, me querrán ahorcar en medio de la plaza —y hacía gestos incitando al miedo y al misterio.

Se quedó un momento quieto, miró a lo lejos como si estuviera presenciando otros paisajes, se hizo un silencio ansioso por nuestra parte, nos olvidamos de dónde estábamos, y comenzó hablando con un tono que invitaba a la ensoñación:

—Siguiendo con lo que hablamos el otro día sobre los pueblos del Yucatán, os contaré lo que me pasó una vez. Fue lo más raro que le pueda ocurrir a un ser humano, y yo fui el privilegiado que pude vivirlo para luego poder contarlo. ¡Y cuidado que a mí me han pasado cosas extrañas, como vosotros conocéis! Habéis de saber que hay tierras cubiertas eternamente por nieve, como hay selvas cubiertas a perpetuidad por árboles gigantescos, tan altos y con unas copas tan frondosas que no dejan que los rayos del sol lleguen al suelo. Esas copas frondosas están llenas de monos, y de allí era *Lisardo*, el mono que tuve en esta casa durante cinco años, y que sacaba a pasear todos los días mi criada india, Luisuca. Pues bien, una vez que navegábamos allá por mares lejanos en la derrota hacia el septentrión, mientras dormía en una litera en el sollado de proa, de repente el barco se

levantó por los aires sin explicación alguna, si no es por el golpe de alguna ballena, y naufragamos. Y en una barquichuela rota, destrozada, y muertos de hambre, llegamos unos pocos a unas costas cubiertas totalmente por nieve. Todo blanco, como la piel de un cordero añal. Al principio, para beber teníamos que comer nieve. Con las tablas de algún naufragio y unas tablillas logramos encender una fogata y calentarnos. Como no teníamos cacerolas, fundíamos la nieve en mi yelmo.

»Pero había que buscar algo para comer. Al segundo día divisamos a lo lejos unos animales que se movían, eran como unas cabras con cuernos en forma de ramas. Cinco marineros nos lanzamos en su persecución, pero los animales se alejaban más y más. Una tormenta de nieve con vientos huracanados nos impidió avanzar, y tampoco pudimos retroceder. La ventisca nos azotaba la cara como con látigos y se nos pusieron cristales de hielo en las cejas y las pestañas. Tuvimos que pasar la noche tras unos parapetos. El frío era tan grande que parecía que se nos iba a helar hasta el aliento, y nos vimos obligados a hacer un agujero en la nieve para poder resguardarnos de aquellos vientos cortantes como cuchillos. Si te descuidabas un poco, se te podían helar las ideas. Dormimos pegados los unos a los otros para darnos un poco de calor. Al amanecer vimos a un marino quieto a dos pasos de distancia. Era Eulalio, que se había separado para hacer sus necesidades y se había quedado helado en cuestión de segundos. Tenía la cara sonriente, es decir, que no había sufrido. A eso se llama muerte dulce. Sí, he visto a más de uno morir así, no creáis.

»Nada más amanecer, entre nieblas, vimos de nuevo un animal astado. Durante un rato estuvimos persiguiéndolo con la esperanza de darle alcance y poder llenar nuestros estómagos. De repente, llegamos al final de aquella tierra blanca, cortada a pico, y en el borde nos dimos cuenta de que el agua corría como en la línea de flotación del barco. ¿Qué pasaba, la tierra estaba loca? Después de andar bordeándolo, lo comprendimos: ¡estábamos navegando encima de un impresionante bloque de hielo a la deriva! Cuando el sol barrió la noche, pudimos divisar la costa en la que habíamos estado el día anterior. No podíamos hacer nada. Durante semanas navegamos encima de aquel bloque sin saber qué rumbo llevábamos. Para alimentarnos, lanzábamos al agua una pelliza de cuero y cuando veíamos que un pez picaba, tirábamos con fuerza. El pez venía volando a nuestros pies y lo devorábamos en un santiamén. El comer pescado crudo es cuestión de costumbre. Para beber teníamos que lamer el hielo. Poníamos a secar las tripas de los peces y luego, retorciéndolas, hacíamos unas cuerdas que nos servían para echar anzuelos.

—¿Y con qué hacíais los anzuelos? —le preguntó uno.

—Buena pregunta. Con los alambres de las botas, con la aguja de la hebilla del cinturón, con espinas, con lo que podíamos. Y después de varios meses de navegación, llegamos a mares de aguas calientes. Veíamos cómo el bloque se iba derritiendo poco a poco. Finalmente, cuando los cuatro estábamos encima de un trozo de hielo no más grande que esta cocina, y después de haber visto cientos de tiburones merodeando a nuestro alrededor durante varios días, porque nos olían de cerca a través del hielo, avistamos una isla y nos lanzamos al agua. Tuvimos suerte de que fueran unos bajíos poco profundos, por lo que pudimos caminar durante más de dos horas con el agua llegándonos hasta la barbilla. A lo lejos veíamos las aletas de los tiburones, grandes como ballenatos, que hubieran podido descuartizarnos a todos fácilmente. Pero hubo suerte, a uno que se acercó a nosotros lo aceramos con cuatro estocadas y se dio la vuelta.

»¡Qué isla aquella a la que llegamos! Todo eran cocoteros a lo largo de playas larguísimas de arenas blancas, infinitas. La isla estaba cubierta de árboles con frutas jugosas, y los nativos nos recibieron con afecto. Les dimos los collares de cuentas de cristal que llevábamos colgados al cuello, y ellos nos trataron como huéspedes de honor.

»Vivimos unos meses como los reyes moros de Andalucía. De los árboles colgaban frutos exquisitos. Los árboles eran más altos que el mástil más alto que jamás hayáis visto. Nosotros estábamos todo el día tumbados, y no teníamos más que alargar la mano para coger unas frutas dulces que se deshacían en la boca con sabor a fresa y azúcar. Las mujeres eran muy guapas, y estaban todo el día bailando, bañándose, peinando sus largas melenas y dándonos sus favores. ¡Qué mujeres! A mí, que era entonces de buena presencia, me quisieron casar con la hija del rey, y me gustaba, pero era una lata porque hubiese tenido que estar todo el día peinándole la melena. Podría haber sido rey de aquella isla paradisíaca, pero me acordé de mi tierra, de nuestro sirimiri, del olor de estas montañas, de que ya no podría comer pescado al horno ni contemplar estos rincones que me vieron nacer, así que me decidí a marchar de allí. Pero sí, sí, podía haber sido rey de aquella isla, y me habrían llamado Martiniano I.

»Un amanecer en que estaban todos borrachos después de una noche de fiesta, los cuatro náufragos cogimos una de sus embarcaciones y nos hicimos a la vela. Después de tres días, llegamos cerca del Yucatán, y una corriente nos llevó hasta una isla del Caribe, de donde partimos para Baracoa, y allí encontramos otro paraíso...

Y durante largo rato estuvimos escuchando embelesados las aventuras contadas por Martiniano Ugarte, aquel hombre que parecía que había viajado por otros planetas, que nos contaba historias nacidas de mundos de ensueño. Y eran horizontes de algo más allá de nuestro entorno lo que nos daba aquel hombre para alimentar nuestra fantasía.

Al terminar, nos indicó lo de siempre:

—No conviene que contéis estas cosas a los demás, porque es gente de poco fiar, ignorantes que pueden interpretarlo mal. Esto sólo se lo cuento a los amigos.

Pero sus aventuras las conocían todos, porque a todos se las había contado.

Cuando nos marchamos, el fuego se consumía en un pequeño rescoldo cubierto de ceniza y el pájaro se había dormido con el pico debajo del ala.

Al salir fuera, el ocaso ya había caído, y el pueblo dormía arrullado por el rumor de las olas. Nuestros pasos resonaban solitarios por las estrechas callejuelas.

LA CUEVA

Tres días más tarde de los trágicos hechos, salieron a la superficie los cadáveres de los demás naufragos. Flotaban hinchados y con los síntomas del ahogamiento: cara empalidecida, boca y nariz cubiertas de espuma. Los fueron recogiendo por las orillas, entre las rocas, en la playa, y los arrastraron con garfios y bicheros hasta juntarlos en medio de la ensenada, que ahora estaba tranquila. Los envolvieron con una red de agujeros grandes y luego con otra muy tupida. Un barco salió del puerto arrastrando con una maroma aquel fardo fatídico. Durante largo rato lo llevó mar adentro. Los curiosos seguían oteando desde la atalaya. Le colgaron gruesas piedras de lastre y lo dejaron hundirse. La mar, su campo de batalla, su amante y su asesina, su refugio y su sepultura, les dio el postrer cobijo en sus entrañas. Primero les había arrebatado el espíritu y ahora recibía sus cuerpos.

Por la tarde, desde la costa, vieron que algo se movía junto al embarcadero de la isla. Cuatro hombres cogieron una chalupa con vela y se acercaron. Para sorpresa de todos, descubrieron un hombre pelirrojo herido, con una pierna rota. Era uno de los piratas. No se lo pensaron más y allí mismo, del saliente de una roca, lo ahorcaron. Luego lo descolgaron, le ataron una piedra y lo arrojaron al fondo.

Se comentó el hecho, pero nadie reconocía haberlo presenciado. Se hicieron investigaciones, pero no se llegó a nada concreto. No interesaba indagar más, todo el que sabía algo se hizo mudo como una tumba.

Pasó una semana. Poco a poco el ambiente se fue apaciguando y se volvió a la normalidad y a la rutina diaria, aunque cuando se vive junto al mar Cantábrico, nunca un día se hace monótono, cada momento tiene su cambio y es distinto. Como sus aguas.

La madre de Moncho vio la señal que hacían los frailes y nos preparó el *nauticum panem*, que era el pan que daba la gente para los frailes y los víveres que pagaba la Cofradía a cambio del servicio que éstos prestaban con

el faro. Nos dijo que no nos ponía huevos porque era la época en que las gaviotas ponían muchos, con lo que los frailes tenían los que querían.

Hicimos la travesía sin dificultad. Parecía mentira que las aguas que ahora estábamos surcando, espejadas de verde esmeralda, acariciadoras, tranquilas, hubieran sido escenario de hechos tan trágicos.

Con la excusa de que queríamos ver lo que habían hecho los piratas, Moncho me enseñó todo el convento. No era como me lo imaginaba, sino muy pequeño, muy austero. Me llamó la atención que, siendo tan pequeño, tuviera una biblioteca tan grande. Un fraile estaba copiando un libro en unos pergaminos. Estuvimos largo rato con él y nos mostró cómo se hacía todo el proceso, desde curtir las pieles hasta el dibujo y las tintas de colores.

El padre Zabala estuvo muy amable y nos enseñó el dormitorio, el refectorio, la cocina y la bodega, todo medio destruido por las explosiones de los piratas. Lo único que no habían dañado era la iglesia y el claustro. Con humor, nos recordó los miedos que habían pasado él y Moncho en la oscuridad, pero le entristeció el recuerdo de los hermanos muertos, y en tan tristes circunstancias.

Llegó el atardecer y, aparentando que volvíamos a casa, nos sentamos en las escaleras a contemplar la mar. El ocaso nos alejaba más del pueblo. Poco a poco el peñón se fue aislando más y más de tierra firme hasta hacerse imperceptible, como si fuera un nido en un árbol. Y nosotros dentro, escuchando el arrullo de las olas.

Al salir, Monchete había tenido la precaución de colocar una pequeña cuña de madera en el suelo para que la puerta no se cerrara. Cuando la campana del convento convocó a los frailes para ir a la cena, esperamos un momento y volvimos a entrar. Nos metimos en el cuartucho en el que se solía quedar Moncho.

Cerramos por dentro para prepararlo todo. Llevábamos dos quinqués con mecha gruesa y pantalla de vidrio consistente recubierta con malla de alambre, y yesca por si se nos apagaban. Los rellenamos con aceite de ballena y colocamos adecuadamente las torcidas de un algodón especial. En un zurrón llevábamos el libro de los ingleses, además de una piqueta, un cortafrío, una lima grande, dos dagas y dos cuerdas delgadas muy largas. Pusimos una manta sobre la puerta y otra taponando el umbral y encendimos la luz. Durante largo rato miramos por centésima vez el plano tratando de identificar hasta el último detalle.

Hasta el ventanuco nos llegaba, tenue, el resplandor de la hoguera del faro sobre el peñón de la isla. Después de los acontecimientos pasados, se me

asemejaba como una luz de salvación, vigilante y atenta para los mareantes que salían a faenar de noche en la pesca de bajura.

La noche estaba serena, y había una pequeña luna de cuarto creciente. Cuando en el reloj de la iglesia sonaron solitarias las doce, salimos del cuartucho. Cruzamos con sigilo el pequeño patio junto a la portería, avanzamos unos pasos y subimos a la roca que está pegada a la tapia. Nos dejamos caer fuera y nos quedamos quietos un momento. A nuestras espaldas se veía el resplandor del faro. En cuanto comenzamos a andar, algo nos sorprendió. Decenas de conejos salían corriendo de un lado para otro al sentirnos cerca.

—Los frailes tienen una buena despensa con tanto conejo. Y gratis —dijo Monchete.

Con frecuencia, sin querer, al caminar por aquel terreno tan áspero, pisábamos huevos de gaviota. Todo el suelo estaba cubierto de nidos. Aunque tuviéramos cuidado, era imposible no pisarlos. Los viejos marinos dicen que no han visto en el mundo una isla que tenga tantas gaviotas como ésta.

—¡Ya está bien de gaviotas! —dije a la vez que, sin querer, pisaba una.

—No hagas eso, Joaquín —me dijo Moncho, muy serio—. No maltrates a las gaviotas porque pueden traernos desgracias. Tienen memoria y se vengan.

—No digas tonterías, Moncho. Además, la gaviota es un pájaro al que no tengo ninguna simpatía.

—Tonterías, no. Mira lo que le pasó hace unos años a un pescador. Todas las tardes iba a pescar al tajo, junto a Lamiaran. Un día vino una gaviota muy grande y le llevó toda la camada, con lo que se tuvo que volver para casa sin poder pescar nada. Pero juró vengarse. Al día siguiente puso un anzuelo dentro de la carnada y la dejó en una esquina. Vino de nuevo la gaviota, que era muy grande, y se lo tragó. Se atragantó y comenzó a asfixiarse. Entonces se acercó el pescador y con sus manos le retorció el pescuezo y la lanzó al agua. Se fue a casa, se echó a dormir y tuvo una horrible pesadilla: la gaviota clamaba venganza y él era destinado a morir castigado por las mismas gaviotas.

—Eso son tonterías, de verdad, parece mentira que creas en esas cosas —insistí.

—Sí, di que son bobadas, Joaquín, pero al día siguiente aquel hombre se levantó con mal genio, fue a pescar y por el camino se cruzó con un vecino, que le comentó: «Parece que estás malo». El pescador le dijo que no estaba enfermo, pero le contó el sueño que había tenido. El vecino le respondió que no creyera en tales patrañas, que los sueños no tenían nada que ver con la

realidad. Él le aseguró que tampoco creía en esas cosas, y que por eso iba a pescar otra vez al mismo sitio, que el sueño que había tenido no era algo por lo que preocuparse.

—¿Y qué pasó?

—Pues que al dirigirse al lugar donde solía sentarse, desde arriba vio cientos de gaviotas posadas allí. Sintió cierto reparo en acercarse, pero, venciendo esos temores, se dirigió hacia allá. Desde lejos les tiró una piedra, y miles y miles de gaviotas alzaron el vuelo en medio de una estridencia de chillidos y cubrieron el cielo hasta hacerlo oscurecer.

»Él siguió andando y bajó por un estrecho sendero. Se tropezó y cayó rodando por las peñas hasta quedar sin sentido, con la cara hacia cielo, junto al sitio en el que acostumbraba a pescar. Al momento, la nube de gaviotas que estaba suspendida encima se lanzó sobre él sacándole los ojos y picoteándole las manos y la cara. Las gaviotas remontaron el vuelo, se quedaron encima como si fueran una nube, y en ese momento vino una ola gigantesca que se alzó por la pendiente hasta apoderarse del cuerpo del pescador, que fue arrastrado hacia la mar. Y nunca se supo más de él. Y dicen que desde entonces una gran gaviota vigila para que no se le dé sepultura. Cuando aparece el cadáver, se lanza sobre él en picado y lo hace volver a los abismos, para que así su espíritu nunca tenga paz descansando en tierra sagrada.

—Bien, pero eso son leyendas sin sentido.

—Todo lo sin sentido que quieras, pero no maltrates a las gaviotas, que nos puede traer consecuencias desagradables. A mí me gusta respetar las viejas costumbres.

Dejando las otras tres cuevas, nos dirigimos a la que señalaba el mapa, bajo los muros del convento. Nos adentramos unos pasos y encendimos los quinqués. Juntando uno con otro, daban una luz amplia muy clara. Todas las concavidades se iluminaron. A medida que nos introducíamos más y más, veíamos la forma que tenía. Era una cueva de poca altura, con una techumbre muy plana. De nuevo desplegamos las pastas del libro. Dimos varias vueltas sobre nosotros mismos hasta colocar el plano en el mismo sentido en que lo estábamos mirando. Lo que señalaba estaba más al fondo, y en ese lugar concreto había un dibujo que ya habíamos intentado descifrar antes de venir. Parecía un caldero que tuviera amarrada una cadena. Guardamos el libro en el morral. Para seguir avanzando tuvimos que agacharnos y gatear unos cuantos pasos. No se veía el fondo. De vez en cuando atábamos un quinqué a la punta de un palo largo y lo alejábamos por delante queriendo ver el fondo. Pero no, cada vez se alargaba más y más, la cueva no se terminaba de estrechar. La

luces mortecinas alargaban los contornos de las rocas y provocaban sombras y seres con formas fantasmagóricas. Seguimos avanzando a gatas. Nos sentíamos como aprisionados entre el suelo y el techo, nos daba una especie de sofoco, como de asfixia.

—Si ahora se cae el techo, nos quedamos planchados y despanzurrados —susurró Moncho.

—¿No te parece que estarías más guapo con la boca callada? —le respondí, porque no estaba en aquel momento como para aguantar bromas.

Me estaba entrando miedo y una asfixia desagradable... aunque no decía nada.

Llevábamos ya un buen rato. Todavía quedaba mucho aceite en los quinqués. De repente sentimos viento, y la llama del quinqué osciló moviendo su pabilo. Con cuidado, avanzamos con las luces ahora en la mano. Una bocanada de aire fresco y húmedo nos golpeó en la cara, y nos supo bueno. Habíamos llegado a un sifón que se comunicaba, allá abajo, con la mar. El techo se había elevado y podíamos estar de pie. Los golpes de las olas hacían que el aire saliera por la chimenea a borbotones. Apliqué en silencio mi oído a la boca. La mar, allá abajo, se oía oscura y sorda, como si respirara a través de galerías secretas.

—¿Tendrá que ver esto con lo que parece ser en el plano un caldero y una sogá? —me preguntó Monchete.

—Un caldero y una sogá sólo se pueden meter por un agujero. Y aquí hay un agujero. Salvo que haya otro, tiene que ser éste. ¡Todo coincide!

Metimos el quinqué con su pantalla de tubo alargado dentro de un retel. Lo atamos a la punta de una cuerda y comenzamos a descenderlo por aquella hendidura. De ella salía una brisa que nos refrescaba la cara. El farol, pendiente, seguía descendiendo muy despacio. La corriente de aire avivaba la mecha. Lo dejamos atado intentando que nuestros ojos se adaptaran. El fondo no llegábamos a verlo, pero nos alegró comprobar que la chimenea era bastante ancha.

Mientras yo seguía iluminando, Moncho se ciñó una sogá a la cintura, ató la otra punta a una roca y comenzó a descolgarse.

—Joaquín, mantén la cuerda tensa mientras bajo agarrándome en los salientes.

—¿Hay alguna dificultad? —le grité, para seguir en contacto mientras lo veía bajar en vertical por aquel pozo abierto en las entrañas de la isla.

—Mientras tú me ilumines, ninguna. La roca es buena para agarrarse con las manos y los pies, es áspera y con muchos asideros.

Desde arriba sólo veía la cabeza de Moncho, ya que su cuerpo taponaba el agujero. Al verlo descender, me entró cierta inquietud. ¿Podría salir luego? ¿No estaríamos haciendo una locura? Moncho seguía bajando.

—¿Ves algo? —le grité.

—No.

Durante un momento se hizo un silencio total. Ante mí todo era oscuro. Al fondo, muy al fondo, veía un resplandor bajo la figura de Moncho.

—¿No te sale alguna lania que te agarre de los pies? —le dije como en broma y sin darme cuenta ni acordarme de que él les tenía respeto y miedo.

—Oye, Joaquín, eso ni citarlo, te metes las lantias por donde te quepan. ¡Mierda!, me vienes a recordar ahora esos monstruos. No se mienta la cuerda en casa del ahorcado, dice mi abuela. ¡Me has puesto mal cuerpo y me has quitado la tranquilidad! ¡No puedo seguir! Con lo a gusto que estaba... ¡Imbécil, vete a la mierda!

Y para cuando me quise dar cuenta, Moncho asomaba ya la cabeza con malas pulgas. Salió fuera y se desprendió de la soga.

—¡Me has amargado la fiesta! Baja tú si te da la gana... ¡y ojalá te las encuentres!

Sin decir una palabra y dándome cuenta de que había metido la pata de forma desagradable y en un momento totalmente inoportuno, me até su cuerda y le dije que mantuviera la luz. Animado por lo que él había hecho, y como queriendo reparar la tontería que acababa de cometer, descendí con decisión agarrándome con cuidado a las paredes. Ninguno hablaba.

A mis pies tenía la lámpara, protegida por el tubo de cristal y sujeta dentro del retel. Y de fondo, constante, oía el bramido ronco entre las rocas. Ahora sentía más cerca el golpe de las olas y el tumulto del agua corriendo encajonada por galerías. Me empezó a entrar cierto miedo. Nunca había tenido una sensación tan fuerte de enclaustramiento como al descender por aquella chimenea por la que respiraba la tierra. ¡Se oía latir la mar! Me daba la sensación de que en cualquier momento podía entrar una corriente de agua y arrastrarme por las entrañas del peñasco. Me entró de nuevo un desasosiego, un sofoco extraño. Pero tenía que seguir.

De repente, la superficie de la chimenea se hizo lisa, no tenía donde sujetarme. Para poder orientarme y agarrarme a la pared de la roca, subí el quinqué hacia mí. Lo até a un saliente y me sujeté con las dos manos. Sin darme cuenta, le di una culada a la lámpara, que estaba a mi espalda, y el tubo de cristal se rompió y se apagó la luz. Me quedé sobrecogido al sentir la negrura total. Un escalofrío me recorrió el cuerpo de arriba abajo. Sin luz, me

sentía metido en un agujero de difícil salida. Sentí que me estaba entrando pánico y me empezó a faltar el aire. Me agarré a la cuerda como única salvación y di unos tirones suaves.

—¿Qué ha pasado? —me gritó Moncho desde arriba—. ¡La lamia! ¡Jodida lamia!

—¡Calla, calla, no digas una palabra! Estate quieto y no hagas ningún ruido —le grité suavemente hacia arriba—. Mantén la cuerda con fuerza para que pueda subir. ¡Calla! ¡Calla!

—¡La puñetera lamia te ha apagado la luz! ¡Ésa te come! —gritó.

—¡Calla, no hables! —le susurré hacia arriba—. ¡No hables! ¡Que te calles de una vez!

El motivo de que yo le hablara bajito fue por una reacción instantánea que tuve. Nada más apagarse la luz, metido como estaba en aquel agujero interminable, me quedé en la penumbra total. Pero al momento divisé un resplandor allá al fondo, bajo mis pies. Creí que sería un efecto óptico al pasar de la luz a la ceguera total. Me mantuve unos segundos inmóvil, sin respirar siquiera, tratando de dominar la situación y de centrarme en lo que veía... porque yo en eso de las lamias no creía. Efectivamente, allá abajo había una luz en la noche. No creí estar equivocado. Hasta el fondo de la chimenea llegaban los reflejos rojizos de las llamas de una hoguera. Comencé a sudar, no sé por qué, y tenía más problemas de respiración. La única explicación era que alguien nos estaba esperando allá abajo... o que yo tenía visiones por estar metido en aquel agujero... ¡Porque las lamias no iban a ser! Pero una hoguera, en una cueva, en una isla, en medio de la noche, a aquellas horas, era una cosa extraña, muy extraña. Me costó reconocerlo, pero empezaron a castañetearme los dientes de puro miedo.

Di unos suaves tirones para que Moncho sujetara fuerte la cuerda y comencé a ascender, a ciegas, agarrándome con fuerza con las manos y colocando los pies al tuntún. Nada más asomar la cabeza, le agarré del cuello y atraje su oreja a mi boca:

—¡No hagas ningún ruido! Abajo hay una luz. Alguien está allá abajo por alguna razón, y lo más seguro es que nos esté esperando.

—¡Entonces, sal de ahí, chipirón! —y me sacó cogiéndome de los sobacos—. Pero a estas horas no puede haber ahí ninguna persona. Seguro que es una reunión de lamias que están celebrando una fiesta y nos esperan para comernos. ¡Seguro! O puede que sean *sorgiñas* que han venido volando desde el Sollube para tener sus reuniones nocturnas.

—No digas bobadas y ayúdame a salir de aquí —intenté tranquilizarlo al ver su cara de miedo.

Desde arriba, tumbados, medio a oscuras y manteniendo la respiración, miramos al fondo de la chimenea. En efecto, allá abajo se apreciaban los resplandores, a ráfagas intermitentes, de un fuego. Después de contemplar el fondo un rato sin decir palabra, lo pudimos certificar. No eran alucinaciones nuestras, abajo había una hoguera.

Recogimos todo en silencio y comenzamos a desandar el camino. Cuando, allá al fondo, vimos una ligera luz lunar entrando a la cueva, apagamos la lámpara. Nos sentamos en la boca de la caverna y le conté a Moncho con todo detalle lo que me había ocurrido. ¿Qué hacer?

En un momento, decidimos un nuevo plan. Volvimos a las escaleras de subida al convento, pero no fuimos por dentro de la tapia sino que caminamos por fuera, pegados a ella. Nuestros ojos se habían adaptado a la suave claridad lunar. Descendimos muy despacio la interminable escalera de la reina Isabel. Cogimos la barca y la hicimos navegar a vela, casi sin mover los remos. Nos íbamos acercando al lugar donde se suponía que teníamos que haber descendido bajando verticalmente por la cara norte. Nos quedamos sobrecogidos al ver que había una pequeña barca con remos, sin vela. Para cuando me quise dar cuenta, Monchete se había tirado al agua. Vi que llevaba una cuerda alrededor del cuello y un cuchillo en la boca. Nadó bajo el agua, se acercó a la embarcación por el lado opuesto a la isla y cortó la cuerda de amarre. Ató el cabo de la barca a la cuerda que llevaba y volvió rápidamente. Para cuando subió, yo ya había virado la barquichuela, tensé la vela y nos alejamos remolcando aquella barca fantasma, sin pasajero. Moncho ahora remaba con fuerza.

—Veremos quién es el pescador pescado —le dije yo para animarle.

Cuando estuvimos a una media milla, la hice virar para situarnos otra vez frente a donde habíamos cortado la cuerda de la barca. Estábamos a un tiro de piedra, nosotros veíamos el resplandor que salía del interior, pero quien o quienes estuvieran dentro no nos podían ver en medio de la negrura de la mar. Por la situación, nos dimos cuenta de que, efectivamente, se encontraba debajo de la chimenea por la que habíamos bajado. Aquella luz era la que yo había visto. Todo aquello tenía que estar relacionado.

—Vámonos para casa —me dijo Moncho—, aquí hay gato encerrado.

Con el viento a favor, la vela se hinchó y la barca se movió liviana arrastrando la otra. Mientras íbamos hacia la ensenada, no hacíamos sino fabricar planes para indagar quién era el habitante, o habitantes, nocturno de

aquella gruta. Todavía era de noche cuando entramos en la dársena. Dejamos aquella barca fantasma en una esquina muy señalada para ver quién venía a buscarla, y marché corriendo a casa para recoger algunos aparejos de pesca. Entré en silencio, cogí los útiles y volví a todo correr al puerto.

De nuevo nos adentramos en la mar. Lo que hicimos fue colocarnos en un lugar lejano pero desde el que veíamos a placer el sitio en el que habían ocurrido los hechos.

Estuvimos un rato pescando hasta que nos saludó el alba. En el monasterio de Bermeo sonaron las campanas matinales. Tuvimos la suerte de haber pescado para entonces varios peces y algunos mariscos. Eso sólo ya justificaba el que hubiéramos estado toda la noche allí. Nosotros seguíamos sin perder de vista el rincón que nos interesaba. Todo lo que había sucedido durante la noche se lo había tragado la oscuridad.

Cuando las campanas de la iglesia tocaron a misa primera, vimos que alguien hacía señas con un trapo blanco desde la isla, desde el lugar donde habíamos robado la barca. Indudablemente era el de la cueva. Recogimos los aparejos y enfilamos hacia la isla.

—¿Se ha pescado mucho? La noche no ha sido demasiado buena —le saludó Moncho como si hubiéramos bajado del cielo.

—No se ha dado mal, lo que pasa es que la barca se me ha hundido. Eché el ancla aquí y, por lo visto, tenía una vía de agua y se ha ido pique. Os llamaba por si podíais llevarme a puerto —nos gritó el hombre.

—No faltaba más. Nosotros ya nos íbamos, que la pesca no ha sido muy abundante. Hemos estado toda la noche del otro lado, hacia la atalaya, y hace un rato hemos venido a recoger las nasas^[20] que dejamos anoche. Poca cosa.

—No todos los días se da igual —comentó.

El hombre que habíamos recogido era Rogelio Izurzugaza, Rogelio El *Galeote*, un hombre misterioso con un pasado desconocido y del que se oían rumores muy raros. ¡Tenía que ser él! Durante el corto trayecto casi ni hablamos, excepto los comentarios sobre la mar y el tiempo. De vez en cuando yo le miraba a la cara. Era un hombre maduro, con pelo ensortijado ya cano, chato, muy cerrado de barba, de cuello ancho, cara ruda y sus ojos no tenían mirada limpia. En el pómulo izquierdo se le veía una cicatriz... Las cosas se nos podían complicar.

Con la mayor naturalidad, entré en el puerto y amarré al lado de la barca que habíamos dejado antes. Al pasar delante de ella, vi cómo la miró de soslayo, pero se hizo el disimulado y no dijo nada.

—¡Gato encerrado! —me susurró Moncho nada más verlo marchar—. Si no tuviera nada que ocultar, nos la habría señalado, se habría sorprendido al verla. Esta noche iremos otra vez a la cueva, pero a la de Rogelio. ¿No te has fijado en nada?

—No.

—Pareces bobo, Joaquín, llevaba al cuello una cadena de oro más gruesa que la de atar el perro, algo que por aquí no luce nadie, y tiene unos extraños tatuajes con dragones. Seguro, tiene cara de pirata. ¡Como los piratas de Bayona!

ANDANZAS Y AVENTURAS DEL SEÑOR BRAULIO

Después de comer, vino Moncho a buscarme a casa.

—Vamos a ver a mi tío Braulio. Mi madre me ha dicho que conoce a Rogelio *El Galeote*. Mi tío es un hombre que ha estudiado, lee mucho, ha viajado y da gusto escucharlo.

—Sí, ya lo conozco.

Esa misma tarde estábamos hablando con el señor Braulio, que vivía en un caserío cercano. De joven había senado en armadas reales y todos conocíamos que había participado en la batalla de Lepanto y había visto mucho mundo. Era un buen narrador y le gustaba que le escucharan. Había estudiado algunos cursos de Leyes en Salamanca, por lo que hablaba con soltura la lengua de Castilla y a veces soltaba latines. Con frecuencia, cuando se trataba de asuntos legales, hacía de intérprete de aquellos que sólo hablaban vascuence. Se le notaba que era un hombre leído y se expresaba muy bien.

Llegamos a su casa, con gran fachada y aire de casona noble. Por la chimenea salía humo blanco. Las paredes estaban cubiertas de enredaderas. En la huerta se veían muchos limoneros, cuyo fruto es muy apreciado para conservar el pescado. Nos sentamos a hablar en el portal, debajo de una parra que cubría todo el porche. A lo lejos, la mar, tranquila y resplandeciente, hacía agradable el atardecer. El verde esmeralda, normalmente rizado, era ahora una superficie plateada y lisa. El ambiente invitaba a la charla.

El señor Braulio, primo del abuelo de Moncho, era alto, fuerte, ancho de hombros. En su cara estaban marcados los surcos de todos los viajes hechos por las aguas oceánicas; arrugas labradas por brisas y tormentas; mirada pincelada de azul de tanto atisbar horizontes. Sus manos se veían toscas, curtidas por el manejo de las maromas. Los años le encorvaban un poco las

espaldas, cuadradas, pero seguía siendo un hombre recio, hercúleo. De joven tuvo que ser un toro bravo, un gigante manejando el timón. Tenía fama de aventurero, de hombre de gestos rápidos, pero sensato de opinión. Todos conocíamos la aventura que le hizo famoso. Siendo capitán de una nao en ruta por el Mediterráneo, se le amotinó la tripulación que había contratado en Valencia, y él solo, con la única ayuda del cocinero, se hizo fuerte en el castillo de mando y uno a uno los fue liquidando a tiro de mosquete. Llegó a Valencia manejando él solo el barco con el cocinero.

A Moncho le dio un abrazo cariñoso.

—Fijaos qué vista tenemos desde aquí —nos dijo nada más sentarnos.

Para sacar el tema, le dije que seguramente iba a dejar de sardinear y que me iba a alistar en la armada, que a mí me gustaba, aunque no a mi madre. Y que venía a pedirle opinión a él, como viejo soldado y marino que era, un hombre con mucha experiencia. Al lanzarle este piropo, los ojos se le iluminaron.

—Haces bien en consultarme, que los conocimientos que da la experiencia no se pueden adquirir en los libros ni en las cátedras.

Nos invitó a merendar bajo el árbol que estaba junto al pórtico. Durante dos horas estuvo contando con todo detalle cómo se desarrollaron los acontecimientos de aquel 7 de octubre de 1571 en el golfo de Lepanto, quiénes capitaneaban los navíos, los estandartes... Luego pasó a detallar su experiencia como prisionero en el norte de África, de cómo conoció a un fantaseador que se hizo amigo suyo y se llamaba Miguel de Cervantes, y la trayectoria alucinante de la derrota de la Gran Armada en los mares del norte. Oírle era ver en sus ojos lo que nos estaba contando. Aquella tarde no la olvidaré mientras viva. Tuve la oportunidad de conocer a todo un hombre.

Cuando ya el ocaso comenzaba a granar las aguas tranquilas del horizonte y el ambiente de la conversación era cálido, me decidí a preguntarle al señor Braulio, pero con mucho tacto:

—¿Hubo en Lepanto alguno más del pueblo?

—Sí, claro.

—Pues yo no conozco a nadie, aunque tengo entendido que estuvo con usted Rogelio *El Galeote*.

—Sí y no. Los dos estuvimos en Lepanto, pero, cuidado, porque mientras que yo iba de capitán artillero y escribano, con mi sueldo y mi honor, Rogelio Izurzugaza iba de remero, forzado por algún delito que había cometido, parece ser que por alguna pelea con muerte de por medio. Es decir, que iba de galeote. Sólo que después de la batalla hubo indulgencia y amnistía y fueron

sustituídos en el banco por presos turcos. Pero como parece que le cogió gusto, Rogelio se dedicó cierto tiempo a hacer el corso por el Mediterráneo, que estaba plagado de españoles, italianos y griegos que se dedicaban a tal menester. No sé de qué ha vivido, pero creo que con demasiados lujos para los ahorros que pueda tener. En alguna ocasión ha recibido visita de pesquisidores. Pero, vamos, que aunque estuvimos juntos en aquella ocasión, no hay amistad entre nosotros. De tener patente de corso^[21] al servicio de la Corona de Castilla se pasó a pirata, que con frecuencia era lo mismo. Iban con la patente de corso para hacer piratería a su voluntad.

Nos levantamos para marcharnos. Mientras había estado hablando, yo había intentado leer, sin conseguirlo, el título de un libro que estaba sobre un taburete medio tapado con una rebeca. El señor Braulio, al terminar, lo cogió en sus manos.

—He visto que has estado mirando el libro. ¿Te gusta leer?

—Sí, pero no tengo libros en casa. He leído algo en el convento, y una novela de caballerías que me dejó una amiga. Aquí los que leen son sospechosos.

—Otra de mis aficiones, y de esto no digáis una palabra, ha sido leer lo que me ha dado la gana. Igual que me ha gustado pilotar, he navegado por distintos puertos del pensamiento libre. ¡En lo que yo pueda sentir o pensar no se mete ninguna inquisición, ni reyes, ni papas! He sido marino, mi patria es la mar, donde no hay fronteras sino un constante viajar por rutas infinitas. La mar es la libertad total; amo la mar porque soy un hombre libre: sin barreras, sin puerto fijo, siempre con riesgo.

—¿Y cuando no le han dejado pensar como ha querido? —me atreví a sugerir.

—La mar es mi libertad. Por eso he tenido que importar de los Países Bajos libros que en nuestras tierras están prohibidos por orden de nuestro Rey. Son, eso dicen, libros dudosos, los que llaman *malas lecturas*. Por más que distintos comisarios del Santo Oficio entraron en mis barcos, jamás encontraron nada. Les faltaba olfato. Aunque en más de una ocasión he tenido que tirar alguno al agua para no ser denunciado. Tómalo, pero cuidado, que me ha costado muchos sueldos.

—Gracias, señor Braulio.

—Llévatelo a casa, y que nadie lo sepa. Si alguien te lo ve, recuérdalo, yo no sé nada, el libro no es mío, yo no te lo he dado, lo encontraste en el fondo de la mar. Hoy quieren prohibir hasta el pensar de cada uno, pero yo quiero ser como Cervantes, dueño de mis ideas y de mis actos. Ten cuidado, que por

haberte dado un libro prohibido, el Santo Oficio podría ahorcarme. ¡Y no exagero! La Inquisición tiene muchos ojos y brazos... aunque he vendido más de un libro prohibido a algún obispo. Cinco ejemplares como el que llevas le vendí a un cardenal de Roma. Luego me contó que lo habían leído la mayoría de los obispos y cardenales.

—Muchas gracias, señor Braulio, seré como una tumba. Ni mi madre se va a enterar —y me sorprendió ver una sombra de temor en aquel rostro curtido a lo largo de mil mares y aventuras, y tan jovial y alegre hacía unos segundos.

—Los marinos, como recorremos muchos puertos, vemos otras culturas, otras religiones, otras formas de entender la vida. ¡Viajar airea la mente, abre espacios! Cuando me lo devuelvas, te daré otro muy bueno que tengo guardado en lugar seguro.

—¿Cuál?

—No anticipemos, en su momento lo verás. Es un libro atrevido y heterodoxo. Si te ven con él, te meten en el potro y luego te queman lentamente hasta chamuscarte.

En la puerta, me detuve a contemplarlo. En mis manos tenía un libro publicado en Amberes, con el título de *La vida de Lazarillo de Tormes, y de sus fortunas y adversidades*. Debajo, escrito a mano, se leía: «Texto original, sin expurgar por el S.O.». Me lo guardé debajo de la capa.

—Y escuchad, de ese Rogelio... yo sé cosas, no conviene que tengáis trato con él. No es trigo limpio —nos indicó cuando nos alejábamos.

Salimos de casa del señor Braulio, y nos quedamos quietos al oír la corneta del alguacil pregonando un bando del Ayuntamiento. Con un tono cantarino anunció que se presentara ante el secretario de la Cofradía quien tuviera algo que alegar en el juicio del pirata superviviente, que se iba a celebrar próximamente.

Seguimos los dos caminando por unas veredas entre helechos muy altos. Olía intensamente a hierba recalentada durante el día. Cuando nos íbamos a despedir, me dijo Moncho:

—Hay que vigilar la barca de Rogelio.

—Sí, pero no vamos a estar todo el día allí. No sé cómo lo podremos hacer.

—Yo sí, yo tengo quien la puede vigilar.

—¿Quién?

—Adivina, adivinanza, el secreto está en la panza; si tú no lo aciertas, pagas la pitanza.

—No seas pesado y dime quién puede vigilar la barca de Rogelio.

—María Bernarda. Su casa está al lado del puerto y desde el mirador ve perfectamente todos los movimientos.

—Sí, pero...

—¿Qué pasa, Joaquín, que porque sea tu novia no te puede ayudar?

—No es mi novia.

—No digas tonterías, si cuando os encontráis y ella te habla, se te pone cara de changurro^[22] cocido y la nariz hecha un pimentón. Si yo tuviera dieciocho años, como tú, te la quitaba, que no te mereces una mujer como ésa.

—No, no somos novios, pero me gusta. Y no sé cómo decírselo.

—No te preocupes, ya se me ocurrirá a mí —me dijo riéndose.

Nos despedimos. Apenas nos habíamos alejado, cuando Moncho volvió hacia mí deprisa:

—Joaquín, léete el libro esta noche y así mañana me lo dejas.

—No, que quiero leerlo más despacio. Ya te avisaré cuando lo acabe. Y calla. Además, tú eres muy pequeño para leer esas cosas —le hice un gesto poniendo el índice cruzando la boca.

Aunque poco importaba que me vieran el libro ya que la mayoría de la gente no sabía ni leer ni escribir, y menos en castellano. Pero sí podrían sospechar, porque leer no es oficio recomendable, en opinión de muchos.

UN COLGANTE PARA MARÍA BERNARDA

Después de cenar, me encerré en mi habitación. Encendí, bajo una tulipa de cristal, un candil con aceite de lengua de ballena, que es el que da más luz y despide menos olor, y coloqué una manta sobre la puerta para que no saliera ningún reflejo. Comencé a leer el libro del señor Braulio:

Yo por bien tengo que cosas tan señaladas y por ventura nunca oídas ni vistas vengan a noticia de muchos y no se entierren en la sepultura del olvido, pues podría ser que alguno que las lea halle algo que le agrade y a los que no ahondaren tanto los deleite (...) y también porque consideren los que heredaron nobles estados cuán poco se les debe, pues Fortuna fue con ellos parcial, y cuánto más hicieron los que, siéndoles contraria, con fuerza y maña remando salieron a buen puerto.

Las letras muertas de las hojas tomaban vida en mi mente. Me gustaba aquella forma tan libre de expresarse. Había párrafos que los leía varias veces, pues tienen mucha sustancia en pocas palabras. Durante largo rato recorrí escenarios castellanos nunca vistos por mí guiado por la mano sabia de su autor. ¿Quién sería?

Cuando se me cansó la vista, cerré el libro. Hacía mucho rato que había pasado la medianoche. Me acerqué al arcón y saqué el cofre, que tenía tapado con unas mantas. Lo abrí y de nuevo manoseé los tres libros. Mis manos jugaban con el collar de perlas y el broche con incrustaciones de piedras preciosas. Las monedas de oro nos podían servir para comprar lo que necesitáramos. De nuevo me entretuve mirando los rostros que aparecían. Más que monedas para intercambiar como dinero, parecían parte de los adornos de un collar. En las caras se veían figuras de cabezas con penachos de plumas, la silueta de un pájaro con una cola extraordinariamente larga, caras

de dragones. Esas formas tan raras las había visto aún una vez en unos objetos que había traído un marino de tierra de Indias, de la Nueva España. ¿Qué le podría regalar a María Bernarda? Había una moneda muy hermosa en la que aparecía la silueta de un pájaro. Tenía las alas extendidas y la misma cola larga y arqueada. El joyero del pueblo podría hacerle un engarce para que lo llevara como colgante.

Guardé todo lo demás, lo metí en un bote, salí de mi habitación y lo enterré haciendo un agujero en un rincón del suelo de la cuadra. Y me eché a dormir pensando en el collar que le podía regalar. En sueños vi a María Bernarda paseándose con el colgante, venía hacia mí y me comía a besos. Caminaba yo con ella por la plaza y todo el mundo miraba con admiración la joya en su pecho. Yo no me atrevía a besarla y era ella la que se lanzaba sobre mí y me besaba. El sueño me supo a miel y fresa.

Me desperté con buen pie. Me encontré con Moncho en el muelle, donde estaba trabajando desde el amanecer. Le comenté el regalo que le quería hacer a mi medio novia.

—Sí, pero tienes que tener mucho cuidado para que no te time el joyero.

—¿Por qué?

—Porque mi madre fue a hacerse un anillo con un ducado de oro y casi la mitad se la quedó el joyero.

—¿Y cómo voy a saber si me quita oro de la moneda?

—Pareces medio tonto. Lo ponemos antes en una balanza, lo contrapesamos con una bolsita de arena y así sabremos exactamente lo que pesa antes y después.

Toda la jornada en las lonjas limpiando pescado, transportando sal y poniendo salazón en barriles me hizo olvidar mi compromiso amoroso. Había que trabajar duro para llevar a casa algunos doblones.

A los tres días tenía en mis manos el colgante. La moneda de oro brillaba con tono nuevo. Como a mí me daba vergüenza, fue Moncho el encargado de dárselo. Lo hizo en medio de la calle, y yo lo observaba detrás de una esquina.

—María Bernarda, acércate a mí, ven —la saludó Moncho, con las manos en la espalda.

—¿Qué quieres, Moncho?

—Es para ti lo que tengo en las manos. ¿A que no lo adivinas? Adivina adivinanza, si lo aciertas, te lo pongo en la garganta.

—Ni idea —le respondió intrigada—. ¿Cómo lo voy a saber?

—Pues no te lo doy. Es una cosita doradita, muy bonita, con una cadenita, para tu gargantita... —y sacando las manos de detrás de la espalda hizo oscilar el colgante ante sus ojos.

—¿Te quieres aclarar, Moncho?

—De parte de Joaquín —y se lo pasó por la cabeza—. Por tu cumpleaños.

—Precioso, muchas gracias, pero ¿por qué no me lo da él?

—Es que ha tenido que salir de pesca por unos días y mañana es tu cumpleaños. Por eso me ha dicho que te lo dé hoy.

—Gracias, pero... ¡serás bribón! —le gritó al ver que mi flequillo, bajo la boina, asomaba tras una esquina—. ¿Es que no sabes venir tú a dármelo? —me increpó.

Yo estaba contento con que me hubiera descubierto, pero no sabía qué decirle, porque con ella soy más corto de palabra que un mudo. Parezco tonto, me pongo sonrojado.

—Es que quería dártelo para tu cumpleaños.

—Gracias, pero esto vale un montón. ¿De dónde lo habéis sacado?

—No te preocupes, María Bernarda —se ofreció Moncho, generoso para quitarme la torpeza—, tenemos dos cofres llenos de joyas, que cogimos cuando estuvimos en la isla de la Tortuga bailando entre cocoteros. ¿No ves la pinta de ricachones que tenemos? Si yo hubiera sido tu novio, y no este soso que tienes delante, te habría dado una corona de rubíes y ajorcas de oro para tus tobillos, y te habría vestido con los trajes que tengo en los arcones de mi palacio. Cuando yo tenga una novia, la voy a poner más enjoyada que una reina mora del reino de Granada. Lo tuyo es simple baratería.

—Muchas gracias a los dos, pero estáis locos de remate.

—¿Nos podrías hacer un favor? —le dije cuando la vi sonreír.

—¿No me irás a chantajear ahora que me has hecho este regalo? ¿Y por qué no me lo has dado tú, atontado?

—Es que... me ha dicho Moncho que te lo quería dar él, y como somos amigos... No, mira, lo que ocurre es que yo tenía que haber salido a pescar esta mañana y no ha podido ser porque la mar estaba arbolada.

—Hoy está la mar como una balsa de aceite, Jaquinchu. ¿Queréis dejar de decir tonterías? Desde que habéis comenzado no habéis dicho una palabra a derechas.

—Queremos que nos hagas un favor.

—Tú dirás —me dijo con un mohín pícaro.

Comenzamos a caminar hacia el embarcadero con la intención de mostrarle la barquilla que tenía que vigilar. Moncho se había adelantado y me

sentía muy a gusto caminando junto a ella. Su sonrisa era fresca, la cara le brillaba como panza de sardina y los ojos espejaban la claridad esmeralda de la mar. ¡Tenía que haber sido poeta para decirle lo que sentía!... pero soy lengüicorto.

Al llegar al dique, Moncho vino hacia nosotros con la cara contrariada.

—No hace falta que vayáis, no está la barca.

—¿Me queréis decir qué os traéis entre manos? —se encaró María Bernarda sin entender lo que estaba pasando.

—¿Prometes no decir nada de lo que te voy a contar? —me puse serio.

—Lo prometo.

—Nos gustaría que, desde el mirador de tu casa, vigilaras una barca, bueno, al barquero que va en ella.

—¿Te quieres expresar de una vez con claridad?

—Queremos saber quién coge una barca, a qué hora lo hace, qué tipo de pesca trae... Es un bote pintado de verde con la borda de rojo y la tajamar de negro.

—Ya sé de quién es. Ésa es la barca de Rogelio. ¿No sabéis que yo conozco a todos los propietarios que amarran las barquichuelas en los norays que hay frente a mi casa? Desde que era muy niña me encanta verles marchar y volver con la pesca. Sé quién es el dueño de cada barca.

—Eso me gusta. Queremos que sigas los movimientos que hace Rogelio, ya sabes, cuándo sale, cuándo entra, la pesca que trae... lo que tú veas.

—Pero si ese hombre no pesca. Va muchas veces a la isla y lleva aparejos, pero es muy poco lo que trae. Siempre viene con un saco de lona. La verdad es que no entiendo para qué hace tantos viajes.

—¿Va solo?

—Sí, aunque alguna vez va con otro, un forastero, siempre el mismo.

—¿Y de dónde es?

—¡Yo qué sé! Ya te avisaré cuando le acompañe un marino con un pañuelo en la cabeza, pendientes, un barril bajo el brazo, un loro en el hombro, una pata de palo, un tesoro debajo del sombrero, un garfio en el brazo y tirando por la borda botellas con planos de islas llenas de tesoros.

—Y tú de capitana pirata —rio Moncho.

—Sí, y con un collar hecho con trescientas orejas, unos cuantos ataúdes llenos de esqueletos y vuestras dos cabecitas en un cesto. ¿De acuerdo? —y se echó a reír.

—De acuerdo —le dije yo.

—Y tú vigila como gaviota desde tu atalaya, como diría Anacleto —gritó Moncho.

—Vaya, nos ha salido poeta —rio María Bernarda.

Y no tuve el salero de echarme a reír, como hacía Moncho, de decirle un piropo, una ocurrencia. Soy más tonto... pero enamorado.

JUICIO AL INGLÉS

A las doce tañeron las campanas tocando a concejo. Por todos los sitios se decía que iban a interrogar al preso y que, seguramente, lo iban a colgar en la plaza nada más terminar el juicio; o que lo despedazarían entre cuatro caballos; y había quien aseguraba que lo iban a quemar. Como la sala no era muy grande, entramos antes de que se llenara y logramos colocarnos Moncho y yo en un extremo con buena visión.

En solemne procesión llegaron a la sala los componentes del jurado y se sentaron en grandes sillones sobre un estrado añoso. La mesa del tribunal estaba formada por los seis integrantes de la Junta de la Cofradía de Mareantes del Puerto de Bermeo y presidida por el alcalde, el señor Martín Madariaga, como representante del señor corregidor de Vizcaya, que estaba en Bilbao. En sendas mesas, a ambos lados, había dos escribanos. Cuando todos se sentaron, sacaron al preso, maniatado, que iba mirando al suelo. Era un joven alargado, delgaducho, pelirrojo, con la cara muy pálida y lleno de miedo. Me pareció un niño al verlo sentado en el banco del interrogatorio.

El alguacil procedió a quitarle los grilletes y le ató una cadena a un pie.

Entraron los intérpretes, Rufino Anitua y Esteban de Zategui. Éste conocía la lengua inglesa por haber tenido durante muchos años negocio de tonelería y forja con los puertos del sur de Inglaterra, y por haber pasado allí largas temporadas.

—¡Que lo ahorquen! —se oyeron gritos desde el fondo de la sala.

Una mirada serena y mantenida del alcalde bastó para que no se repitiera.

—Vamos a proceder al interrogatorio del único superviviente de la flota que atacó nuestra villa, profanó el santuario de San Juan de Gaztelugache, despeñó a su ermitaño, vilmente ultrajó el convento de Ízaro y, más vilmente todavía, procedió al ahorcamiento de seis frailes que estaban en dicha comunidad. Que nuestro juicio sea justo y conforme a las leyes, sin dejarnos

llevar por motivaciones sentimentales o por los gritos oídos al fondo. Proceda el señor Pesquisidor —dictó en pie el señor alcalde.

Al sentarse el alcalde, se levantó el Pesquisidor, hizo una reverencia a la mesa, miró al muchacho, y comenzó el interrogatorio:

—Diga su nombre, edad y lugar de nacimiento.

—Me llamo Jack Williams, tengo diecinueve años y soy nacido en Plymouth.

—¿Cuándo años lleva navegando?

—Algo más de dos años, señor.

—¿Cuál era su oficio en la nave?

—Peluquero, afeitador y sacador de muelas, señor.

—¿A quién pertenecía la flota que vino a atacarnos y ultrajó el convento?

—A un armador socio de *sir* Drake.

—¿Desde dónde actúa?

—Desde el puerto de La Rochela.

—¿En colaboración con los hugonotes franceses?

—Sí, señor, que hay unión entre nuestra reina y los hugonotes franceses para hacer daño al rey católico de España.

—¿Dónde se encuentra ahora el tal *sir* Drake?

—*Sir* Drake ha muerto, señor.

Se hizo un silencio crispado en la sala tras un suspiro de admiración y sorpresa. Pronunciar aquel nombre equivalía a citar al mismo diablo. Varias veces se había oído que había muerto, y luego había aparecido en los lugares más insospechados volviendo a hacer de las suyas. ¿Sería verdad? Tomó la palabra momentáneamente el señor alcalde para interrogarlo.

—Disculpe un momento, señor Pesquisidor. Veamos si lo que dice el muchacho es verdad. ¿Con quién has navegado estos dos últimos años?

—En la nave de *sir* Francisco Drake, como peluquero, afeitador y sacador de muelas de la marinería, señor.

—Vamos a comprobarlo. Dime los lugares donde ha estado Drake en estos dos últimos años.

—Sí, señor. Después de pasar la primavera en Inglaterra, zarpamos a finales del mes de agosto del año pasado rumbo a Las Palmas, en Canarias, con idea de entrar en su puerto, pero no se pudo. De allí desplegamos velas rumbo a las Indias con intención de entrar en Guadalupe, pero no fue posible. De nuevo lo intentamos y fracasamos en enero en Puerto Rico y Cartagena, debido a que son puertos que ahora están muy fortificados y bien artillados. *Sir* Drake quiso tomar las ciudades que había conquistado en años anteriores,

y nos dirigimos a Portobelo, en Panamá, con la seguridad de que podríamos tomarlo con la misma facilidad que lo había hecho la vez anterior, pero no lo logramos. Decían los marineros que las ciudades estaban mejor fortificadas que unos años antes.

—¿Cómo murió Drake?

—En esos días se propagó una enfermedad entre la marinería, de la que murieron muchos en medio de gran tristeza. Y lo mismo le ocurrió a *sir* Francisco Drake, que murió en Portobelo de peste, en su camarote, a las siete de la mañana del día 28 del mes de enero del presente año. Y después de amortajado, yo lo afeité por última vez y le di una loción de aceite de nuez. Luego se procedió a su sepultura en la mar, que fue en una caja de plomo en la misma bahía de Portobelo.

—En lo que yo conozco, ha dicho verdad —manifestó el alcalde—. ¿Por qué no se ha dado a conocer oficialmente la noticia de su muerte?

—Porque se nos impuso bajo juramento que no reveláramos que había muerto, so pena de ahorcamiento inmediato.

—¿Por qué?

—No sé, pero creo que era una forma de mantenerlo vivo, así nos lo dijeron, y que sólo su nombre continuara haciendo correr a las naves enemigas.

—¿Y Hawkins también ha muerto?

—Sí, señor, el 22 de diciembre pasado murió de enfermedad en San Juan, y Drake no murió ese día de milagro.

—¿Por qué, muchacho?

—Porque una bala de cañón disparada desde el morro de la fortaleza hizo volar por los aires el banquillo en el que Drake iba a sentarse para cenar. Al morir Hawkins, Drake tomó el mando único.

—¿Y quién ha tomado el mando de la flota corsaria al morir estos dos?

—La flota la gobierna ahora Thomas Baskerville.

—¿El famoso Tomás Basbile?

—El mismo, señor.

Se hizo un momento de silencio. El rostro del alcalde reflejaba seguridad y sorpresa.

—Prosiga, señor Pesquisidor, que el muchacho inglés está respondiendo conforme a la verdad.

—¿Por qué te enrolaste en la piratería? —continuó interrogando éste.

—Mi padre tiene como oficio barbero, sacamuelas y sangrador en el puerto de Plymouth, y no gana mal, pero somos diez hermanos más dos tías

ancianas, y no tiene con qué alimentarnos.

—¿Y por eso te metiste a pirata?

—*Sir Drake* es pirata para ustedes, pero para nosotros es un caballero de la mar armado por nuestra Reina, con el título de *sir*, y ha sido el mejor navegante de todos los tiempos y el que más barcos ha conquistado para su Reina y su imperio.

—Se ruega al interrogado no haga juicios de valor, sino que se limite únicamente a contestar a las preguntas.

—Es que como usted me ha dicho que me enrolé en la piratería... Yo, señor, no he pegado ni un tiro.

—¿Por qué atacaron el convento?

—Eso no lo sé, señor, a mí nunca me decían lo que iban a hacer, porque yo no soy soldado. Yo soy sólo el barbero.

—¿Dónde estuvo usted en la noche del vil acto de la quema del convento?

—En mi camarote, señor, porque, aparte de no ser especialista en armas, tenía calenturas desde hacía tres días.

—¿Cuántos barcos atacaron la ermita, aquí cercana, de Gaztelugache y despeñaron a su ermitaño por el precipicio?

—Se destacaron dos barcos la misma noche que asaltaron Ízaro. Yo no tuve parte en ello, aunque sí lo oí cuando volvieron y lo contaron.

Hubo comentarios en voz baja entre los componentes de la mesa.

—¡A la horca! —gritó una voz en medio del público.

—¡Sí, sí! —corearon varios—. ¡A la horca! ¡A la horca!

—Pero si es un niño —gritó una mujer levantándose ante todos—. Ya me diréis la responsabilidad que ha podido tener en la flota. ¿Qué vais a ganar con ahorcarlo? De sobra sabéis que no tiene culpa alguna, pero os queréis vengar. ¡No es cristiano vengarse!

—¡Que lo ahorquen! —gritó otra mujer—. ¡Vengamos a nuestros hijos!

—De nada sirve —continuó la primera—. No nos podemos satisfacer en un inocente. Responder a un crimen con otro es hacer lo mismo; es peor. Mala justicia es la de vengarse en un indefenso y, además, inocente.

Sin que nadie se lo pidiera, el joven levantó con decisión la cabeza:

—Señor, quisiera decir algo que les puede interesar, y también me gustaría que esto que voy a contar se tuviera en cuenta en este juicio.

—Di todo lo que tengas que alegar —le animó el alcalde.

—Yo vi cómo traían los vasos sagrados de la ermita a mi barco, el *Liberty*.

—¿Y qué hicieron con ellos?

—Previendo que iba a haber pelea en la mar, encerraron el tesoro de la ermita en una caja, la recubrieron con una piel embadurnada de grasa y le ataron cuatro pequeños troncos pintados de rojo y recubiertos de pez para que no se hundiera en caso de caer al agua. Tal como han quedado las naves, es muy posible que se encuentre flotando en algún lugar... y puede que dentro haya más tesoros que los de la ermita.

—Señor escribano, que se adjunte esta valiosa declaración.

Se hizo silencio entre los asistentes. Los rostros indicaban que los sentimientos estaban divididos. El alcalde se levantó dirigiéndose al público:

—La mesa se retira el tiempo necesario para deliberar. Mantengan los ánimos calmados. Nosotros nos encargaremos de hacer justicia. Mientras tanto, que se retire al preso de la sala.

Salió el tribunal, seguido de un escribano. El joven, que había permanecido casi todo el tiempo con la mirada baja, al salir volvió la vista. Sus ojos buscaban a la mujer que había hablado. Parecía que se había tranquilizado. El público comentaba los hechos.

Algunos nos salimos fuera y entramos al sonar la campana del alguacil. Nos sentamos y volvieron a entrar el tribunal y el pirata. Tomaron sus asientos con mucha ceremonia. El escribano se levantó, carraspeó y comenzó a leer delante del tribunal:

—«Reunido el Tribunal de la Cofradía del Cabildo de Mareantes, bajo la presidencia del señor alcalde, para juzgar los hechos que ocurrieron (...) este Tribunal procede a dictar sentencia y resuelve que, debido a las circunstancias de edad y oficio que concurren en el sujeto y a que voluntariamente ha contribuido a que se puedan recuperar los vasos sagrados de la ermita de San Juan de Gaztelugache, sea declarado absuelto de cargos y dejado en libertad.

»El sujeto permanecerá en prisión hasta que un navío que no sea inglés venga a comerciar a nuestro puerto y lo lleve a su tierra en viaje de comercio.

»Cualquiera persona que intentare otra resolución distinta a la acordada incurrirá en pena grave.

»Y nos, el Concejo y Cofradía y Regidores y vecinos así decidimos, dando de ello cuenta al señor corregidor, sito en Bilbao. Siendo en Bermeo, a quince de septiembre del año del Señor de mil y quinientos y noventa y seis, reinando nuestro señor Rey don Felipe, que Dios muchos años guarde».

—¿Qué te ha parecido la sentencia? —me dijo Moncho al salir.

—No sé, pero mucha gente opinaba que habría que haberlo colgado por lo que hicieron.

—¡Él no tuvo culpa de nada! Era un mandado, no tuvo ninguna responsabilidad. En el barco pintaba menos que el gato en tu casa.

Cuando estábamos hablando, se acercó a nosotros María Bernarda.

—Os he estado esperando, pero estabais dentro de la sala. Hace un rato he visto salir a Rogelio en dirección a Ízaro.

—De acuerdo, vuelve y vigila, no sea que se le ocurra dar la vuelta. Nosotros vamos a hacer una visita a su casa. Vive sólo con su madre —le dije yo.

—¿Qué barca ha llevado?

—La que trajisteis vosotros, la suya.

—Pero ¿no dijo que se le había hundido en la mar? —rio Moncho con sorna—. Aquí hay gato, mucho gato encerrado, un gatazo.

Cuando perdimos de vista a María Bernarda y nos dirigíamos a casa de Rogelio, me detuvo Moncho:

—Pero es que eres tonto. A ver si crees que vamos a entrar por la puerta grande sin que nadie se entere. Sígueme, que tengo una idea.

Eché a correr y casi no podía seguirlo. Subimos por una cuesta empinada hasta llegar a una humilde casa.

—¡Anacleto, sal! —gritó hacia la ventana de la cocina.

Moncho lo convenció para que nos siguiera.

—No hace falta que bebas, no quiero que bebas. Lo que vas a hacer es colocarte en el jardincillo de la casa de Rogelio. Tú te pones a canturrear como si estuvieras borrachillo. Cuando salga la señora, haces como que te has desmayado, ella te trae agua, tú le cantas canciones, haces el mono, en fin, lo que te dé la real gana; le dices que fue muy guapa de joven, luego le pides que te saque una silla, que ya estás mejor, después te caes al suelo, te desmayas... No sé, y le cuentas lo que se te ocurra con tal de que la entretengas media hora.

—¡Para, para, paaaara! De acuerdo, pero tú no le vas a decir a mi genio cómico-poético el *cómo* sino el *qué*, porque en esas lides te doy mil vueltas. Tú me dices: «Entretenía media hora»; y en eso soy cumplidor, mi cerebro trabaja solo. Pero tú no me vas a contar a mí lo que es divertir y entretener, a mí, que de trescientos sesenta y cinco días que tiene el año, estoy haciendo el ganso con las musas trescientos sesenta y seis. Hoy tenéis suerte, porque no he bebido ni una gota, os lo juro. Bueno, pero ¿qué os traéis entre manos?

—No te lo podemos decir en este momento, es un secreto. Ya te lo diremos más tarde. Tú ahora cumple con tu misión.

Nos estábamos acercando a la casa. Era una casona antigua, sin apariencia de ser noble, con una balconada muy larga, un tejado grande a dos aguas y un pequeño jardín delante. La puerta era de buena fábrica, pintada, como todas las ventanas, de azul marino. Varias enredaderas subían por las paredes. En un rincón se veía un pequeño corral donde picoteaban las gallinas.

Moncho y yo nos situamos en una esquina, y Anacleto se dirigió con decisión a la puerta. Pasó al corral, agarró una gallina, le retorció el pescuezo y la dejó tendida en el suelo. Espantó a todo el gallinero levantando las manos, cogió un huevo y lo rompió contra en el suelo. Salió fuera y gritó al balcón:

—¡Señora Engracia! ¡Señora Engracia!

—¿Qué quieres, Anacleto? —le preguntó ésta desde el balcón.

Al momento la señora ya estaba en el corral. Era una mujer mayor, delgada, vestida de negro, con un pañuelo oscuro en la cabeza, desdentada y con una nariz ganchuda. En el brazo llevaba un cestillo de madera de avellano.

—Pasaba por aquí y he visto que se escurría una jineta. Como se descuide usted un poco, le va a comer todas las gallinas.

—¿Seguro?, ¿no estarás achispado con una copita de más? Mira, Anacleto, que te conozco.

—No, señora Engracia, que a estas horas todavía no he probado una mala gota, estoy en ayunas y santificado. De verdad, he visto una jineta o algo parecido corriendo por el gallinero, y las gallinas están alborotadas.

—¿Cómo era?

—Mire, era como un gato alargado, casi como un perro, con la cabeza muy pequeña, el cuello largo y unas patitas muy cortas. En la garganta tenía pelo blanco y llevaba el morro manchado de sangre. Parecía que se deslizaba por el suelo. Las gallinas estaban como locas —y Anacleto hacía más teatro que el señor Braulio contando sus batallas—. Un animal así sólo puede ser una jineta, y la deja a usted sin gallinas en menos que canta su gallo, si no lo ha dejado ya mudo y no le va a cantar más...

—Sí, sí, así es. ¡Ay, ay, vamos a ver! ¡Ay, madre mía, que me mata las gallinas! Mira, una gallina muerta —gritó hablando en su lengua familiar.

—Sí, ya me parecía a mí que era ese bicho. Aquí se ve que estaba comiendo un huevo. Seguramente se ha metido por ese agujero. Porque mire, el año pasado, a mi madre le entró una en el corral y se cepilló medio gallinero. Las gallinas...

Cuando vimos que el alboroto estaba armado en el corralillo, rápidamente entramos en la casa. A ambos lados de un largo pasillo se veían seis puertas muy altas. Comenzamos a recorrer las habitaciones para echar un vistazo. No percibimos nada especial, viejos muebles, bargueños, cómodas labradas, un uniforme de almirante colgado en una vitrina, varios retratos de marinos con uniforme militar, miniaturas de galeones...

En la última habitación abrimos la ventana para poder saltar a la calle si había una emergencia. La ventana estaba junto a un árbol, y eso podría facilitarnos la salida y ocultarnos en la bajada.

Subimos al desván. Estaba lleno de trastos inservibles, remos, viejos faroles marinos, reteles, un sextante, anzuelos, arpones, sogas, nasas y demás aparejos de pesca. En un rincón, oxidadas y rotas, junto a una cuna de niño, dormían en el olvido tres espadas, una adarga y un escudo. Con rapidez, fuimos rebuscando por todos los rincones. Lo primero que nos había llamado la atención era un gran arcón, pero lo dejamos para el final. Cuando terminamos de inspeccionar todo, nos acercamos al arca. Era muy grande, con los tablones de las paredes llenos de complicados bajorrelieves; en medio lucía un escudo de hierro con el agujero de la cerradura; los faldones tenían dibujos geométricos perfectamente trabajados. La tapa, muy gruesa, estaba cerrada. Descorrimos el cerrojo tosco y herrumbroso, pero sirvió de poco. Intentamos levantar la tapa, pero no era posible. Comenzamos a mirar alrededor.

—¿Dónde se coloca siempre la llave? —me preguntó Moncho.

—No tengo ni idea.

—Se ve que no has hecho una trastada en toda tu vida. Miremos encima de las vigas.

Comenzamos a inspeccionar con todo cuidado, pero no la veíamos. Fuimos moviendo los objetos y dejándolos como estaban. Al levantar un caldero, apareció debajo una llave.

Con ansiedad, la metimos cuidadosamente en la cerradura, que se encontraba en medio del escudo. Giramos tres vueltas a la izquierda, la sacamos y levantamos la pesada tapa. A un lado se veía un paño antiguo, una daga, un...

—¡¡¡Guaaaaaaau!!! —oímos un grito espantoso en la puerta.

Con un susto de muerte, nos levantamos dando un salto para atrás y la tapa cayó con un golpe ensordecedor. En la puerta apareció Anacleto, con los brazos levantados, cara de loco y riéndose a carcajadas como un poseso.

—¿Qué te pasa? Vaya susto que nos has dado —le grité.

—Nada, que quería daros un síncope de muerte. Vengo por una espada, para meterla por un agujero y matar la jineta y la abuela de la jineta que la vieja ve al fondo. Me ha dicho que aquí hay una en el rincón de la izquierda. Y lo más importante, que quería saber dónde estabais... por si viene galerna o hay moros en la costa.

—Marcha y déjanos en paz —y le di una espada.

—¡A la batalla! —gritó blandiéndola escaleras abajo.

Nada más desaparecer Anacleto, seguimos indagando lo que se encontraba en el arcón. Había atados de pliegos muy antiguos, un farol de barco, unos espejos, collares, cartas marinas, cajas con calcetines, muchas sábanas de lino, unos paños de Flandes, el retrato de un niño, una caja de hierro llena de maravedíes y doblas castellanas de oro y ducados de tiempos de los reyes Fernando e Isabel, unos cuantos reales de oro y escudos con la efigie del rey Carlos..., pero no aparecían joyas por ninguna parte.

—Seguro que las guarda en la cueva, donde va por las noches. Si no, ¿por qué tanto misterio en sus viajes?

Dejamos todo como lo habíamos encontrado, bajamos a la primera planta, salimos al huerto y nos acercamos al corral. La señora Engracia y Anacleto metían la espada por un agujero intentando asesinar a la inexistente jineta. Cuando terminaron de pinchar por toda la pared, la señora nos trajo queso y nueces. A Anacleto le regaló la gallina.

—¿Veis lo que hace mi inteligencia? —nos decía Anacleto cuando íbamos pendiente abajo camino del puerto—. Os invito a gallina en pepitoria.

—Vale, mañana la cenamos.

Y nosotros seguimos corriendo hacia el puerto.

Desde el mirador de su casa, María Bernarda nos saludó con la mano y nos habló:

—No hay novedad, ningún corsario ni pirata en la costa.

Moncho y yo volvimos al puerto después de cenar y nos sentamos a charlar cerca del embarcadero junto a las piedras del rompeolas. A veces nos quedábamos sin decir palabra contemplando la oscuridad impenetrable de la mar infinita, su inmensidad poderosa, la luz del faro de Ízaro o el rielar de la luna. Y la mar, constante, besaba la playa una y otra vez mientras cascábamos nueces y avellanas sobre el muelle y soñábamos con mares lejanas y mundos fantásticos.

Era pasada la medianoche cuando nos volvimos cada uno para nuestra casa. Rogelio no había vuelto. Las nubes habían caído mansamente cubriendo

las casas con su velo. El entorno tenía un aire tenebroso. Las calles, empinadas y estrechas, estaban húmedas por el invisible sirimiri.

A primera hora de la mañana se organizó la busca del tesoro robado a la ermita de San Juan de Gaztelugache. Pequeñas embarcaciones, decenas de barquichuelas y chalupas se lanzaron a recorrer las playas de la costa y los acantilados de la isla de Ízaro. Comenzaron a la vez por los cuatro puntos cardinales, mientras otros se encaramaban a los riscos del acantilado del oeste, por donde había golpeado la tormenta.

Estaba llegando el mediodía y mucha gente pensaba que no lo iban a encontrar cuando tres hombres comenzaron a hacer señas y a gritar desde la isla. Uno de ellos se quitó la camisa para hacer señales a modo de bandera y otro levantó la caja roja en sus manos. Todas las embarcaciones alzaron los remos en señal de aplauso y restalló un disparo indicando que había terminado la búsqueda.

Al saber la noticia, el señor Martín Madariaga mandó que trajeran al joven pirata. Le soltó las ataduras y lo sentó junto a él. Sacaron fuera la caja, la depositaron junto al alcalde y éste esperó a que volvieran los que habían ido en su busca. Cuando estuvieron todos delante, se subió a un carro del muelle y le preguntó al muchacho:

—¿Es ésta la caja de la que nos hablaste?

—Sí, señor, estoy seguro.

—Si así es, desde este momento quedas en libertad.

Delante de todos, en medio de un silencio sólo roto por el graznido de las gaviotas, con un hacha y unas tenazas, quitó los cuatro troncos pintados de rojo, desclavó la tapa y sonrió ante todos. Sacó dos cálices, un copón grande, dos patenas, dos bandejas, una custodia desmontada y un pebetero. Luego tres bolsas. Una a una las abrió y aparecieron monedas de oro. El público aplaudió contento.

—Hemos recuperado los vasos de la ermita y, además, hay oro para reconstruir la iglesia. Demos gracias al Señor.

BALLENAS

Una mañana en que estábamos Moncho y yo trabajando en el puerto, sonó solemne el tañido de la campana del barrio de la Atalaya. Eran los toques inconfundibles del atalayero avisando a todo el pueblo del avistamiento de ballenas. Era la época en que venían desde los mares del norte para invernar. Por los toques de campana supimos que era una pareja con una cría. ¡Hacía tiempo que no se veían en nuestras costas!

Los jóvenes dejamos de cargar sal en los buques, de pesar salazón, de arrastrar las redes para que las repararan las mujeres, de transportar fardos, y salimos de la plaza a toda velocidad. Atajamos por calles y escaleras empinadas que desprendían un fuerte olor acre a salazón, pez, salitre, restos de pescado podrido y aguas fecales bajando por las cunetas. Llegamos sin aliento a la atalaya, junto a la iglesia de Santa María. En ese momento el atalayero terminaba de tocar por tercera vez la campana de la torre. En la campa había hecho una gran hoguera. Cuando la llama comenzó a menguar, echó encima gavillas de argoma mojada, heléchos y alquitrán, que provocaron una gran humarada negra. Era la forma de avisar a los que estaban lejos en la mar. Y que todo el mundo supiera que había sido él, y no otro, quien había dado aviso a los pescadores —tendría su parte en el reparto—. A lo lejos se veían los surtidores de dos ballenas. Se sumergían dando un coletazo y al rato volvían a salir.

—Son dos ballenas sardas. ¡A por ellas, que sois mozos! —nos gritó un hombre mayor.

Los jóvenes nos lanzamos por las cuestas a todo correr. «*Baliak, baliak, baliak*», repetía la gente saliendo de sus casas y corriendo pendiente abajo para dirigirse al puerto. Para cuando llegamos, ya estaban dispuestas varias lanchas balleneras, pues las tienen constantemente varadas y preparadas con todos los aparejos necesarios para salir en cualquier momento.

—Sube, Joaquín —me gritó mi tío Emiliano, primo de mi madre—. Sube, que necesitamos un timonel que no pese mucho, y tú tienes buenos brazos. ¡Rápido, chaval!

No lo pensé más. Yo sabía manejar el timón, pero nunca me había visto en una aventura así, formando parte de una chalupa ballenera. Cinco remeros a cada lado, con unos brazos membrudos, comenzaron a mover los remos con potencia. El tío Emiliano me daba confianza, no en balde era un respetado y mítico ballenero, con más de cien piezas en su haber, y cazadas por su inteligencia más que por su fuerza y valentía. Él iba delante marcando la dirección y preparando el arpón. Yo iba a popa, de pie, apretando con fuerza el remo largo, que hace de timón, y atento a los gestos que, sin volver la cabeza atrás, me hacía con las manos el tío Emiliano, quien comenzó a llevar de viva voz el ritmo de los remos. Cuando paraba él, lo hacía yo también.

Al salir de la bocana, Moncho me hizo adiós con la mano desde la punta del espigón y me deseó suerte a gritos. Detrás de él estaba María Bernarda diciéndome también adiós con un pañuelo. Yo me crecí un poco y sentí la saliva en mi garganta.

Al vernos en mar abierta, nos dimos cuenta de que éramos los primeros, pero detrás venían tres chalupas más. También habrían salido ya de los puertos de Mundaca y Elanchobe. El grupo cuyo arponero clavaba el primero en el cuerpo de la ballena era el dueño del tesoro, aunque los demás grupos le ayudaran después. Había que darse prisa para tomar ventaja y poder aferraría los primeros.

A lo largo del puerto y el malecón, decenas de curiosos contemplaban lo que estaba sucediendo. Iban a tener un espectáculo frente a sus ojos, y ya estarían apostando a ver quién llegaba el primero. Los diez remeros hundían sus finas palas al mismo ritmo, sin dar demasiada profundidad, sin hacer ruido, ya que tenían piel aceitada en la apoyatura en la borda. La chalupa, alargada y fina, se deslizaba con aire alegre cortando la cresta de las pequeñas olas. Pero lo que no resultaba tan alegre era ver a una legua^[23] las colas de las dos ballenas, que en ese momento las alzaban en su posición más alta antes de golpear y sumergirse de nuevo. ¿Me pasaría algo? Las muertes en el arponeo eran frecuentes. Mi padre había muerto, aunque de frío más que ahogado. En los caladeros del norte morían de frío nada más caer, con vientos gélidos y aguas con temperaturas insoportables. Yo, por lo menos, estaba en aguas menos frías y sabía nadar como una sardina. Tal vez fuera el único de los de la chalupa que no tenía miedo a caer al agua.

Desde lejos se veían los inconfundibles chorros verticales en uve de las ballenas. Eran de piel negruzca, con una cabeza desmesuradamente grande y el vientre con manchas blancas. Algunas habían llegado a pesar sesenta toneladas y tenían hasta seiscientas tiras de barbas de más de una braza de largo. Además, eran confiadas, tenían un nadar lento y no se hundían al morir. No se podía pedir más.

Las dos ballenas salían juntas a respirar y se sumergían después de lanzar el vapor. En medio de las dos, retozaba el ballenato.

El tío se volvió hacia nosotros, y aquel hombre tremendo, arponero curtido, comenzó a rezar sobre nosotros la oración del ballenero.

Mientras avanzábamos, el tío Emiliano afiló la punta del arpón con una piedra de esmeril, lo limpió con un trapo aceitado y revisó el cabo que hacía de estacha. Lo mismo hizo con el segundo arpón. Navegamos más de media hora. El tío, gran experto, se fijaba sólo en el macho. Había que dejar las otras dos. Fue calculando su situación por los chorros de vapor; la profundidad, por el color de las aguas. Había que atacarla en el lugar apropiado. El cetáceo hacía un momento que había respirado, ahora estaba nadando tranquilamente y sólo dejaba ver la parte más alta del lomo. Nos acercábamos clavando muy poco los remos, haciendo el menor ruido posible. Aquella mole tan cercana me daba miedo. El tío pasó a popa, junto a mí, y se puso a un lado.

—Ánimo, Joaquín, lo estás haciendo muy bien, eres todo un hombre. Tu padre estaría orgulloso de ti.

Se me hizo un nudo en la garganta, a la vez que aquel piropo dicho delante de todos daba una fuerza especial a mis brazos.

Cuando estábamos cerca del animal, enfilando hacia él a menos de un cuarto de milla, el tío me habló en voz baja haciendo el gesto con la mano izquierda:

—Atento..., atento... ¡Media ciaboga!

Hiné el remo-timón con fuerza provocando un giro de noventa grados. La chalupa quedó en paralelo a aquella montaña de carne. Yo mantenía el remo con fuerza para que no virara lo más mínimo. Los remeros bracearon al unísono. El tío se creció en el castillete con el brazo derecho en alto, en tensión, empuñando el pesado arpón de hierro. En su brazo izquierdo llevaba enrollado un fino cordel de cáñamo, la estacha.

El bote adquirió velocidad y en un momento los diez hombres levantaron los remos. ¡Ningún ruido! Solitaria, silenciosa, obediente, la chalupa llegó deslizándose hasta quedar en paralelo muy cerca del lomo del animal.

En ese instante, el tío Emiliano irguió su figura, pareció mucho más alto, levantó al máximo el brazo en tensión y lanzó el arpón de hierro inclinándolo todo su cuerpo hacia delante hasta casi caer al agua. El hierro hizo una parábola en el aire y quedó clavado en el cetáceo arrastrando detrás la estacha de remolque.

Nos agarramos con fuerza e inmediatamente vimos cómo el rollo de cabo, de más de setenta brazas, se desenrollaba a toda velocidad tragado en las profundidades en medio de un peligroso remolino. Los remeros alejaron cuanto pudieron la chalupa para evitar el golpe de la cola. Sentimos una sacudida que nos tiró a todos para atrás, como si se hubiera descoyuntado todo. Nos habría lanzado al agua si no lo hubiéramos esperado. Al rato, el animal salió y de un coletazo levantó una ola repentina que hizo ladear la barca y a punto estuvo de darle la vuelta y zozobrar. Desapareció dando un salto en vertical hacia las profundidades y el torno comenzó a dar vueltas alocadamente desenrollando más sogas. Yo acuchillaba el agua hendiendo el remo con desesperación para aguantar la estabilidad de la barca, ya que los remos no podían hacer nada. Durante un rato, la carrera fue vertiginosa y hacia mar abierta. El tío Emiliano puso su mano junto a la mía para ayudarme a llevar el timón, y eso me dio confianza.

—Lo estás haciendo muy bien —me dijo.

Cuando salió a respirar, las otras embarcaciones que habían venido detrás le lanzaron jabalinas sangraderas. Y seguíamos tras ella, sin podernos separar, condenados a triunfar o morir. Yo agarraba con fuerza el timón tratando de aguantar las embestidas. El trallazo que daba con su cola era tremendo, levantaba una ola que parecía una montaña. Si nos hubiera cogido, nos habría hecho añicos. A la tercera salida, cuando ya se iba a zambullir de nuevo, levantó la cola y una de las lanchas voló por los aires como una mariposa sobre la piel de un caballo. Los *arrantzales* salieron despedidos como piedras voladoras. Nosotros íbamos detrás, algo más lejos, amarrados con la maroma, y nos libramos por muy poco. Tuvieron suerte de que sólo los levantase, porque si los hubiera cogido al dar una sacudida contra la superficie, los habría aplastado. No pasó de un susto y un remojón, ya que había varias barcas de apoyo.

Y seguíamos. Había que regar constantemente el carel de la borda porque a veces echaba humo. Y el animal seguía huyendo hacia dentro, hacia alta mar, dejando un reguero rojo por el que se le iba yendo la vida. Nos quedamos un momento quietos y de nuevo vimos aparecer la cabeza y el

lomo. Luego la temible cola descendió dando un tremendo chapoteo. Pero su trallazo ya tenía menos fuerza y nosotros estábamos más lejos.

Hubo algo que me emocionó. Fue ver la ballena hembra ponerse a su lado lanzando chillidos y haciendo los mismos movimientos que el macho. Daba lástima, era como si llorara, como si lo quisiera ayudar o acompañarlo en su último viaje. No se quiso separar de él y durante un rato se oyó una especie de llanto a dúo, como si fuera un diálogo, un mugido musical triste y dulce jamás oído antes por mí. Y un reguero cada vez más ancho, por donde poco a poco se iba la vida del animal, teñía las aguas.

—Vamos tras ella, con paciencia —nos dijo el tío—. Una vez bien aferrada es difícil que se escape. Es cuestión de tiempo. Mantén el timón, Joaquín.

Detrás de nosotros había salido una nao de la Cofradía, que en estos momentos se ponía a nuestra altura. La nave seguía fielmente el reguero rojo. Cada vez aparecía más sangre entre las aguas. Sólo nos quedaba seguirla y esperar con paciencia.

El sol lucía en lo más alto cuando el animal se remansó en medio de una gran mancha roja. Había tardado más de hora y media en desangrarse. Era un cetáceo grande y hermoso. Parecía mentira que unos seres tan insignificantes como nosotros hubiéramos conseguido capturarlo. Era mucho más grande que el galeón... y toda su vida había comenzado a marcharse por el minúsculo pinchazo de un arpón.

La hembra, al comprender la situación, se separó llevándose al ballenato y obligándole a marchar delante de ella.

Inmediatamente saltaron encima varios *arrantzales*, le clavaron más arpones y amarraron la cola con maromas a la popa del barco. Se desplegaron todas las velas, se tensaron las vergas, crujieron las jarcias y comenzó el lento arrastre hasta el puerto. La ballena sarda tiene la cualidad de flotar y no hundirse.

Y el tío Emiliano nos mostró cómo la ballena llevaba un pequeño arpón clavado en el lomo. Lo sacó y miró la placa de identificación.

—A ésta la hirieron hace años en el Cabo de Hornos —nos aclaró.

Nada más iniciar la travesía de vuelta, dispararon desde el barco tres salvas para que en tierra se prepararan para despiezar y comenzaran a encender los fogones en la factoría.

Hacia las cuatro de la tarde nos acercamos a puerto desviándonos en dirección a la playa. Había marea baja, pero ya estaba comenzando a subir. Se

multiplicaron las ataduras y amarres de la ballena con unas maromas muy gruesas que alargaron hasta sujetarlas en los potentes norays del muelle.

Desde la costa, a medida que iba subiendo la marea, que movía el animal, con unos grandes tomos arrastraban con cables la mole hacia fuera. Poco a poco, el cuerpo descomunal del cetáceo, como una boya gigante, se iba acercando más y más empujado por las olas.

Estaba a punto de anochecer cuando se retiraron las aguas y el cuerpo de la ballena quedó finalmente varado en seco en la playa. Tenía más de quince brazas de eslora, es decir, de largo, y los entendidos le calcularon más de cuarenta toneladas. Parecía mentira que aquel animal pudiera flotar en el agua, que fuera el mejor nadador de todos los océanos. Y allí estaba, era una montaña de carne.

Mientras bajaba la marea, en la casa-lonja se había hecho la subasta pública con solemnidad, como era costumbre, con cabo de candela de cera encendida y con la presencia del mayordomo, el manobrero, los mayordomos de los maestre-chalupas y demás autoridades implicadas.

Los trinchadores, calzados con botas de suela claveteada, subieron a lo más alto. Sus figuras aparecían diminutas en medio del cuerpo gigante del animal. En la comparación se veía su verdadero tamaño. Lo primero que hicieron fue cortar una tira de la cabeza a la cola para pagar el impuesto fiscal al Preboste. Luego partirían media lengua para la Iglesia, pese a que muchos decían que no había derecho, que los que menos percibían eran los que la habían cazado.

Comenzaron a despiezar. Con hachas y grandes cuchillos curvos con mangos de madera muy largos, cortaban a tiras la capa de grasa. Otros la troceaban en bloques uniformes, otros partían la lengua, quitaban las barbas, cortaban la cola, sacaban las vísceras, etc. Era un hormiguero humano trabajando deprisa a la luz de grandes farolas de aceite y hogueras en la playa. Había que terminar antes de que la marea volviera a subir, y era mucha la tarea.

Todo lo que iban troceando lo montaban en angarillas sobre borricos y en cestos a hombros de mozos, que lo depositaban en los fogones, las *lumeras*, donde fundían la grasa en grandes calderas de cobre y hierro. Los hornos estaban hechos a conciencia y se alimentaban con leña y con aceite de mala calidad. A medida que se fundía la grasa en calderas con agua y flotaba, la retiraban con unos cazos grandotes y la vertían en cubas de madera llenas de agua fría hasta la mitad. Allí la dejaban enfriar. Al tamizarla, al fondo iban cayendo todos los residuos hasta dejar a flote el aceite más puro. Este aceite,

una vez enfriado, se colaba de nuevo con un fino tamiz y se depositaba en barricas para su transporte. Era el oro líquido.

Habíamos cogido un tesoro. De la grasa se sacaría aceite —el apreciado saín— para el alumbrado de las casas, y senaria también para hacer jabón y lubricantes y para curtir pieles; la lengua senaria de alimento y para extraer un aceite muy fino empleado para engrasar los relojes; la piel, para hacer cuero; la carne, para gastarla fresca y mandarla en salmuera a los franceses; las barbas, para peines, corsés, sombreros, abanicos y muchas más utilidades; los huesos, para cuchillos, traviesas de tejados y estacas para separar terrenos; las vértebras, para asientos en las huertas; y las visceras, para abono. Todo era aprovechable... menos aquel llanto que había oído esfumarse sobre las aguas y todavía resonaba dentro de mis oídos.

—Joaquín —me habló el tío Emiliano cuando ya pronto iba a amanecer—, vete a casa a descansar. Y recuerda que te corresponde tu parte del total del reparto, como uno más de la chalupa.

Me puse muy contento. Mi madre recibiría un dinero necesario, pues lo que cobraba por la muerte de mi padre era muy poco. Ella remendaba redes y yo trabajaba en el puerto. Hoy sentía una alegría muy especial. Mi madre ya tenía un sustituto para traer el pan a casa. Yo era mayor, había dejado de ser un jovenzuelo. A partir de ahora tendría que pensar seriamente en mi futuro, unido a la mar de manera inexorable. Mi futuro, mi madre, María Bernarda...

Cuando me iba a marchar, me detuvieron las salvas de varios barcos. Me acerqué a la bocana. En ese momento enfilaban a la rada cinco galeones bacaladeros de gran tonelaje trayendo bacalao de Terranova. Sobre cubierta se apilaban decenas de toneles y barricas. La línea de flotación indicaba que venían cargados a tope. Era el apreciado bacalao verde, que luego había que continuar secando en tierra. Por la cantidad de mercancía que traían sobre cubierta, debía de haber sido una buena temporada. El último arrastraba a popa una ballena de mediano tamaño.

De los fogones venía un olor insoportable y nauseabundo inundando el ambiente. Pero se transformaba en perfume, ese olor traía la felicidad a muchas familias, felicidad que aún sería mayor si no hubiera que repartir beneficios con el Preboste, la Iglesia y la Cofradía.

Aunque estaba muy cansado, me encaminé hacia casa andando sin prisa, rumiando lo que había sucedido durante la jornada. Me preguntaba cómo no había sentido miedo de montar en la trainera, con lo peligroso que era y las historias que contaban. Pero es que no había tenido tiempo ni de pensarlo.

Cuando llegué, abrí la talanquera y crucé la huerta. Sobre las hortalizas se hacían transparentes las gotas de rocío. La luz del alba se desgranaba con fuerza tras los montes. Pronto se espejaría en la mar. Entré en casa sin hacer ruido. Sobre la mesa estaba la cena que mi madre me había preparado la noche anterior, con el mimo de siempre: unas anchoas en escabeche, una jarra de leche, un tazón de cuajada, una taza de miel, nueces, avellanas y dos manzanas. La devoré en un momento. Al pasar delante de su cuarto, me acerqué a su cabecera y le di un beso. No le dije que había salido a la ballena.

Me acosté muy cansado, pero satisfecho. Todavía tuve un rato para pensar. ¿Y si me hubiera ahogado?

TRES LIBROS

Habían pasado diez días desde el ataque de los piratas, y Moncho y yo no habíamos tenido tiempo para dedicarnos a analizar a fondo los libros que habíamos encontrado entre los despojos de los barcos.

Nos dimos cuenta de que si queríamos leer los libros sin que otros se enteraran, teníamos que aprender latín para poderlos interpretar nosotros solos. La mayoría de la gente del pueblo era analfabeta, pero nosotros habíamos tenido la fortuna de haber ido de niños a la escuela conventual. Yo fui porque mi padre oyó una vez que decía el señor de Ercilla: «Más vale conocimiento de letras y ciencias que todas las riquezas». Y mi padre era un hombre inteligente, aunque no sabía casi ni leer ni escribir. Pero sabía que no sabía, y no quiso que su hijo fuera igual.

¿Cómo aprender latín? Fuimos a hablar con el padre superior de los franciscanos de Bermeo, de la misma orden que los de Ízaro. A los de la isla se les llamaba «observantes», en cuanto que seguían con más rigor la regla fundacional; a los de la villa se le llamaba «claustrales», y estaban más integrados en las cosas del mundo. En el convento de estos últimos estaba de portero y mandadero un conocido de mi madre, Juliancho. Por medio de él hablamos con el padre superior. Le dijimos que, tal vez más adelante, nos gustaría entrar en la orden, y que para ir preparándonos queríamos aprender la lengua latina.

El padre superior se vio gratamente sorprendido por nuestra idea y nos presentó al padre Fulgencio, un fraile joven ducho en letras latinas y griegas aprendidas en la universidad de Salamanca y que no hablaba casi nada el vascuence. Tenía un rostro flaco, apellejado, que parecía más una cecina curada que carne humana. Como nosotros sólo hablábamos un poco de castellano, él nos enseñaría latín y castellano. A cambio, nosotros seríamos los encargados de traer el pescado para el convento y cortar la leña para las cocinas.

Por las tardes, cerca del anochecer, íbamos todos los días al convento a estudiar latín. Comenzamos con mucho interés, y el fraile nos dejó dos gruesos diccionarios para llevarlos a casa para hacer traducciones. Desde el primer día, nos puso frases cortas para traducir. El progreso fue rápido, tanto en latín como en el dominio de nuestro escaso castellano, y nos entusiasmos de tal manera que lo comentamos con otros amigos, y al poco tiempo vinieron otros dos alumnos, con lo que el fraile se puso muy contento. Y también nosotros, pues así éramos más a repartirnos las tareas del convento. El padre superior tuvo noticia de los progresos y concibió la idea de montar un aula de latín para alumnos del pueblo que quisieran adentrarse en la lengua de Cicerón. Pero no se sumaron más porque la mayoría no sabía ni leer ni escribir, y el latín les sonaba a runruneos de plegarias y cantos eclesiásticos ininteligibles.

—Joaquín, mi madre casi se ha echado a llorar cuando le he leído en latín. Me dice que puedo ir para obispo, y que el convento es lugar más seguro que un barco —comentó Moncho.

Con la ayuda del diccionario, pronto comenzamos a entender *Viae maris Mediterranei navigationis*. Era un libro muy antiguo, con poco texto y muchos mapas y dibujos. Nos entretuvimos interpretando las cartas marinas con sus rutas. Señalaba los puertos del Mediterráneo y los enlaces marítimos con los países de Oriente. Nos resultó mucho más interesante *Specie/vm i tiñera*. Sus caminos nos llevaban a países orientales apenas oídos por nosotros, sendas y direcciones hacia mundos lejanos. Las rutas se iniciaban por el este, en la Isla de las Especias, y se leían nombres como Cipango, Catay, Isfahán, Calcuta, Ormuz, Constantinopla, Alejandría, Samarkanda... ¡Aquello sonaba a países de ensueño! Se abrían distintos itinerarios en los que se leía: *caravanas terrestres*, *navegación con barco*, *ruta de camellos*, *ruta de la seda*. En cada una se enumeraban los productos que se transportaban. Con ayuda de un diccionario, los pudimos traducir poco a poco: canela, angélica, jengibre, alcaparra, clavo, azafrán, pimienta, calicanto, incienso, vainilla, junípero, cilantro, comino, cardamomo, nuez moscada... Cuando no lo entendíamos, copiábamos párrafos sueltos y los llevábamos a clase. Le decíamos al padre Fulgencio que lo habíamos copiado de notas que habían aparecido en unas hojas sueltas que había en un arcón viejo. Poco a poco logramos traducir todo. El padre Fulgencio decía que era un latín *macarrónico*, es decir, nada culto, escrito por alguien que no lo dominaba muy bien.

Del tercer libro, en inglés, no nos interesó el texto, que no entendíamos, pero sí el plano que había aparecido oculto en las guardas del interior de las tapas. Después de mucho darle vueltas, de mucho intentar interpretarlo, no logramos descifrarlo. En la isla tenía que estar la solución, debíamos volver de nuevo con el mapa.

Cuando lo íbamos a cerrar, vi que dos hojas estaban pegadas. No nos habíamos fijado anteriormente y era difícil darse cuenta. Al separarlas, una hoja de papel fino saltó y cayó al suelo. La recogí para leerla.

—¿En qué lengua está escrito? —me preguntó Moncho—. Vamos a tener que estudiar lenguas en Salamanca. —Es en castellano, escucha:

Será para mí de fuerte satisfacción poder darle noticia y oportuna comunicación de lo que encontrarán vuestras mercedes, y tengo a bien que lo recibirán para aprovechamiento de su fortuna y no la mía, y con ello podrán sus mercedes sacar con aqueste libro provecho y deleite en la isla de Ízaro, que se ubica en la mar cántabra ante Bermeo, y está habitada por un monasterio donde están ayuntados en oración monjes que son hombres muy austeros y santos, hijos de los mismos pueblos comarcanos y conocedores de la lengua que se dice vizcaína. Y de todo ello tendrán vuestras mercedes mucho merecimiento y muy buena dicha por los muchos tesoros que allí hallarán. Y para cuando vayan a entrar en la dicha ciudad, encontrarán ayuda secreta, tras las murallas, en ciertos pobladores de la misma que son amigos nuestros y muy enemigos de la religión del rey de Castilla, los nombres de los cuales en otra misiva tengo escritos y no puedo señalar agora.

Subscrito: Diego de Guinea, en La Rochela.

—Anda, léemelo otra vez, que quiero enterarme bien —me dijo Moncho con la cara blanca.

—Aquí se encierra algo. Vamos a guardar la carta, y que nadie la conozca. Nos puede traer problemas muy gordos.

—¿Nadie la puede conocer?

—Nadie —le respondí muy serio—, y menos las personas que más queremos.

Cuando se fue Moncho, volví a tomar el libro en mis manos y leí varias veces la carta. No hacía sino darle vueltas y más vueltas a las palabras finales: «Y para cuando vayan a entrar en la dicha ciudad, encontrarán ayuda secreta,

tras las murallas, en ciertos pobladores de la misma que son amigos nuestros y muy enemigos de la religión del rey de Castilla, los nombres de los cuales en otra misiva tengo escritos y no puedo señalar agora». La enrollé cuidadosamente y la metí en una botella que enterré en un rincón de la cuadra.

AMORES DE ADALBERTO Y SEBASTIANA

Finalizaba el otoño cuando ocurrió una tragedia que conmocionó al pueblo y a la comarca entera. Yo no sabía nada, me enteré de la historia cuando los hechos ya se habían consumado.

Después de la profanación del convento de Ízaro, vinieron tres frailes nuevos a vivir en el recinto claustral. Se les veía con frecuencia salir a mendigar por los pueblos vecinos, y la gente respondía con generosidad, pues en aquel peñón no tenían absolutamente de nada y realizaban la importantísima labor de mantener el faro encendido por las noches, con lo que salvaban a muchas personas de estrellarse en los riscos de la costa. Como allí no podían cultivar, tenían que vivir de las limosnas.

Entre ellos vino uno joven, bien plantado, de buena presencia y agradable al trato, llamado fray Adalberto. Haciendo las visitas limosneras, llegó a una casa, en el camino hacia Guernica, donde vivía una joven, viuda de un marino, llamada Sebastiana de Barandica, llamativa por la imantación de su belleza. El primer día fue la limosna; el segundo, el saludarse porque se conocían; el tercero, una charla más larga... Total, que se enamoraron, porque la carne es débil y candente cuando se es joven. A ella, en su juventud, se le hacía pesado el velo de la viudedad; y a él, pleno de vitalidad, el hábito comenzó a resultarle áspero.

Cuando el padre de la joven se dio cuenta de que debajo de los hábitos de fraile venía un hombre a visitar a su hija, prohibió a ésta abrirle la puerta. Y ella no se la volvió a abrir... durante el día. Entre ellos había prendido la llama de la pasión y ya no se podía apagar. La prohibición fue como leña seca sobre la llama. Se vieron a escondidas y quedaron en citarse por la noche. Para que el fraile amante supiera qué noche le estaba esperando, ella colocaba a una hora fija una sábana en determinada parte de la casa, como si estuviera puesta a secar.

A medianoche, Sebastiana encendía una luz. Entonces salía fray Adalberto saltando la tapia del convento, caminaba por la isla hasta llegar a la punta del sureste, dejaba sus ropas en una peña, se lanzaba intrépido a las aguas temibles y cruzaba a nado la milla y media que le separaba del litoral. Se orientaba con el farol que le había puesto su amor en la costa. Y después de estar largo rato uno en brazos de otro desatando su pasión, el fraile, antes del amanecer, hacía la travesía de regreso orientándose con el faro del convento. Volvía a su celda, dormía un rato y se levantaba cuando tocaban las campanas llamando a maitines. Nadie se hubiera enterado de su ausencia.

Pero el padre oyó rumores, en la plaza escuchó indirectas muy directas y se puso a espiar a su hija. Rápidamente lo pudo confirmar. Cuando vio que para hacer la travesía nocturna el amante se orientaba con el farol que ponía su hija, planificó el modo de darle un escarmiento.

Pasaron varios días:

—Esta noche se va a poner la mar rizada —dijo el padre a Sebastiana durante la comida.

La hija no hizo ningún comentario, pero esa tarde no puso la señal y se fue a casa de unas amigas. El padre vigiló y colocó la sábana en el sitio y a la hora acostumbrados. Luego la retiró. Se hizo de noche y el padre encendió un potente farol, pero en lugar de hacerlo en el mismo punto donde lo hacía su hija, salió al campo y lo situó varias brazas al este, hacia la ría de Mundaca.

El bravo joven se lanzó a las aguas tras la única luz, la luz de su amada, como otras noches. La mar estaba ligeramente rizada, pero era más la fuerza de la pasión que la necesaria prudencia. Durante la travesía se guió por el punto que relucía en medio de la oscuridad, como cuando Leandro cruzaba el Helesponto para visitar a Heros. Pero esa seguridad ciega de haberlo hecho tantas veces le hizo seguir la luz y llegar no al sitio acostumbrado, sino desviarse a unos precipicios peligrosos, donde las olas le impedían acercarse. Aunque lo hubiera conseguido, no habría podido ascender. Se debatió durante horas en medio de la oscuridad, con los farallones cortados a pico frente a él, y, finalmente, el cansancio lo dejó extenuado y murió ahogado.

En el convento notaron su ausencia por la mañana y aunque rebuscaron, no lo encontraron. Vino el padre guardián a Bermeo para indagar. Cuando preguntó, se enteró del romance, que era un secreto a voces en el pueblo. Fue a entrevistarse con Sebastiana, pero ella le aseguró que esa noche no se habían citado. Entonces, su padre invitó al fraile a ir con él a la costa y le contó cómo había engañado al joven. Rastrearón los dos entre las rocas durante toda la tarde sin encontrar nada.

Todo el pueblo se alteró con la noticia de la trágica muerte del amante. A la mañana siguiente salimos varios botes, lanchas y barquichuelas para buscar por los recovecos y taludes. Muchos se tiraban al agua para bucear en los arrecifes. Fue por la tarde cuando Marcial, el buceador que iba en nuestro grupo, salió espantado gritando:

—¡Un monstruo! ¡Un monstruo! Lo tiene atrapado un pulpo gigante.

Varios jóvenes nos lanzamos al agua apretando puñales en la boca. Nos sumergimos todos juntos, pero volvimos a salir a respirar porque unos larguísimos tentáculos nos impedían acercarnos y teníamos el terror dentro.

—¡Lo nunca visto! ¡Un pulpo gigante! —gritó uno que había bajado antes.

Yo me quedé un momento fuera porque había tragado algo de agua.

Marcial, que no se había sumergido con nosotros, se lanzó agarrando en la mano izquierda una piedra atada a una cuerda y en la otra un bichero de palo largo también sujeto a una cuerda. Los demás nos sumergimos tras él, pero con más lentitud. Descendió con seguridad y cuando lo tuvo cerca, se dejó enrollar por la punta de los tentáculos. Al acercarse al cuerpo del animal, le clavó con toda su fuerza la lanza en medio del cuerpo. El animal desenredó inmediatamente sus tentáculos pero no se pudo soltar del bichero. Todos nos impulsamos hacia fuera tras Marcial. El joven salió rápido y gritó:

—¡Tirad!

Desde el bote tiraron de la cuerda y ante ellos apareció un pulpo de un tamaño increíble, con unos tentáculos larguísimos anudados en torno a la pértiga del bichero y otros totalmente estirados girando amenazadores hacia los cuerpos de los barqueros. Le clavaron otros dos más en la cabeza y lo inmovilizaron. Un golpe certero de hacha hizo que los tentáculos languidecieran.

Otros se lanzaron bajo las aguas y sacaron el cuerpo irreconocible del fraile amante. Tenía toda la piel marcada con grandes manchas amoratadas, provocadas por las ventosas, y parte de un muslo estaba comido.

—¡Falta Santiago! —gritó alguien.

Todos los jóvenes nos armamos con puñales. Yo arranqué uno de los bicheros de la cabeza del monstruo y me sumergí. Cerca de donde se había encontrado el cuerpo del fraile, Santiago era arrastrado hacia una gruta por otro pulpo de dimensiones parecidas. Los que iban delante con los puñales se vieron inutilizados por los ágiles y poderosos tentáculos, que los inmovilizaron. Esto me ayudó a mí por dos razones, porque el animal estaba entretenido en la lucha y porque el llevar un arpón me permitía atacar sin

acercarme demasiado. No lo pensé, y me lancé con fuerza a la cabeza del animal y se lo clavé bajo los ojos, cerca de la boca. Inmediatamente me impulsé hacia arriba llevando la punta de la cuerda. Se la di a los de la barca y ellos tiraron. Ante todos nosotros apareció la bestia agarrando todavía a tres jóvenes entre algunos de sus tentáculos y lanzando los otros contra la barca. Varios arponazos y el golpe de un hacha en la cabeza lo remataron. Santiago quedó semiconsciente flotando en el agua.

Colocaron el cuerpo del infortunado claustral en una barca y lo cubrieron con una manta. En otras dos, cargaron los cuerpos de los pulpos y extendieron los tentáculos por ambos lados. Daban miedo, eran ocho de más de una braza de largo, con unas ventosas muy anchas. Aquellos brazos tenían que tener una fuerza descomunal cuando atenazaban con las ventosas.

Los dejaron totalmente extendidos sobre uno de los diques y fueron la admiración de todos. Ni los más ancianos recordaban haber visto nunca dos monstruos de semejante tamaño.

El Lejano, en cambio, nos contó allí mismo que él los había visto así, y más grandes, en las rutas hacia Oriente. Una vez, mientras navegaban, dejaron carnaza en un cebo grande atado a una cuerda, pero ésta se soltó y el cebo cayó a las profundidades. Cuando recogieron la larguísima cuerda, apareció un enorme pulpo, negro por completo, de dimensiones todavía más grandes, pescado en fondos jamás imaginados. Pero cuando hablaba Martiniano Ugarte, *El Lejano*, nunca se sabía si lo que contaba había sido realidad o era inventado. Él, claro, decía que era más real y más verdad que el suelo que pisaba.

El galeno y el albéitar del pueblo vieron el suceso como algo digno de registrarlo en los anales de la ciencia y les hicieron las mediciones correspondientes y una descripción detallada, y hasta llamaron al secretario municipal para que testificara aquel hallazgo para la ciencia.

Por la tarde, cuando ya los había visto casi todo el pueblo y los críos se habían divertido clavándoles estacas en los ojos y cortándoles las puntas, los tiraron al rompeolas devolviéndolos a la mar.

Aquella noche, los abuelos que habían navegado por mares lejanas contaron historias de extraños animales jamás imaginados.

Al día siguiente se celebraron los funerales por el monje amante. Entre monótonas letanías, escanciadas con chisporroteo de cirios y olor a sebo e incienso, las mozas hacían sus plegarias soñando con imaginarios amantes que morían de amor por ellas.

Y durante muchos días no se habló de otra cosa sino de aquella historia trágica de amor y muerte y del monstruo que había salido del interior de las rocas, todo ello aumentado por la fantasía popular.

—No estoy seguro de que fuera un pulpo. Seguramente era una de las lamias que habitan en la costa, justo en ese lugar. Si no, no se explica —sentenciaba muy serio Moncho—. Mi abuela siempre ha dicho que en ese sitio de la costa hay lamias.

—Pero cuando son un poco más pequeños te los comes en forma de calamar y chipironcetes. Luego ten cuidado con lo que comes, porque se pueden vengar. Fíjate qué bien, con una lamia metida en la tripa y que le da por crecer —le respondí.

—Tú ríete, que si el pulpo no era una lamia, seguro que lo es la Sebastiana. ¿Por qué se llama precisamente costa de Lamiaran^[24]?

—No digas tonterías. La Sebastiana es una joven viuda muy guapa, y nada más.

—No, no digo tonterías. He oído decir muchas veces a las ancianas, cuando están cuchicheando entre ellas, que si una lamia se va a casar con un cristiano, como ella no puede entrar en las iglesias, el novio muere la noche anterior al matrimonio, y muchas veces de forma trágica. He oído que ha pasado muchas veces. Y en este caso más, porque el amante era un fraile. La lamia se habrá puesto demasiado contenta con su triunfo. Habrá que ver los pies de la Sebastiana, seguro que los tiene de pato. Además, es muy guapa.

Y no me atreví a contradecirle al verlo hablar tan serio y teniendo lo ocurrido tan reciente.

SEGUNDO VIAJE A LA CUEVA

Siguieron los meses invernales, sazonados con borrascas, chaparrones y temporales. Más de la mitad de los hombres de la villa habían marchado hacia los mares del norte a la pesca del bacalao y la ballena. Por febrero, una galerna sacudió la costa. El señero, que era el alcalde de mar, se reunió con la junta de la cofradía y prohibió toda navegación obligando a mantener la flota atracada en lo más profundo de la dársena. Fueron más de diez días sin poder salir a faenar escuchando el bramido del mar contra los acantilados. Y los demás, en su mayoría, estuvieron envueltos en el manto del sirimiri, esa lluvia inmisericorde, grisácea, tristonca y dulce que empapa la tierra haciéndola rezumar aires cenicientos y provoca que las personas se metan dentro de sí con sus reflexiones. El sirimiri, hecho una gasa de agua gris parpadeante, siempre me ha parecido un regalo de la mar que viene al litoral a acariciarnos.

Después, el puerto continuó con su tráfago. Era un incesante ir y venir de naves, de atracar y zarpar mareantes de todos los rincones recorriendo las distintas costas y mercado con otros puertos. Por el muelle se podían ver genoveses elegantemente vestidos, acompañados de pajes negros; comerciantes de allende las aguas con indios a su servicio; árabes y turcos con turbante y babuchas; mercaderes de Constantinopla, Orán y de lejanas ciudades en busca del preciado aceite y salazón para los ejércitos. Todo ello hacía que la villa fuera un hormiguero de fardos, cordeles, matalotaje, salazón, carga y descarga de sal, aceite, pescado, cereales, lana y todo lo necesario en un puerto activo abierto a todas las rutas. En los astilleros se trabajaba sin descanso construyendo, reparando o calafateando los galeones.

Nos acercamos a la taberna-posada El Chipirón, la más famosa del puerto, rincón donde se oían las parlas más extrañas, se veían marinos de lejanos países, se escuchaban las historias más inauditas y no había noche que no terminara en manejo de puñales, reyerta de espadachines o estocadas de

borrachos y que no vinieran los corchetes del corregidor para llevarse a alguno a dormir al calabozo.

Era una taberna muy antigua. Siempre estaba llena de pilotos, balleneros, arponeros, tahúres, fulleros, bocazas, soñadores, corsarios y piratas encubiertos. Como no vimos a Rogelio, fuimos a la parte baja. Aquello parecía la bodega de un barco, tanto por los toneles como por la cordelería. En varias mesas estaban sentados los tipos más raros que jamás había visto, comiendo, bebiendo, dando bocanadas a una pipa india, jugando o dormitando. Llevaban gorros exóticos, pañuelos en la cabeza, anillos en las orejas imitando a los turcos, tatuajes y demás perifollos que los identificaban como habitantes de la mar. Además de los tipos humanos, nos llamó la atención el local. Las paredes de los dos lados estaban pintadas con ballenas, chalupas, arponeros y algunos mapas sencillos. En la pared del fondo se veían colmillos marinos y descomunales dientes de narval, de los que colgaban pellejos de vino, sartas de cebollas, ajos, pimientos secos, salazón y todos los derivados del cerdo. En un rincón, como presidiendo el local, se extendía la piel completamente blanca de un oso polar de gran tamaño. En la parte alta y clavados en las vigas no cabían más cornamentas de reno y otros astados de las que caían pescados secos y cecinas. En una esquina, un grupo canturreaba canciones marineras vascas. Entre ellos vimos a Rogelio, que en ese momento empinaba una bota de vino casi vacía. Sentado en una silla junto a un tonel, con un largo bocadillo de sardinas en conserva y con una jarra de chacolí en la mano, Anacleto charlaba con unos tipos extranjeros. Lo llamamos a un rincón.

—Anacleto, te queremos encomendar una misión difícil. Sólo tú puedes realizarla con tu cerebro distinguido —le dije.

—Hay ciertas tareas que sólo se encomiendan a los genios superiores, a las mentes privilegiadas... aunque si consiste en matar una gallina, no creo que se me vaya a secar el cerebro. Yo estoy hecho para más altos vuelos.

—Queremos que durante unas horas mantengas a Rogelio sin salir a la mar. No te decimos más, no te sugerimos cómo lo tienes que hacer, porque tú... —le dijo Moncho.

—Eso está hecho. Así da gusto, respetar y dejar trabajar libremente al cerebro del genio *anaclítico*, *anaquelético* o *anacletoniano*, según otros. Rogelio ya está camino de quedarse en tierra, que se ha metido una bota entera, y eso es mucho lastre para navegar. Dejadlo de mi cuenta. Éste ni camina ni navega en dos días. Hace un rato lo hubiera tenido difícil, porque es

de temperamento abroncado, pero ahora está destinado a agarrarse una cogorza indigna de nadie que no sea Anacleto, Anacleto el etílico.

—Esta vez te vamos a compensar mejor.

—Así lo espero, porque la otra vez fui yo quien os invité a gallina enjinetada, pero venid, que os quiero presentar a Garay, el famoso trotamares.

Nos quedamos sorprendidos y como no dando crédito a que estuviéramos contemplando ni más ni menos que al famoso pirata vasco.

—¡Cuéntales cosas de tierra de Indias, a ver si se deciden a largarse para allá! —le animó Anacleto.

El hombre se sintió halagado y durante largo rato, entre estirados tragos de sidra y chacolí, escuchamos ensimismados las aventuras del conocido pirata. Nos hizo soñar aventuras alocadas que él había vivido en el famoso nido de piratas que era la Isla de la Tortuga: navegar por el peligroso nacimiento del río Orinoco, presenciar las sanguinarias luchas con los bravos mapuches de Chile y sentirnos asfixiados cuando nos narraba con dramatismo cómo se le había muerto la mitad de la tripulación atravesando el desierto de Antofagasta en busca de las fuentes que manaban oro. «Si no hay presa, no hay paga», repitió dos veces.

Yo no hacía sino mirarle a los ojos. Eran unos ojos abiertos, soñadores, que habían cambiado el verde de nuestros prados y montañas por el azul infinito. Cuando nos miraba, sus ojos tenían algo que les hacía estar ausentes, como si siempre estuviera mirando más allá del más allá del horizonte. Hasta que terminó con un seco y sonoro: «Es que yo me ahogo cuando estoy en tierra firme».

Nos marchamos. Para prevenir cualquier incidente, nos acercamos a la barca de Rogelio y le dejamos el tapón de achique medio salido para que se fuera llenando de agua. Con la maroma amarrada al noray, sería fácil reflotarla del fondo de la dársena.

Cargamos varias cuerdas, dos faroles, unos trozos de velones y un misterioso tubo largo de cristal, en el que entraba perfectamente el puño cerrado, que trajo Moncho y no me quiso decir para qué servía.

—Es un tubo de cristal chino, muy resistente, que mi padre intercambié con un mercader de Constantinopla.

María Bernarda nos dijo adiós desde el mirador de su casa cuando nos vio partir. Era nuestro ángel de la guarda en la costa, nuestro mascarón de proa, ahora en popa, mirando al infinito.

La mar estaba serena en el ocaso. Pronto vendría la noche. Yo cogí el timón y Moncho extendió la vela manteniendo el cabo en la mano sin

anudarlo a la barca. La quilla se hendía ligera cortando apenas la cima de las ondas.

No hablamos. Contemplamos la isla, misteriosa, al frente; la costa, tupida de verde, a nuestra derecha; la mar, infinita, amable y temible, hacia el none. Y rodeando los cuatro puntos cardinales, mis sueños sobre mundos más allá de mis ojos.

Como teníamos todavía tiempo hasta que cayera la noche, bordeamos la isla por el oeste y la recorrimos por el norte hasta circunvalarla entera por el sureste. Tiramos cinco nasas con sus cebos para poder demostrar en cualquier momento que habíamos venido a mariscar.

Caía la noche de poniente cuando nos acercamos al lugar exacto de la otra vez. Calculamos dónde estaría la chimenea de bajada y el lugar de donde habían salido las luces. Con cierta dificultad, logramos poner pie en la isla y llevamos la barca tras unos peñascos, protegiéndola de las olas y de la vista de posibles curiosos.

Nos adentramos por una hendidura entre las rocas, caminamos por un pasadizo y llegamos a un lugar espacioso. Encendimos un farol. Trepamos apenas cuatro pasos y dimos con la chimenea por la que habíamos descendido. Moncho levantó la luz y ascendió un tramo.

—Esta isla está más agujereada que un panal de miel. Es por aquí por donde bajamos el otro día, no hay duda. Además, mira, están los restos de la pantalla del farol que rompiste con el culo.

Colgué el farol en un saliente y comenzamos a investigar con detalle. Era una oquedad grande dentro de la roca y muy bien resguardada del exterior. En el suelo había cinco agujeros que caían al agua. En el borde de cada uno sobresalía un grueso aro de madera de avellano del que colgaba una red circular, como si fuera un saco muy largo agujereado. ¿Qué habría dentro?

Moncho descolgó el farol y metió el fondo dentro del agua.

—Mantenlo así, voy a ver qué hay debajo.

Primero nos dimos el uno al otro una gruesa capa de sebo para poder aguantar mejor el frío del agua. Parecíamos dos ánimas. Cuando se vio completamente embadurnado, Moncho se deslizó con suavidad bajo las aguas llevando un cuchillo entre los dientes. Al momento vi su mano que, por debajo, tocaba el fondo del farol. Tardó un rato en salir.

—No te puedes ni imaginar lo que tiene Rogelio ahí abajo.

—¿Qué es?

—No te lo pienso decir. Vamos un momento a la barca a traer los demás trastos.

Cuando volvimos con los aparejos, Moncho se puso a trabajar en silencio. Taponó el fondo del tubo de cristal con un trozo de cuero, lo ató y untó con grasa. Luego introdujo un cabo de vela encendido. Me sorprendió el aparato aquel, era un tubo de cristal de cuatro palmos de largo, resplandeciente, con la luz en la parte baja.

Moncho se acercó al lugar donde habíamos colocado el farol. Lo retiró, y en su lugar fue introduciendo lentamente el tubo de cristal amarrado a un palo largo. Cuando faltaba una cuarta para que entrara el agua por la parte superior, sujetó la punta del palo con dos cuerdas, que ató a dos piedras. Las aguas se iluminaron debajo de nuestros ojos.

—Ahora te toca a ti ver los tesoros rogelianos. Pero ten cuidado con las lamias y los pulpos —me dijo entre serio y divertido.

Como no haciendo caso, pero tomando todas las precauciones, cogí un pequeño arpón. Respiré profundamente y me introduje bajo las aguas. El espectáculo era fantástico. En medio de la oscuridad aparecía aquel farol alargado iluminando el entorno. Era una cueva de grandes dimensiones, como la nave de una iglesia, cerrada por completo y con una boca arriba por donde entraba el agua. De cada uno de los agujeros del techo caía una red tupida. Dentro de cada una había gran cantidad de mariscos. No me costó identificarlos. En una había nécoras; en otra, changurros; en otra, langostas y bogavantes. Salí un momento a respirar y me introduje de nuevo. En una esquina había unos cestos muy grandes, cerrados, sujetos por una cuerda. Cogí uno de ellos y lo saqué a la superficie.

—¡Ilumíname, Moncho!

Acercó el farol. Abrí la tapa del cesto, hecho de madera de castaño trenzada. Dentro aparecieron a montones changurros pequeños. Era donde guardaba las crías. Me introduje de nuevo, lo dejé donde estaba y saqué otro. Lo abrimos y había decenas de nécoras madres a punto de desovar. Cerré con cuidado y lo deposité en su sitio. De nuevo me deslicé entre aquellas grandes mallas llenas de mariscos observando con detalle el ingenio de quien lo había hecho. Salí fuera.

—Ahora te toca a ti, que antes no has visto nada. Toma —y le di el arponcillo.

Desde arriba podía ver los movimientos que hacía Moncho. Salió varias veces a respirar y se zambulló de nuevo.

—¿Qué te ha parecido? —le pregunté.

—Lo tiene bien montado. Parece mentira. En la boca por donde entra el agua hay varias redes colgadas, tensadas con gruesos plomos, con lo que no

puede penetrar ningún pez grande. Es un criadero original, y todo a mano. No tiene más que tirar de la cuerda y pescar lo que quiera.

Estuvimos sentados largo rato contemplando embelesados lo que aparecía bajo nuestros ojos cada vez que cambiábamos de sitio el tubo iluminado.

—¿Y el tesoro? —se preguntó en voz alta—. No puede ser todo una casualidad. ¿Qué querría decir la carta que encontramos dentro del libro?

Hicimos una hoguera, nos quitamos la grasa, nos vestimos y nos dedicamos durante un rato, uno con el farol y otro con el invento del tubo, a reconocer todos los rincones de la cueva. No vimos nada especial, sólo, guardados en un rincón, unos ganchos, cestas con tapas, unas talegas, pinzas, reteles y cañas, un palo muy largo con un trozo de plomo en la punta y un sistema que hacía funcionar una pinza en el extremo. En un rincón se veían restos de ceniza, carbones y unos fardos de leña.

Dejamos todo como estaba. Recogimos nuestros bártulos y nos dirigimos a la barca. En ese momento, en medio de la paz de la noche, sonaron precisas las campanas del convento agrandándose en la soledad de las aguas. Eran las dos de la madrugada. La mar venía ligeramente rizada del noreste pero no había peligro. Sujetamos la vela, hundimos el timón y nos dirigimos al amarradero con buen viento.

Desembarcamos. Desde abajo, tras las celosías, vi luz en la habitación de María Bernarda. Tumbado en medio de los tres escalones finales que dan al embarcadero, cortando el paso, roncaba Anacleto con placidez al amor de las estrellas. Para despertarlo le presioné la nariz. Se sobresaltó y se espabiló.

—Aquí me tenéis, de perro cancerbero, de perro fiel y terrible. Como sé que os traéis algún asuntillo importante, digáis lo que digáis, he querido ser de fiar. A Rogelio lo acompañé a casa pasadas las doce. Iba hermoso de vino y le costó abrir la puerta. Me quedé vigilante recostado en la pared de su casa, y a los cinco minutos roncaba que tronaba el imperio. Pero nunca se sabe. Cuando la cogorza es de buena tinta, uno se espabila pronto. Pensé que tal vez se le pasaba la modorra y se iba a pescar, con lo que me parece, aunque yo no sé nada, pero me imagino, que os iba a aguar la fiesta. Si venía, me tenía que despertar para pasar por aquí para tomar su barca, y entonces tenía pensado decirle que había venido para avisarle de que su casa había comenzado a arder.

—Eres una imaginación mal empleada, un genio del espíritu en bruto sin cultivar. El día en que desarrolles tu inventiva, vas a ser más importante que el maestro al que dicen Virgilio —le dije.

—A ver cuándo me lo presentas. No entiendo nada de lo que dices y no sé cuánto vino bebe ese tal Virgilio ni dónde vive, pero es verdad —respondió muy serio—: ¡soy un genio!, como ese Virgilio amigo tuyo.

Volví la vista hacia la dársena. En ese momento, en la ventana de María Bernarda languidecía una luz. Entre los tres reflatamos la barca que habíamos hundido y le colocamos el tarugo en su sitio.

Atravesamos la plaza en la quietud de la noche. Un suave sirimiri difuminaba las luces que llegaban desde una antorcha resguardada bajo un tejadillo. Las cosas se percibían irisadas, con formas imprecisas. De algunos rincones parecía que iba a surgir un peligro desconocido. En una esquina, nos despedimos y fuimos cada uno por una calle. Al andar escuchaba el ruido de mis propios pasos. Hoy tenía prisa por llegar a casa.

VISITA AL CONVENTO

Íbamos cerrando el círculo. De nuevo analizamos todos los planos intentando buscar posibles explicaciones.

En uno de los viajes que hicimos al convento llevando víveres, decidimos hablar con el padre Zabala.

—¿Ya recogió los vasos sagrados que encerró en la cueva? —le preguntó Moncho a bocajarro.

—Por supuesto, al día siguiente. Los necesitábamos para los oficios religiosos. Si no te los ibas a aprovechar tú, que sabías dónde los había escondido.

—¿Y qué hay del otro tesoro?

—¿A qué te refieres?

—Al de los piratas. El plano que se llevó usted cuando asaltaron el convento —le soltó así, con firmeza.

—Tú sabes muchas cosas y te veo preocupado por los tesoros que citaron los piratas. En efecto, Moncho, existe ese tesoro. Y mucho más importante de lo que te imaginas. Vamos a mi habitación, os enseñaré el plano —y el padre Zabala se echó a reír.

Nuestras mentes comenzaron a soñar con fabulosas cantidades de oro y piedras preciosas mientras le seguíamos por unas escaleras estrechas hacia su celda. ¿Sería un fraile pirata? Su cuarto era austero, con una escueta cama, una rústica mesa, tres sillas, un crucifijo, un reclinatorio y una pared cubierta por una estantería llena de libros. Cogió uno muy grande y lo colocó sobre la mesa. Lo abrió con solemnidad y en medio apareció un trozo de cuero blanco con dibujos. Enseguida lo identificamos.

—¡Ése es! —le salió de manera espontánea a Moncho.

—Aquí tienes lo que tanto te preocupa: *The Tresor of thc Izato Island*. Es para ti, con todo lo que encierra. ¡Serás inmensamente rico, Moncho! ¡Es tuyo!

—¿De verdad? —le dijo Moncho con cara confusa y no dando crédito a lo que oía.

—De verdad, con todas sus incontables riquezas. Para ti.

—¿Seguro?

—Sí, pero no sueñes, Moncho, aunque es un tesoro mucho más grande de lo que puedas imaginar, es algo muy distinto a lo que tú piensas.

—Por favor, aclárese, que no entiendo nada, padre Juan, que se me va a descolgar la cabeza con tanto pensar.

Fray Juan de Zabala nos hizo sentar a ambos lados y colocó el plano sobre un atril. Con la punta de un cálamo comenzó a explicarnos el mapa.

—Para los ingleses este plano es un verdadero tesoro. Es un amplio estudio secreto de investigación de algo que sabemos todos los bermeanos.

—Perdone, padre, pero sigo sin entender nada, hable claro —insistió Moncho.

—Mira, Moncho, aquí están señaladas las rutas que desde hace decenios siguen los pescadores vascos para la caza de la ballena y el bacalao por Tierra Nueva o Terranova, Islandia, Labrador y Groenlandia. Eso es lo que los ingleses buscan, que, en efecto, es un tesoro, y muy valioso. Siento desilusionaros —nos dijo al ver nuestra cara de decepción—. Es un mapa hecho por investigadores de la marinería inglesa.

—¿Y cómo lo han podido hacer ellos? —le pregunté.

—Desde hace algunos años, varios arponeros vascos han servido en navíos balleneros ingleses, y muy bien pagados, contraviniendo la orden real que prohíbe comerciar con los ingleses y favorecerlos. De lo que dirían unos y otros, de los muchos barcos que nos han robado y de ver pasar cientos de nuestros galeones cargados con riquezas, han ido confeccionando este plano, que para ellos puede suponer cuantiosas ganancias. Amigos, los planos que hay en la Cofradía de Pescadores son mucho más exactos y mejores que éste, y para que lo sepáis, los conocen todos los pilotos y maestros de naos de nuestras costas.

—¿Y por qué se llama *Tesoro de la isla de Ízaro*?

—Porque las rutas que señala parten de esta isla, por señalar un sitio, como podrían haberlo hecho de cualquier pueblo de la costa como punto de referencia. ¡Ése es el verdadero tesoro!...

—¿Y los criaderos de marisco que tiene Rogelio en la punta sureste? —le preguntó Moncho.

—Veo que habéis investigado a fondo. Esos criaderos son del convento. Los hizo, hace ya muchos años, un fraile que vino de Italia, donde él los había

conocido. Ya el padre de Rogelio los explotaba. Al año nos da el diezmo de lo que recoge.

—¿Y por qué los explotaba el padre de Rogelio? —insistió Moncho.

—Según consta en los archivos del convento, porque su padre trajo en una ocasión unas hierbas medicinales que curaron a los frailes del convento de una grave enfermedad contagiosa. Es una donación de agradecimiento hasta la tercera generación. No es ningún misterio, parece mentira que no lo supieseis. Todos los hombres mayores del pueblo conocen su existencia. Pero todos lo respetan porque el criadero pertenece a la demarcación del convento. Es como si tienes un criadero de caracoles en tu huerta o las gallinas de tu gallinero.

—¡Tiene que haber un tesoro! —machacó Moncho—. ¿Y qué significa esa especie de caldero que se ve en el plano? ¿No es un cofre?

—Pero ¿es que no te das cuenta? Moncho, tú ves visiones. Primero, es el tesoro que descubre nuestros caladeros tradicionales de pesca, el más grande que puedas imaginar, más que las minas de oro, porque el oro no se come, y el bacalao es alimento para miles y miles de personas y de ejércitos enteros, porque es fácil de transportar y se puede conservar mucho tiempo. Y segundo, si te empeñas, pues también puede representar los criaderos que habéis visto. Es una reserva constante de marisco. ¿Satisfecho? Ese caldero que dices, creo que más que caldero es un tonel. Ese tonel es más valioso que el cofre de joyas que tú te empeñas en ver. Ese tonel puede significar el aceite que se saca de la ballena o la cuba donde se trae el arenque y el bacalao. Ése es el tesoro.

—¿Y lo que venían buscando los piratas? —repetía una y otra vez Moncho con los ojos chispeantes.

—¡Pero qué cabezón eres! Los piratas fueron tan inocentes y crédulos en su interpretación como vosotros. Se ve que no eran pescadores sino soñadores de aventuras. Buscaban un tesoro de monedas, de piedras preciosas. Éste es otro tesoro, y es nuestro. Lo siento.

—No sé —replicó Moncho rascándose la cabeza con insistencia, pero su cara decía que no, que en algún rincón cercano encontraría un tesoro.

Volvimos al pueblo. Por la tarde fui a casa del señor Braulio a devolverle el libro que me había dejado. Estuvimos largo rato hablando los dos solos. Daba gusto escucharle. Su esposa, la señora Brígida, me regaló tres manzanas y un puñado de avellanas.

—Mañana va a zarpar el pirata inglés —le dije.

—Me parece muy bien. En primer lugar, el haberle ahorcado no hubiera solucionado nada, no habría devuelto la vida a los frailes ni habría restaurado la ermita de Gaztelugache. Además, él no tenía responsabilidad alguna, era un mandado. Vengarse con él hubiera sido cobardía.

—Mucha gente opina que habría que haberle colgado.

—¿Y qué? La sed de venganza es comprensible, pero llevarla a cabo no sirve de nada. A medida que cumples años, te haces más tolerante. Y la masa de gente no siempre tiene razón, la masa arremete antes de pensar.

—Dicen que el Santo Oficio puede tomar represalias por haberlo dejado marchar.

Noté que le cambió la cara, se le puso un gesto extraño de retraimiento.

—El Santo Oficio, sería mejor que se preocupara de ser *santo*... y que no vengan a jodernos. Somos adultos para decidir lo que queremos y tenemos que pensar, sin tener que ir consultando lo que dicen las sotanas. El poder civil debe tener autoridad independiente. Gracias a ese joven, se va a poder restaurar la ermita.

—Como le oigan hablar así, lo va a pasar mal.

—Joaquín, tengo esa suerte, que no están aquí —me miró intensamente—, por eso digo lo que me da la gana, que demasiadas veces tenemos que callar en público.

Cuando le devolví el libro que me había prestado, me preguntó mi opinión. Lo guardó en un arcón y sacó otro, que puso en mis manos.

—Éste es muy importante. Lo he traído yo mismo de Amberes. Está recién traducido al castellano. Es el *Elogio de la locura*, de Erasmo de Rotterdam. Es una divertida sátira contra la Iglesia y la sociedad. Si te cogen con él, te pueden meter en prisión y hacerte un interrogatorio en el potro, porque dicen que es un libro peligroso. Pero nada de eso, es todo lo contrario. No bromeo. Si te lo pillan, recuérdalo bien, tú di que lo encontraste en un baúl de los piratas. Si dijeras que yo te lo presté, lo negaré, diré que no conozco ese libro. Nadie debe saber que lo posees por unos días ni que lo lees —y su rostro adquirió una gravedad que casi me dio miedo—. Nadie, ni siquiera tu pariente más próximo. Si lo prefieres, no te lo dejo.

—¿Tan peligroso es?

—Es peligroso porque ayuda a pensar con libertad; eso asusta a los poderosos. He visto ajusticiar a más de uno por haber leído ese libro. Ten cuidado, pero que en tu mente no mande nadie. Tú serás libre de pensar lo que quieras. Te insisto, si no quieres, no te lo llesves.

Cuando volvía para casa con el libro metido debajo de la camisa, me dio la impresión de que me quemaba.

VISITA DEL SANTO OFICIO

Unos golpes repetidos en el portón me sacaron del ligero sueño mañanero. Por el ventanillo entraba un ligero resplandor. Me levanté a abrir. Ante mí apareció Moncho, con la cara contrariada.

—¿Qué pasa?

—Anacleto ha venido a decirnos que los de la Inquisición han ido en visita *de inspección* a casa del tío Braulio. ¿Se lo llevarán?

—¡Y lo acusarán! ¡Desgraciados! Es la mano de la Corona de Castilla vestida de sotana.

—¿Qué podemos hacer? —me preguntó.

—¿Sabe Anacleto o alguien que has venido a mi casa?

—No. ¿Y qué hacemos? —insistió.

Para cuando quise darle la respuesta, ya estábamos corriendo hacia la casa. Dimos un rodeo y nos parapetamos tras unos arbustos en un huerto vecino. Ante la puerta del caserío de Braulio estaban apostados cuatro soldados. En el pecho llevaban los escudos del Santo Oficio, la temida Inquisición.

—¿De qué le acusarán? —me preguntó Moncho, con el miedo pintado en el rostro.

—De hechicería, no. El señor Braulio es un hombre serio, no es un ignorante que va a consultar a las brujas. Seguro que lo acusan de luteranismo y herejías, que a nuestro rey Felipe le preocupa mucho todo eso. Desde hace años vigilan el puerto para que no entren del extranjero libros considerados heréticos. Todo lo que suene a luteranismo y protestantismo les huele a chamusquina.

Tardaban en salir. Seguro que estaban haciendo inspección por toda la casa. Entonces me acordé del libro que me había dejado, luego yo también corría peligro si le hacían cantar.

—Quédate vigilando, vengo enseguida.

Volví a mi casa. Con una pala larga cavé un pequeño hoyo en el huerto. Entré en mi habitación, cogí el libro, lo rodeé con unos trapos y lo envolví todo con una vieja piel de cabra. Lo metí en el fondo del hoyo, lo tapé, lo disimulé y esparcí por encima un poco de hierba y estiércol.

Cuando volví al parapeto, en ese momento sacaban a Braulio de su casa en medio de dos alguaciles. Iba como encorvado, parecía que se había encogido. Salimos y fuimos corriendo hasta colocarnos detrás de una tapia desde donde asomamos las cabezas. Al pasar delante de nosotros, el señor Braulio me vio y me hizo un gesto de odio y venganza sin decir una palabra. No sé qué sentí dentro, que me caí en redondo y me quedé sentado en el suelo. ¡El señor Braulio me acusaba a mí!

—¿Qué te pasa?

—Nada, que no me encuentro bien. Tú síguelos de lejos, que tengo algo que hacer.

Cuando todos se hubieron alejado, volví y entré en su casa. La señora Brígida estaba llorando en un rincón de la cocina.

—Señora Brígida, su marido me ha visto al salir y me ha lanzado una mirada acusadora, como si yo lo hubiera delatado ante la Inquisición. Y no es verdad, señora.

Era una mujer delgada y huesuda muy castigada por los años. Toda vestida de negro y con un pañuelo cubriéndole la cabeza que la hacía más anciana. En aquel momento no podía ni hablar, parecía que la habían atravesado con una espada. Su cara expresaba toda la angustia e impotencia.

—¿Te había dejado algún libro? —me preguntó.

—Hace unos días me dejó uno, y ahora tengo otro que me prestó ayer. Pero se lo juro por mi difunto padre que yo no he dicho una palabra, que nadie lo sabe.

—¿Lo juras?

—Sí, señora, que me muera ahora mismo si digo mentira.

—Te lo agradezco. Como los inspectores son castellanos y no entienden el vascuence, al marchar me ha dicho por lo bajo: «El hijo del difunto Albóniga».

—Ése soy yo, señora Brígida, pero de mi boca no ha salido una palabra. ¡Créame, por favor! Otro habrá sido el dedo acusador.

—Seguramente alguien os oyó hablar ayer, que mi marido es, a veces, poco prudente en lo que dice. Las manos largas de la Inquisición están por todos los rincones. Sabe Dios lo que harán con él... puede que lo ajusticien en

el potro o lo quemen vivo en Bilbao, como han hecho con otros. ¡Santo Dios, ayúdanos!

—Señora, yo haré lo que pueda.

Cuando bajé a la plaza, salía la comitiva. Los soldados tiraron unos disparos al aire para amedrentar a los que se habían acercado insultándolos y tirándoles piedras. En un carro tirado por cuatro mulas, enrejado como un prisionero, se llevaban al señor Braulio. Restallaron los látigos y el carruaje comenzó a alejarse de la plaza. Delante, en el pescante, iban los dos alguaciles; a cada lado, dos soldados a caballo. Me dio asco y vergüenza ver a un hombre como aquél, un hombre que había luchado por mil tormentas y batallas, que había manejado él solo el barco ante un motín, un hombre bravo y bragado, que ahora sufría la humillación de verse preso como si fuera un malhechor... por pensar libremente. Me senté en un rincón y lloré de rabia e impotencia pensando que aquel buen hombre, que me había dado toda su confianza, creía que yo lo había traicionado y acusado.

Me despedí de Moncho y volví corriendo a la casa de la señora Brígida. Mi cabeza era un hervidero tejiendo una idea tras otra.

—Se lo llevan, pero confíe en mí... que para llegar a Bilbao tienen que pasar por Munguía. No puedo permitir que el señor Braulio piense que he sido yo su delator.

La mujer no decía nada, su cara era de angustia y miedo. Le dije que me dejara el caballo del señor Braulio, que era uno de los pocos en el pueblo que disponía de tan valioso animal. Le pedí dos mantas grandes de color pardo y, sin montar, me dirigí a mi casa. En silencio fui donde tenía escondidas las monedas de los piratas y cogí dos de oro y unos ducados.

Rápidamente cabalgué hacia la atalaya y salí, espoleando el caballo, por el camino de Munguía. Después de media hora llegué a un pequeño montículo, até el animal y me situé en un lugar estratégico. De Bermeo a Munguía había cuatro leguas y media de posta. Necesariamente se tenían que quedar a comer en la posada de Elordui, a una legua escasa de Munguía y donde paraban todas las reatas y caravanas a comer a mediodía.

Cuando vi que la comitiva de la Inquisición salía por la parte alta del pueblo, monté de nuevo y no paré de galopar hasta llegar a la cueva de la Ponda, la bruja de Sollube, a pesar de lo empinadas que eran las cuestas.

Como sabía de su antipatía hacia el Santo Oficio, le expliqué con claridad lo que había sucedido y al final le dije:

—Deme una sustancia que pueda dormir a esos seis ballenatos durante más de seis horas, pero sin matarlos.

—Con lo que te voy a dar irán muy felices por unas horas.

Sacó unos hongos secos y unas hierbas también secas. Metió todo en un mortero y lo maceró. Luego lo cribó con un paño de seda. El resultado fue un polvo que parecía harina, que metió en una bolsita.

—Tenlo durante diez minutos en agua tibia y luego retira la bolsa. Que lo mezclen con sopa. Con esta cantidad pueden dormir seis personas, y con esta otra bolsita puedes dormir dos o tres caballos. Pero recuerda que yo no te lo he dado.

Pagué con largueza a la bruja y de nuevo cabalgué ligero. Cuando llegué a un tiro de piedra del mesón, até el caballo entre unos árboles y lo cubrí con una manta. Encima de ella coloqué unas cuantas ramas para que no sobresaliera del entorno.

Me dirigí a la posada, tomé asiento en una esquina del comedor desde la que se veía parte de la cocina y pedí el almuerzo. Me lo sirvió un hombre flaco, con manos de sarmientos y con unos ojos azules tan hundidos que había que escalar para encontrárselos. Me hice el simpático, le pagué bien y le invité a sentarse junto a mí un momento diciéndole que le invitaba a un trago de chacolí. En la conversación indagué cuántos eran en la cocina, quién servía, quién cocinaba, todo. Al final le enseñé una moneda de oro y llegamos a un trato. Él se encargaría de echar el producto en una jarra de agua y luego de mezclarla con la mejor sopa del mundo para los seis señores que vendrían dentro de un rato. Yo estaría comiendo en un rincón alejado, y cuando entraran, le haría una señal confirmando el grupo que era. Cuando viera que comenzaban a adormilarse, me marcharía dejando debajo de mi plato la moneda de oro.

Quedaba un rato. Me fui a pasear y salí hasta divisar más de una legua de camino. Me calé la gorra hasta las cejas, me dirigí a una ferrería y compré un pequeño tronzador, que envolví en una manta y escondí entre unas hierbas al lado de donde estaba el caballo.

Cuando los vi acercarse, se me aceleró el pulso. Dentro de una carreta, enrejado como una fiera, iba sentado el señor Braulio. Yo hice como que no miraba, pero cuando pasó a mi lado, tosí para llamar su atención. El hombre se extrañó al verme, pero se tranquilizó cuando le hice un guiño cómplice. Su ligera sonrisa me serenó.

Con toda tranquilidad, me dirigí al comedor de la posada, me senté en una esquina alejada y pedí la comida. Desde mi rincón pude ver cómo ellos también se sentaban, pedían la comida, se les servía la sopa... y cómo, a los postres, los seis carceleros caían dormidos apoyados en la mesa. El mozo vino

a dejarme una jarra con agua en la esquina de mi mesa. Oculté la moneda en el sitio convenido y tapé la jarra disimuladamente con una manta. Antes de salir, me acerqué a uno de ellos, le quité la espada y la dejé en medio de la mesa. Así comprenderían que el que los había dormido no había querido matarlos. Salí rápido y me dirigí al establo, eché los polvos de la segunda bolsa en una jarra, revolví, vertí el líquido en el pilón y solté las cuatro mulas para que bebieran. Aquellas mulas iban a soñar con *Babioca*, *Rocinante*, *Bucéfalo* y las burras de Cleopatra.

Cogí la sierra y me dirigí a la carroza-prisión. Sin decir una palabra, le di un extremo al señor Braulio y comenzamos a serrar. La madera era dura, pero nuestra fuerza y tesón eran capaces de partir una barra de hierro. Al serrar por dos sitios, fue fácil doblar los barrotes. Al salir fuera, me dio un abrazo. Él se montó en su caballo, yo cogí uno de los soldados y me llevé otro en reata. Salimos a todo galope por el camino de vuelta. Después de un rato, cabalgamos al paso. Dejé atado dentro de un bosque un caballo de los inquisidores y continuamos. Entonces le expliqué con todo detalle lo que había hecho.

—Pensé que habías sido tú el que me había denunciado, ya que hacía tiempo que no había dejado libros a nadie de Bermeo. Ya habían venido otras veces alguaciles, pesquisadores y sabuesos de la Inquisición, pero nunca habían encontrado nada. Esta vez me había descuidado, creía que ya no vendrían. ¿Quién habrá sido?

—¿Le han encontrado libros prohibidos?

—Sí, cinco que tenía dentro de un baúl, traídos de Amberes. Y esta vez me puede costar caro, no sólo unos tormentos, que ya he visto arder a más de uno por tener ideas propias. Así es que tengo que obrar con rapidez. Si castigan por tener un libro, ya te puedes imaginar lo que me puede caer por importarlos.

Los caballos no pararon de galopar por llanos y cuevas hasta que llegamos a las afueras de Bermeo y nos introdujimos entre unas tapias. Descabalgamos y nos refugiamos con las bestias tras unos avellanos. El señor Braulio tenía los ojos serenos y decididos.

—Como les llevamos ventaja, haremos lo siguiente: yo me resguardaré aquí hasta que llegue la noche, así no me verá nadie; tú, mientras tanto, dejarás aquí el caballo de los inquisidores, saldrás, darás un rodeo y después irás a casa del capitán Crisóstomo Azcúnaga, que me dijo que iba a salir a la pesca. Dile que venga inmediatamente, pero con disimulo, como quien viene dando un paseo. Yo saldré de aquí en cuanto oscurezca.

—¿Se irá muy lejos?

—Sí, durante un tiempo, hasta que a nuestro rey se le pasen los ideales de cruzada religiosa y pueda volver. Ya te escribiré. Ahora dame un abrazo, y adiós.

—¿Y qué va hacer usted por ahí lejos de nosotros?

—No lo sé con precisión. Es muy duro, pero no es algo terrible. Si lo piensas bien, no elegimos el lugar donde nacemos, pero sí podemos elegir el lugar donde vivir y con quién. Y de momento, una tierra donde no pueda vivir y pensar en paz y libertad, no merece la pena que sea mi patria. Volveré, pero de momento quiero buscar un lugar donde me dejen pensar libremente. El mundo es muy grande, y con sitios mucho mejores, como para condenarnos a permanecer en un trocito de terreno si éste no nos gusta... o no nos quieren en él. La vida es corta, y si en ningún país me siento a gusto, está la mar sin fronteras, ni patrias, ni banderas, ni credenciales, ni bulas, ni ejércitos; allí donde mi pensamiento pueda hacer libre la singladura, ésa será mi única patria. Y mi casa un galeón. ¡Pero libre!

—Va a ser muy duro para usted. ¿No tiene miedo?

—Sí, pero cuando tienes decidido y claro el camino, es distinto. Si el horizonte se cierra con nubarrones, lo que hay que hacer es agarrar fuerte el timón y enfilar de frente. El horizonte siempre se abre, hay que superar las barreras. A veces, cuanto más se cierra, más seguridad tengo en el caminar. Volveré cuando deje de haber galernas en esta tierra, cuando no haya temporales ideológicos, cuando cada uno pueda pensar lo que quiera de acuerdo a sus convicciones.

—Pero ¿por qué tiene que marcharse usted?

—Tiene gracia, luché contra los turcos a las órdenes del Rey, porque nos querían invadir e imponernos su religión. Y ahora me tengo que marchar de mi tierra porque mi Rey y la Inquisición no me dejan, no digo ya actuar, es que no me dejan ni pensar como yo quiera. Podrán mandar en mi comportamiento, pero antes morir que inclinar la cabeza de mi pensar, que claudicar. Ya basta, vete, que hay que preparar todo.

Después de hacer el encargo que me había mandado, estuve trabajando en la huerta, para que se me viera, para que la gente pudiera decir que me había visto faenar. Era una forma de cubrirme las espaldas.

Pero no podía estar allí, tenía que saber cómo iban las cosas. Salí del pueblo, me fui a la iglesia de la Atalaya, subí al campanario y desde allí pude vigilar a placer el camino de Munguía. Tres reatas, cada una con cinco mulas

castellanas, salían cargadas con barriles de salazón y aceite de ballena camino de Castilla. A lo lejos, en el horizonte, surcaban varias velas.

Hasta que, lánguidamente, fue muriendo la tarde. Y entonces, desde la torre, vi cómo Crisóstomo Azcúnaga salía como si fuera dando un paseo. Cuando llegó a los avellanos, se dio la vuelta, miró a su alrededor y, con toda naturalidad, se introdujo entre los árboles. Por el camino de Munguía no venía nadie y no pasó nada hasta que se fue la luz. Bajé y me encaminé al mismo sitio en el que me había escondido para ver cómo sacaban de su casa al señor Braulio. Como sabía que tendría que esperar un rato, pasé por casa y me llevé una diminuta banqueta que empleábamos para ordeñar las vacas y, debajo de la camisa, una daga enfundada.

Las horas se me hacían eternas. Ya había pasado la medianoche cuando vi que salía una sombra. Fue acercándose poco a poco hasta que por fin pude distinguirlo. Lucía un sombrero de ala muy ancha tocado con una pluma, capa al hombro, chaqueta de cuero sin mangas, no llevaba gorguera y el jubón corto dejaba al descubierto unas elegantes botas. Cuando pasó por delante, no me pude contener y le dije muy bajo:

—Buen viaje, señor Braulio. No deje de escribirme.

—Adiós, Joaquín, muchas gracias por lo que has hecho, y guarda bien lo que te di. Si algún día dejan de vigilar y vuelve la libertad de pensamiento, en la cuadra de mi casa hay una pared pintada de azul que es hueca. Dentro tengo guardados cerca de cincuenta libros prohibidos. Puedes hacer de ellos el uso que quieras. Pero ten cuidado, que las sotanas están hechas de tela muy fuerte.

Lo vi marchar calle abajo. Entonces salí de mi escondite y fui siguiéndolo amparándome en esquinas y sombras. Era como caminar por un tubo negro. De repente, al doblar una esquina, surgió un corchete de ronda levantando el farol delante de su cara:

—¡Alto! ¿Quién va? —gritó.

El señor Braulio bajó el ala del sombrero hasta la nariz; no se decidía a responder.

—¡La justicia! ¿Quién va? —gritó de nuevo el corchete desenvainando la espada.

Inmediatamente el señor Braulio bajó la cabeza, sacó la daga bajo la capa..., pero no hizo falta. Me había dado tiempo a situarme detrás y darle al corchete un banquetazo en la nuca con todas mis fuerzas. Di un salto y me camuflé entre las sombras.

—Gracias, Joaquín, otra vez —me habló sin verme, y continuó con paso acelerado.

Pero de nuevo se tuvo que detener porque al doblar la esquina apareció otra luz. Era el segundo corchete haciendo la ronda, que se puso nervioso al no ver delante el farol de su compañero. Yo me parapeté en la oscuridad.

—¿Quién va? —preguntó a la vez que desenvainaba la espada.

Para cuando el agente de la justicia quiso actuar, un puñal salido de la negrura de la noche se le había clavado en medio del pecho. Al caer, el farol que llevaba en la mano se rompió y se apagó. De nuevo la oscuridad total. Yo creí que el puñal lo había lanzado el señor Braulio, pero me sorprendió cuando me habló bajo:

—¿Has sido tú, Joaquín?

Iba a responder, pero no dije nada y me mantuve en el rincón sin salir porque oí a mi derecha una voz sin rostro.

—He sido yo, Braulio, vamos de prisa —resonó una voz ronca como si saliera del fondo negro de la negra noche.

Me metí más al fondo del rincón oscuro hasta quedar planchado en la pared, y desde allí, sin ver nada, pude distinguir la voz de Crisóstomo Azcúnaga:

—Cuando he visto desde el barco los faroles de los dos corchetes subiendo para tu casa, me he temido lo peor. Vamos, tu mujer nos espera a bordo. No hay tiempo que perder, zarparemos sin esperar la próxima marea. Así nadie sabrá que has salido en mi barco. No dejamos ninguna pista.

Desde lejos pude ver cómo se acercaban los dos al embarcadero. No había ningún farol sobre cubierta, pero no me costó distinguir que era el galeón de Crisóstomo Azcúnaga. Parapetado tras una pequeña pared, esperé un momento mientras hacían en silencio la maniobra para zarpar. Respiré tranquilo cuando vi que, finalmente, el bauprés enfilaba fuera de la bocana del puerto. En ese momento, ya en mar abierta, izaron y desplegaron a placer las velas de los tres mástiles rumbo a la mar oceánica, con sus rutas sin fin. ¡Buena singladura, señor Braulio!

Comencé a caminar en silencio perdido en las nubes de mis pensamientos. Me calé la gorra, me subí el cuello de la chaquetilla y di un pequeño rodeo por las afueras para que nadie me viera por la calle. Pensé que tomando todas estas precauciones nadie sabría nada de la intervención que yo había tenido en todo aquello. Por si acaso, no lo contaría a nadie, ni siquiera a mi madre, ni a Moncho o a María Bernarda. Nunca se sabe lo que puede pasar, a veces hasta las paredes tienen oídos... y en boca cerrada no entran moscas. Si nadie lo

sabía, nadie podía acusarme. El mejor secreto que se guarda es el que no se comparte con otras personas.

Y creo que entonces no me di cuenta de que, de repente, me había hecho demasiado adulto. A partir de ese momento, tendría que pensar lo que decía y hacía.

LA LÁMPARA MARINA

Durante una semana la mar estuvo brava, intratable. Hubo tormenta seguida de una espantosa galerna que duró tres días. Destrozó algunos barcos de la dársena y otros se vieron a unas millas bandeando el temporal como podían, sin poder acercarse. Los familiares de los pescadores no dejaron de otear desde la atalaya, con el alma suspensa, imaginando lo peor. Dos barcos naufragaron a la vista de todos, y sin que nadie pudiera hacer nada por ayudarles. Los taludes de Ízaro se veían intermitentemente bañados con la blancura de las olas, que se rompían una y otra vez en altivas chimeneas de espuma.

Había pasado más de una semana sin que nos hubiéramos visto cuando Moncho vino de mañana a buscarme a casa. Tenía bolsas en los ojos como de haber dormido mal y la mirada muy concentrada.

—¿Qué te pasa?

—Anoche me acosté dándole vueltas a todo lo ocurrido. Y tuve un sueño, un sueño en el que lo he visto todo con exactitud. No era soñar, sino que estaba medio dormido y medio despierto, en ese momento en que te vienen las ideas claras, sí, eso, una idea clara. Si me dormía, se me olvidaba lo que estaba analizando en ese momento. Así que me levanté para que no se me fueran las ideas. Y comencé a hacer dibujos. Ahora vamos a mi casa, que quiero enseñarte una cosa que he inventado.

Me llamó la atención que no se rio para nada. Parecía que se había hecho mayor.

Casi no lo podía seguir. Entramos en su casa y nos dirigimos a la cuadra, donde tiempo atrás habían tenido bueyes. Había una gran pila donde abrevaban los animales. De una estantería que había encima, Moncho cogió el tubo de cristal que yo ya conocía. Lo había taponado por ambos lados, puesto en horizontal y llenado de aceite hasta la mitad. En medio se veían tres

círculos de chapa de hierro muy delgada sobre tablillas del mismo tamaño. En medio de cada chapita salía un pabilo de algodón a modo de lamparilla.

—¿Cómo has metido las piezas dentro?

—He colocado las tres tablitas en el fondo, he taponado luego las bocas y por el agujero del tapón he ido echando el aceite hasta llenarlo por la mitad.

Con una pinza, fue elevando cada chapita cogiéndola de un reborde que formaba el trocito que había levantado para hacer el orificio central. Fuera salía el pabilo. Moncho lo encendió con una mecha alargada y lo bajó al nivel de flotación. Lo mismo hizo con las otras dos. Taponó con una cánula el orificio del corcho. Alrededor vertió sebo derretido. En la punta de la caña que atravesaba el corcho embutió el extremo de un intestino, que ató con una cuerda de rafia. El otro extremo del intestino lo enchufó a un fuelle. Para que el tubo no diera vueltas y descendiera mejor, tenía tres cuerdas alrededor, y de cada una colgaba una piedra.

Lo mantuvo un momento en la mano. Al poco rato, las pequeñas llamas comenzaron a disminuir y a parpadear. Entonces accionó el fuelle con suavidad, y las llamas renacieron.

Me dio el fuelle para que lo accionara cuando él me dijera. Cerró todas las ventanas de la cuadra. Todo estaba oscuro. Con cuidado, fue bajando el tubo manteniéndolo en posición horizontal. Se veía todo el interior del pilón. Lo descendió hasta la mitad y comenzó a recoger clavos, unas monedas, una llave, varias caracolas que estaban desperdigadas por el fondo. Todo lo que había echado previamente. De vez en cuando me hacía una señal para que accionara el fuelle. Tiró todo de nuevo dentro de la pila y sacó el tubo luciente.

—Te toca a ti —me dijo.

Cogí el tubo en mis manos y comencé a bajarlo. Acerqué los ojos hasta la superficie del agua. Se veía todo perfectamente. Cuando vi que parpadeaban las llamas, le hice una señal y Moncho las avivó. Yo también fui recogiendo los objetos que había en el fondo.

—Con esto, la cueva no tendrá ningún misterio —me anunció muy serio.

—Pero si no hay nada. El padre Zabala nos dijo que era un criadero, tal como lo vimos.

—Sí... puede ser verdad. Pero también he tenido otro sueño.

—¿Cuál?

—Te lo diré un poco más tarde.

Por medio de Anacleto y sus conversaciones en el bar, Moncho se enteró de que Rogelio no sabía nadar y que nunca se había metido en la caverna que

había bajo sus pies. Todas las operaciones las hacía desde arriba con sogas y enganches. Además, la caverna era muy oscura ya que únicamente penetraba un poco de luz por la boca por la que entraba el agua.

Después de mucho observarlo, nos dimos cuenta de que Rogelio iba a la cueva los lunes y los jueves al anochecer. Siempre con una talega blanca, que iba vacía y volvía llena. A veces llevaba hasta tres talegas.

Desde lejos vimos que iba hacia el embarcadero. Nos adelantamos y nos hicimos los encontradizos. Nos saludó con simpatía al reconocernos y recordar que una mañana lo habíamos traído a tierra. Moncho no se lo pensó más.

—Señor Rogelio, estoy discutiendo con mi amigo Joaquín un problema que tengo. Veamos, si yo descubro mañana en su jardín un cofre lleno de monedas, ¿cuánto me daría?

—La mitad —respondió Rogelio con cara sonriente—, puesto que yo ignoraba la existencia de ese tesoro en mi propiedad.

—Y si un barco de un rico mercader cae al mar con un tesoro, y voy yo y me meto a las profundidades y lo saco, ¿cuánto me tendría que dar el dueño?

—Yo creo que, puesto que estaba perdido, ese rico mercader debería darte la mitad. Yo así lo haría.

—¿Y si me encuentro en un camino una bolsa con muchos maravedíes y yo investigo y encuentro al dueño y se la devuelvo?

—Si ese dinero estaba perdido, te lo podrías haber quedado. Si se lo devuelves a su dueño, éste debería darte la mitad. Así lo haría yo.

—Me parece que es usted demasiado bueno. La gente es más tacaña.

—Quien pierde algo debe ser generoso con quien lo encuentra y se lo devuelve. La avaricia rompe el saco. Y sabes, «a caballo regalado no le mires el diente», o como dice otro refrán, «hombre avariento, por uno pierde ciento».

Y nos quedamos sentados en el embarcadero viendo cómo se alejaba hacia la isla.

Yo no sabía lo que se traía Moncho entre manos, pero lo veía raro, llevaba todo el día como ausente. Comenzó a silbar y no paró hasta que María Bernarda se asomó a la ventana.

—Bernardilla, baja, mocilla, que te quiero contar un cuento junto a la mejilla.

Y le hizo señas para que viniera.

Como estábamos frente a su casa, no dudó en bajar.

—¿Te vienes mañana a pescar chipirones? He descubierto un rincón magnífico. Y también hay conchas marinas, caracolas exóticas, caballos voladores, príncipes de ojos como los míos y tesoros sin cuento. La verdad es que vamos a ir al convento a llevar víveres, ¿vienes? —le dijo Moncho.

—Estás un poco loco, pero no me importará ir un rato con vosotros a pescar. Tengo que pedir permiso a mis padres. Les diré que me lleváis al convento.

—Sí, como irás acompañada de estos dos príncipes, seguro que te dejarán. No tardaremos mucho en volver. El tiempo que estaremos es suficiente para venderte a un príncipe turco. O para dejarte de monja con los frailes.

—¿Vendrás? —le dije mirándole a los ojos.

Ella entró en la casa. Estuvimos un momento esperando hasta que se asomó a la ventana.

—Me han dicho mis padres que sí. Hasta mañana a las nueve.

Y cerró inmediatamente.

Nos quedamos un momento en silencio. Yo sabía que Moncho se traía algo entre manos, pero no quise forzarlo a hablar.

Cuando nos íbamos a despedir, me dijo:

—Hasta mañana al tercer toque de misa. Llevaremos mi barca con algunas cosas que pondrá mi madre para el convento. Luego nos dirigiremos a la cueva de Rogelio.

—Hasta mañana.

LA RECOMPENSA

Llegué al puerto antes de la hora concertada, cuando daban el segundo toque para la misa. Vi venir a Moncho con un carretón lleno de cosas. Llamaba la atención un canasto grande y alargado hecho de mimbre, cerrado y amarrado con una cuerda. Cargamos todo en la barca. Él hablaba menos que otras veces. Se le veía en los ojos como una fijación.

María Bernarda se sentó delante, en la proa, y salimos, no sin antes escuchar las mil recomendaciones que nos dieron sus padres.

—Toma mi gorra, para que parezcas una almiranta —y Moncho se la colocó a María Bernarda a la usanza marinera.

La mañana se presentaba resplandeciente y serena. Las aguas tenían hoy el verde esmeralda inconfundible del Cantábrico. No había ni una cabrilla sobre las olas que molestara la travesía. La brisa abombaba la vela impulsando suavemente la barca con un balanceo cadencioso. Pero yo no hacía sino mirar a María Bernarda, el mascarón de proa del que estaba enamorado. Su melena se esparcía al viento. Sentí ganas de acercarme a ella y abrazarla, besarla. Pero...

Pusimos pie en el islote, dejamos en la barca el canasto alargado, y entre los tres subimos en un solo viaje todo lo que nos había dado la madre de Moncho. Al padre Zabala se le alegró el ojo al ver a tan gentil mandadera y nos invitó a desayunar. Moncho se disculpó diciendo que hoy no podía estar mucho tiempo, y el padre Zabala nos acompañó hasta la puerta.

—¡Adiós, pirata! —le gritó alegremente el padre guardián.

Moncho se lanzó escaleras abajo saltando de dos en dos. Bernarda y yo descendíamos despacio dando largos pasos al mismo ritmo. Como sin querer, pero queriendo, la cogí del brazo para ayudarla en los saltos de los escalones. Luego le tomé la mano. ¡Y no la separó! Cuando llegamos abajo, Moncho ya estaba maniobrando.

—¡A la pesca del chipirón! —gritó desde popa en cuanto pusimos un pie en la barca—. ¡Al abordaje del chipirón gigante!

Nos sentamos en proa, mi brazo rozaba el suyo. Moncho, detrás, maniobraba haciendo diabluras. La mar me pareció más hermosa que nunca. Viró con rapidez, con la ruta bien aprendida. En el recorrido no hablamos casi nada, pero yo sentía que Moncho apretaba con fuerza el timón. De repente, hizo una maniobra brusca que a punto estuvo de tirarnos al agua y tuve que agarrar con fuerza a Bernarda por la cintura para que no se cayera. Miré para atrás y Moncho me hizo un guiño desde el timón. Y no solté la mano de la cintura de Bernarda. A través de mi mano palpaba todo su cuerpo...

Al poner de nuevo los pies en la isla, Moncho sacó el canasto con especial cuidado mientras yo me dedicaba a dejar la barca a buen recaudo y lo más disimulada posible para que no se viera desde la costa.

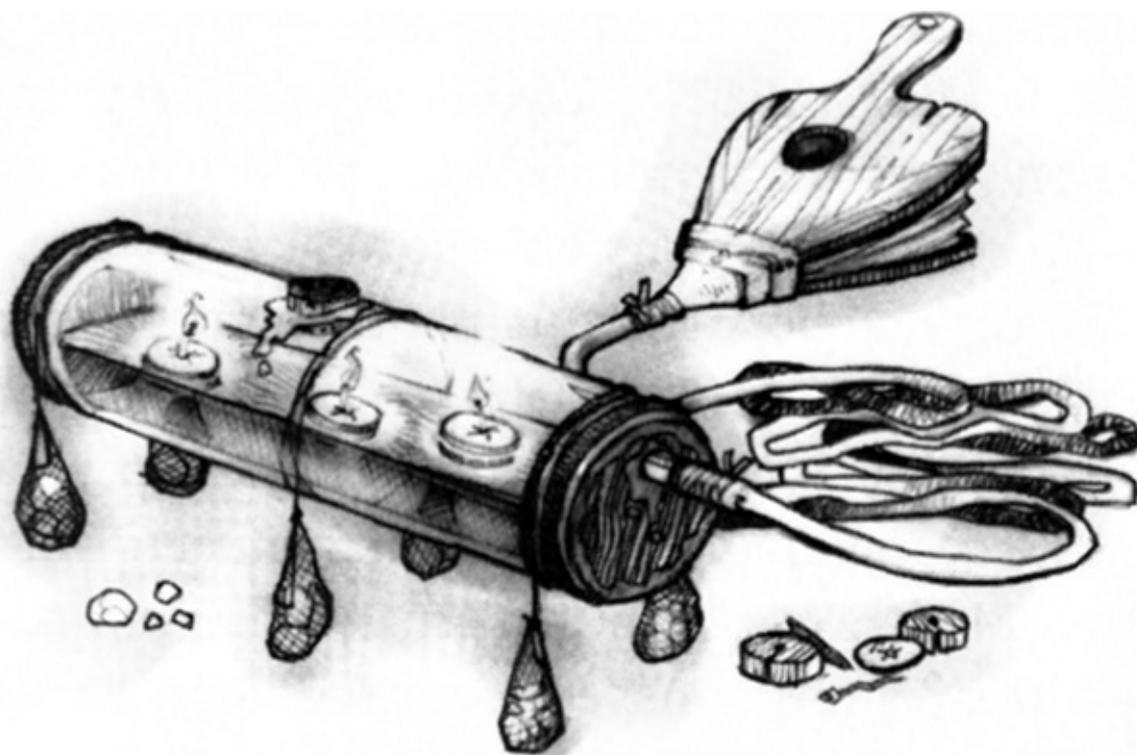
—Bernarda, vamos a dedicarnos a la pesca milagrosa. Tú no hagas ahora preguntas, sólo haz lo que yo te diga, y verás el fruto. Tú mantén el fuego que voy a encender —le dijo Moncho muy serio.

Levantó la tapa y con todo cuidado sacó el tubo de cristal del invento. En una cestilla traía todo lo necesario para hacer fuego: una perola vieja, yesca, trocitos de leña, cera, estopa y broza. Hizo fuego rápidamente y puso a calentar un candil con cera y una perola con sebo.

Puso el tubo horizontal, ya taponado, sobre el suelo y con un pellejo de aceite lo llenó hasta la mitad. Con un alambre hacía navegar las candilejas. En la punta del alambre ató una cuerda de algodón, la encendió y desde fuera prendió las tres lamparillas, que ya nadaban sobre la superficie. Lo taponó con un corcho. Envuelta entre unos trapos húmedos sacó una madeja de intestinos secos. Los anudó unos con otros con trocitos de caña y los ató con rafia. Metió en el tapón de corcho del tubo de cristal un trozo de caña y esparció sebo caliente alrededor. La otra punta de los intestinos la embutió en una caña que atravesaba por el centro de un taco de madera, que quedó flotando en una de las bocas del criadero, y dentro de esta punta metió la boquilla de un fuelle. Lo abrió un poco, presionó, y las tres llamitas se avivaron.

Con un carrete de cuerda dio varias vueltas alrededor del tubo. Me hizo levantarlo y colgó tres bolsas hechas con red muy fina. Dentro de cada una había pequeñas piedras redondas de playa. Me colgó en el cuello otra bolsa de red con más piedras.

—Son para dar la profundidad adecuada. Las piedras se meten por la parte de arriba de cada bolsa para hacer el lastre.



Ató un hilo a la muñeca izquierda de María Bernarda, midió tres brazas de hilo, cortó, ató en la punta una concha agujereada y la lanzó al agua.

—Cuando yo tire de la cuerda de la concha, es que debes dar un poco de aire porque las llamas de las lamparillas se están apagando. Das muy suave, muy suave, no más de dos veces. Tú misma verás que aumenta la luz. Cuando veas que se está muriendo, acciona ligeramente el fuelle.

Con sumo cuidado, metió el tubo en el agua, que descendió debido al lastre que le había colocado. La caverna, oscura y con un aspecto lóbrego, se iluminó.

—¡Qué maravilla! —gritó María Bernarda mirando al fondo embelesada.

—Y mucho más tendrás si haces todo bien y te portas como una niña buena. Vamos Joaquín, mi capitán, coge el arpón, y prepárate a meter algunas piedras en las redes para equilibrar el tubo. ¡Vamos a hacer cosas de hombres!, que las mujeres...

—Os vais a enterar cuando me transforme en mujer pirata, vosotros que os creéis ya tan hombres —nos dijo ella mientras nos embadurnaba el cuerpo con grasa—. Y no olvidéis que sé nadar tan bien o mejor que vosotros, que mis padres nos enseñaron a todos los hermanos desde pequeñines.

Yo no quise opinar porque vi que Moncho tenía las ideas muy claras y no quería interrumpir. Respiramos a fondo y descendimos a la caverna. Estaba completamente iluminada. Introduje unas piedras en las tres redes que

pendían del tubo. Éste descendió hasta quedar horizontal en mitad de la cueva. Moncho me hizo una seña y salimos a respirar.

—Ahora vamos a inspeccionar todo con detalle. Yo muevo la luz y tú miras.

Al introducirnos, Moncho tomó con suavidad el tubo luminoso y lo llevó hasta un rincón. Gracias a él se veía perfectamente. Continuó moviéndolo despacio para que pudiéramos contemplar todo. Era espectacular, y un privilegio el poder ver aquel mundo en vivo. Nadaban centenares de peces pequeños, se veían moluscos, conchas, algas de colores en el suelo, erizos sobre las rocas... Pero lo que de verdad llamaba la atención eran aquellas redes verticales entre las que se movían los mariscos.

Tras salir varias veces a la superficie, me dijo Moncho:

—Te conté que había tenido un sueño en el que había visto algo con total claridad. Vi en sueños la cueva tal como es y un punto reluciente en un rincón. Pues bien, lo he podido confirmar sin que tú te hayas enterado. ¡Sígueme!

Se sumergió y yo fui tras él. No lo dudó y, tomando el tubo luminoso, se fue derecho a una esquina en la profundidad de la caverna. Me señaló con la mano hacia un rincón. Había una pequeña tinaja con asas. Se lanzó hacia ella, la agarró, se dio impulso con los pies y subió en vertical. Yo dejé el tubo y lo seguí.

—¡Sabía que mi sueño era una realidad! —gritó con su trofeo entre las manos.

Salimos fuera. Yo contenía la respiración. Moncho respiraba con ansiedad.

—¡Bernarda, sigue dando de vez en cuando al fuelle, que no se apague! Veréis, cuando estaba entre dormido y despierto, como te conté, no soñé, es que vi que en la caverna había algo, lo vi con mis ojos, hasta el rincón en el que se encontraba. Era una luz muy fuerte. Lo vi con tal intensidad que estaba convencido de que era realidad, de que aquello no podía ser sólo un sueño. ¡Era una visión!

María Bernarda, entre tanto, tiraba de la cuerda. Cuando tuvo la luz junto a la superficie, ató el hilo de suspensión a una roca y se acercó a nosotros.

—Y también quiero contaros otra cosa —continuó Moncho—. Ese mismo día, a la atardecida, me fui a consultar a la adivina de Mundaca. Le dije que me leyera el futuro. La vieja empezó a hacer conjuros consultando el cielo, el fondo de un puchero, y al final fue a su famosa tinaja para leerme el futuro en la superficie del agua. Mirando el fondo, con los ojos como ausentes, me dijo:

«No me des dinero hoy. Tráeme luego algo de lo mucho que vas a encontrar antes de que cambie la luna». La adivina ha tenido razón. Y fijaos en lo que hizo luego. Me dio a beber un brebaje con alucinógenos en medio de un ritual. Me aseguró que era una sustancia elaborada con sabias pócimas mágicas heredadas de los antiguos hecha con hongos y otros productos. Hizo que me tumbara en el suelo. Yo me amodorré, comencé a adormilarme y entonces me dijo: «Prepárate para el viaje; mantén luego en tu mente la visión que vas a tener».

—¿Estás seguro? —le preguntó María Bernarda, con rostro incrédulo.

—Como lo oyes. Durante un rato, completamente dormido, en medio de un viaje alucinógeno, de nuevo tuve la misma visión de la esquina de la caverna, igual que la que había tenido mientras dormía en casa. Fue como un sueño dentro de otro sueño. No podía fallar, aquello no podía ser casualidad. Yo vi una oquedad como ésta, y en el fondo, a la izquierda, un punto con una luz fuerte, nítida. Era como una perla brillante con una luz verdosa y fosforescente alrededor. Y así ha sido, yo no he hecho nada más que seguir aquella visión. Por eso dice mi abuela que las *sorgiñas* son para las ocasiones.

—¿Y si dentro no hay nada? —insistió María Bernarda.

—No me importa. Lo que interesa es que yo he seguido ese sueño, y ese sueño se ha hecho realidad. Me juego los brazos a que hay algo... importante.

—Como se enteren los del Santo Oficio de la Inquisición, lo puedes pasar mal —le dijo María Bernarda.

—No se enterarán. Además, me ha dicho la bruja que alguna vez ha ido de noche a consultarla uno que ha estado en relación con el Oficio ese.

—No sé, pero ten cuidado. Todo lo que se relaciona con la brujería es perseguido con saña. Han quemado a varios.

—A la porra, mi abuela creía en las brujas, y era una santa.

Nos centramos en la pequeña tinaja. Más bien era un cántaro con cuello largo y dos asas. Estaba taponado con trozos de piel apretados con hilos de cobre. Sin dificultad, Moncho quitó el envoltorio. Debajo había otra piel embadurnada de grasa animal y atada con tripas. Finalmente apareció la tapa de madera de la tinaja, recubierta con una capa de pez.

Con la punta del arpón levantó la tapa. Contuvimos la respiración. Moncho extendió un saco en el suelo y volteó el cántaro. Comenzaron a caer bolsitas hechas con vejiga de cerdo. ¡Eran diez! Tomó una y, con mucho cuidado, le desató la boca. Dentro apareció una bolsa de terciopelo rojo, muy elegante, anudada con un cordel dorado. Con rapidez quitó el cordel y la vació en su mano izquierda. Cayeron varios lingotes pequeños de oro.

—¡Abramos todas!

Frenéticamente, nos lanzamos a desanudarlas todas. De dentro salían más bolsas de terciopelo. Una a una las fuimos abriendo. Ante nuestros sorprendidos ojos, fueron surgiendo monedas y lingotes de oro, piedras preciosas de colores chillones, monedas como las de la Nueva España, anillos, collares con grabados caprichosos, perlas... ¡Un tesoro!

—Joaquín, ya te puedes casar, eres rico —afirmó Moncho todo serio.

Yo no dije nada, sólo miré a los ojos de María Bernarda, que en un principio me parecieron serios y luego me sonrieron.

—Y ahora, Joaquín, tienes que enseñar a María Bernarda la maravilla que hay ahí abajo. Yo me quedo aquí arriba de capitán del navío vigilando la costa.

—Sí, que yo también quiero ver la cueva. Ahora vosotros a cocinar y a planchar, que yo voy a navegar. Pero os tenéis que poner de espaldas para que me quite la ropa —nos dijo muy seria—. Os volvéis cuando yo os diga.

—Espera, que me vuelvo para embadurnarte la espalda —gritó Moncho.

Cuando volvimos la vista, había desaparecido. Sus ropas descansaban en una esquina. Respiré a fondo y me lancé al agua, con más alegría que nunca. La luz iluminaba la caverna. En medio, braceaba Bernarda. A través de sus ropas íntimas de seda veía su cuerpo de sirena moviéndose grácil. Me puse frente a ella. Su cabello ondulaba sedoso. Salimos a respirar, y ella se reía. De nuevo descendimos. La cogí de la mano para guiarla por los recovecos. En una de las ascensiones, subiendo los dos frente a frente, la abracé y la atraje hacia mí. Sentí todo su cuerpo pegado al mío; sus pechos se me deslizaron en las manos como peces traviesos; su piel se deslizaba suave a mi tacto. Moncho comenzó maniobrar el tubo y a bailar como si cabalgara en el agua al ritmo de una canción. Y una y otra vez, nos paseamos sumergidos entrelazados. En una ascensión, la besé en la boca. Salimos a superficie y seguimos besándonos.

—Ahora soy rico, ¿te casarás conmigo? —le propuse formalmente teniéndola entre mis brazos—. Si no me quieres, me compraré un galeón y me haré pirata, que ahora tengo dinero suficiente.

Por toda respuesta, se escurrió como una sardina y se sumergió en el agua. Seguimos nadando entrelazados, salimos a respirar y estuvimos besándonos con sabor salobre.

Yo pensé que no podía haber momento más feliz que aquel. Por ella bebía los vientos, es decir, que estaba locamente enamorado. Y es que, a veces, los sueños, sueños no son y se hacen realidad.

EL BAILE DE LA ADIVINA

Al día siguiente por la tarde, venciendo la curiosidad al miedo en el caso de María Bernarda, fuimos a pagar a la adivina a su cueva. Hicimos el camino bordeando la mar, llegamos a las afueras de Mundaca y caminamos por un sendero en medio de un robledal. Anduvimos entre helechos y llegamos a una roca donde nos paramos. El arrebol del atardecer lo envolvía todo en un agradable ambiente y olía intensamente a yerba.

Avanzamos hasta unas rocas. En medio se veía una boca negra. Allí tenía la adivina el rincón de sus ritos. Estaba sentada a la entrada de la cueva. Era una mujer muy anciana, con la cara acartonada y llena de arrugas, ojos diminutos y una larga cabellera canosa que le caía hasta la cintura. En aquel rostro cosido de arrugas daba la impresión de que se habían dormido todos los siglos. Sin embargo, el talle lo tenía erguido.

Moncho le dio una moneda de oro como pago a sus servicios y ella quedó muy contenta y agradecida. Nos hizo sentar sobre unas vértebras de ballena que tenía en la entrada como asientos. Nos habló de cómo estaban los marinos en mares lejanas, de las buenas cosechas que iba a haber y nos regaló ciruelas pasas, avellanas y nueces. Cuando nos íbamos a marchar, nos hisopó con una rama de boj untada en una sustancia que tenía en un puchero:

—Los espíritus de nuestros antepasados, que habitan desde tiempo inmemorial al amparo de estos montes, os bendigan en vuestro caminar.

—¿No os habéis dado cuenta de una cosa? —nos habló María Bernarda cuando iniciamos la vuelta.

—Tú dirás —le dije.

—¿Cuántos años os parece que pueda tener esa *sorgiña*?

—Muchos más que mi abuela, incalculable, como Matusalén —le contestó Moncho.

—¿Y cómo os explicáis que siendo tan requetevieja tenga unas manos jóvenes y frescas? No son manos de mujer mayor, ni mucho menos. Tenía el

cuerpo muy tieso. Estoy segura de que llevaba una careta o algo parecido en el rostro, de que no es tan anciana como aparenta.

—¿Estás segura? —le pregunté inquieto—. Puede que te equivoques.

—Intuición femenina, las mujeres nos fijamos en detalles que vosotros no veis.

Nos quedamos pensando un momento. Aquello había que investigarlo. Una de las cosas que mejor definen la edad de las personas, efectivamente, es la rugosidad de las manos, nos explicaba María Bernarda. Si tenía esa piel tan fina en las manos, era que estaba disfrazada. ¿Y por qué iba a llevar peluca? ¿Quién sería?

Seguimos andando unos diez pasos, nos desviamos por unos senderos y nos metimos por un robledal para dar un pequeño rodeo hasta volver cerca de la cueva. Nos escondimos entre unos arbustos. Desde allí podíamos espiar sus movimientos. Para poder verlo todo mejor, trepamos a un árbol. No podíamos verle la cara, pero sí lo que hacía, y estábamos en buen lugar por si venía gente.

La adivina se inclinó ante la luna y le cantó una especie de plegaria con cadencias muy antiguas. Luego comenzó a bailar una danza, igualmente de épocas pasadas. Hacía muchas inclinaciones y levantaba los brazos al cielo. Encendió un fuego e hizo algo parecido a una jaculatoria. Echó unos polvos en la hoguera, que despidió irisaciones verdiazules. Se desnudó por completo, con una jarra tomó agua de la tinaja donde leía el futuro y roció su cuerpo. Se dio masajes con ungüentos de distintos tarros. Su piel brillaba con color almagre. En las muñecas, brazos y tobillos lucía extraños abalorios. Desde luego, aquel cuerpo no era el de una mujer anciana, todo lo contrario.

Moncho y Bernarda siguieron en el árbol mientras yo me dejaba caer al suelo y avanzaba ocultándome entre los helechos. La *sorgiña* tenía puesta una peluca canosa, pero su cuerpo era joven. De varios pucheros colocados en círculo salían vapores de distintos colores. Tomó una pócima, miró a la luna y le hizo una inclinación. Luego se puso de pie mirando la superficie de una tinaja. Se quedó quieta como si leyera en su interior. Se separó, dio unos pasos con los ojos cerrados y comenzó a bailar. Al principio muy lentamente, luego frenética. Daba vueltas y más vueltas, sin parar, como enloquecida, como si estuviera poseída por un espíritu. Y lo hacía con mucha elegancia, bailando con una pose etérea, parecía que estaba caminado sobre las aguas de un lago. Y seguía dando vueltas.

Aprovechando que danzaba totalmente ausente de lo que le rodeaba, me acerqué a gatas parapetándome tras unos grandes helechos. En un momento

se paró. Su cuerpo sudaba a chorros, tenía los ojos idos. ¡Y entonces vi su cara! Era guapísima, una mujer como había visto pocas, con la cara muy brillante, parecía una diosa... Y creo que sí, creo que tenía pies de pato.

Fue cayendo suavemente la noche.

Retrocedí a cuatro patas entre los helechos y llegué al árbol. Les hice señas para que bajaran en silencio. Moncho saltó de la rama, pero le salió un «¡ay!» al golpearse el codo con el tronco. No les pude contar nada porque para cuando nos dimos cuenta, la adivina vieja, joven o *sorgiña*, o lo que fuera, estaba delante de nosotros empuñando un palo, con la melena echada hacia adelante tapándole la cara y a medio cubrir con una túnica estrafalaria. Nos quedamos sin habla.

—Como contéis lo que habéis visto, el castigo será terrible. Caerá sobre vosotros y sobre vuestros familiares, no os salvaréis ninguno. Mi influencia no conoce distancias ni diferencia entre personas. Os conozco, y vuestras muertes serán terribles. ¡Silencio, pues!

Presos de terror, no nos quedamos a escuchar más, sino que nos lanzamos corriendo cuesta abajo por un sendero. El miedo que llevábamos dentro nos hacía correr de forma atolondrada. Nos tranquilizamos un poco al salir del bosque y llegar a una pradera. Nadie venía detrás de nosotros, y nos paramos junto a la pared de un huerto. Ya había salido completamente la luna y nos iluminaba en el camino. Estábamos sudando.

—No digamos a nadie lo que hemos visto. ¡A nadie! —les dije.

—¿Por qué no? —me reprochó Moncho.

—Porque si se entera el Santo Oficio podemos pasarlo mal. La Inquisición tiene muchos ojos. ¿No viste, Moncho, la cara del señor Braulio? No está permitido ningún contacto con la brujería. Pueden someternos a tortura a nosotros y a nuestros familiares.

—Pero ¿no exageras, Joaquín?

—No, no exagera, Moncho, que hace poco tiempo, en Durango, dieron tormento a una bruja hasta que murió en el potro. Y para acusarla, antes dieron tormento a los que luego serían testigos de la acusación —dijo María Bernarda.

—¿Nos darán tormento? —se preguntó Moncho con miedo en los ojos.

—Si nos callamos y no decimos nada a nadie, ¡a nadie!, no. Pero si se enteran, nos someterán a interrogatorio por separado y sabrán todo lo que ha pasado. Y en el interrogatorio nos aplicarán el potro —les dije a los dos.

Caminamos, en completo silencio, por un sendero estrecho entre las tapias de dos huertas. Los tres íbamos muy juntos, para darnos fuerzas. Nos cogimos

de la mano. Todo eran sombras. De repente nos salió al paso un extraño perro negro. Se plantó en medio del sendero. Aunque tenía un aspecto feroz, no ladró, parecía mudo. Llevaba el rabo entre las patas y bajaba la cabeza como si fuera husmeando por el suelo. Era patilargo, flaco, muy alargado, con la cabeza pequeña y unas orejas diminutas muy puntiagudas. Sus ojos irradiaban una luminiscencia rojiza extraña, profunda, misteriosa... Daba miedo. En lugar de ladrar, lanzó un rugido bajo, como un mugido de toro. Nos produjo una extraña sensación, y estaba en medio del sendero cortándonos el paso.

—¡Yo no sigo, me da miedo! —me susurró al oído María Bernarda agarrándose a mí con fuerza.

El perro abrió la boca exhalando un vapor amarillento. Los dientes brillaban con color verdoso. Sus ojos espejaban la luz de la luna dando una imagen pavorosa.

—¡Por favor, huyamos! —gritó María Bernarda.

El perro no se movía y nos cortaba el paso. Yo quise hacerme el valiente delante de ella, pero había que tener cuatro hígados para acercarse al animal. Moncho no lo pensó más, se acercó al perro y le lanzó con toda su fuerza una patada en la quijada izquierda. La bestia no ladró, sino que emitió un gemido extraño y reuló cuatro pasos. Moncho cogió un palo y logró darle un garrotazo en la pata trasera derecha. Vimos cómo marchaba con la cabeza baja y el rabo metido entre las patas. Se alejó dando saltos como un galgo.

Echamos a correr. El camino de vuelta hasta Bermeo fue un constante mirar hacia atrás con miedo. María Bernarda no soltaba su mano de la mía. Lo hicimos tan deprisa que pronto llegamos a la punta de Lamiaran. Nos despedimos en la plaza. Moncho se echó a correr para casa como alma que lleva el diablo. María Bernarda no anduvo dos pasos cuando me llamó:

—Acompáñame a casa, Joaquín, que hoy me da mucho miedo.

Aquello me supo como el mejor piropo, aunque en ese momento no me agradase andar por la calle. Ante ella me hice el mozo fuerte y sin miedo, su ángel protector. La tomé del brazo. Andando en la oscuridad por calles estrechas, con rincones con sombras, su roce me sabía bueno. En un momentó, en una esquina, cuando ya su casa se divisaba a lo lejos, nos paramos en una sombra. La empujé al fondo.

—*Musutxu bat emango didazu*^[25]? —y de su boca robé la miel que caía por todo su cuerpo rezumando vida—. Te quiero mucho. ¿Te querrías casar conmigo?

—Eso no me lo preguntes ahora, déjalo para otro día con menos sorpresas, tonto.

Me dio un beso largo, se echó a correr para casa, y entonces la llamé:

—María Bernarda, mañana planta en las macetas de tu ventana varias ramas de laurel.

Durante un momento me quedé contemplando cómo corría para su casa. Tenía prisa por llegar. Me hizo adiós con la mano desde el portal y di la vuelta. Al comienzo andaba despacio, pero luego me entró un extraño desasosiego, miraba para todas partes, del cuello hacia la espalda comenzó a apuntillarme una corriente de fuego. No pude aguantar más, eché a correr y no paré hasta que cerré la puerta de mi casa. Al sentirme dentro, respiré tranquilo y comenzó a salirme un sudor extraño.

Y LAS LAMIAS, LAMIAS SON

Nada más levantarme, planté por el huerto de casa varios esquejes de laurel, y muy especialmente en dos macetas junto a la puerta. Había que ahuyentar los malos espíritus.

A Moncho y María Bernarda no les había contado todo lo que había visto en la cueva de la adivina. No quise descubrirles su identidad para que no se atormentaran. No les quise decir que la bruja que había visto era Sebastiana, la viuda guapa, la que había llevado al fraile a una muerte trágica después de enamorarlo locamente. Mejor que no lo supieran, que lo ignoraran, así les evitaría problemas. Pero yo sí lo sabía, había caído sobre mí ese peso, y ahora tenía dentro de mí extrañas sensaciones. Sería difícil tener un futuro tranquilo.

Al día siguiente, cuando estaba en el mercado semanal ayudando a mi madre a hacer las compras, vi a Sebastiana interesándose por un producto nuevo que habían traído de las Indias, y que llamaban *patata*. Me acerqué a ella lo más que pude. Mirándola de cerca me di cuenta de que era muy guapa, terriblemente atractiva, su perfil me recordaba al mascarón de proa que había entronizado en el zaguán de casa. Me aproximé un poco más dando un pequeño rodeo para verla mejor del otro lado. Y entonces, a cuatro pasos de distancia, me quedé de piedra: tenía la mandíbula izquierda totalmente amoratada y el ojo hinchado y medio cerrado. Me alejé y me senté en la plaza, sin dejar de mirarla desde lejos. Cuando la vi salir del mercado, me di cuenta de que cojeaba. Y era de la pierna derecha.

Al llegar a casa, miré los laureles que había plantado en la huerta. Parecía que habían prendido. Cerré con cuidado la puerta, me dirigí a la cuadra y cogí la botella que había enterrado hacía tiempo. Saqué la carta y la leí varias veces queriendo entender aquel final:

Y de todo ello tendrán vuestras mercedes mucho merecimiento y muy buena dicha por los muchos tesoros que

allí hallarán. Y para cuando vayan a entrar en la dicha ciudad, encontrarán ayuda secreta, tras las murallas, en ciertos pobladores de la misma que son amigos nuestros y muy enemigos de la religión del rey de Castilla, los nombres de los cuales en otra misiva tengo escritos y no puedo señalar agora.

Este libro ha sido digitalizado desde su edición en papel para EPL. Si has pagado por él te han timado y si lo has bajado de alguna página en la que te saltan anuncios, no tiene nada que ver con epublibre. Si encuentras alguna errata, por favor visítanos y repórtala para que podamos seguir mejorando la edición. (Nota del editor digital).

Notas

[1] Milla marina: 1852 m. <<

[2] *Pairo*: estado de relativa inmovilidad en que se deja una nave, con las velas tendidas, pero sin atar con cuerdas. <<

[3] *Capítulo: Reunión. Asamblea importante.* <<

[4] «¿Quién es?». <<

[5] «¡Naufragio! ¡Abrid, por el amor de Dios!». <<

[6] «En este momento, queridos hermanos, lo primero que tenemos que hacer es salvarnos. Estos hombres nos van a matar. En cuanto apague el fuego, dispersaos por la isla y refugiaos en las cuevas. Que Dios nos asista. ¡Ahora o nunca!». <<

[7] «¡Escondeos!». <<

[8] *Fraillien Kuebie*: La Cueva de los Frailes. <<

[9] *Braza*: medida de longitud equivalente a 1.67 m. <<

[10] *Lamias*: Según las creencias populares, son seres antropomórficos con pies de pato. <<

[11] *Nudo*: Una milla marina por hora. <<

[12] Dentro del puerto silencioso / hay un blanco y hermoso barco sobre el agua. / A las dos de la mañana nos despertamos / siempre los pecadores para ir lejos. / Cuando paso por debajo de las sventanas / me saltan las lágrimas. / ¿Por qué, por qué, por qué, por qué / por qué llorar, / si en el cielo hay una estrella por el lado del mar? <<

[13] *Arrantza*: pescador de cala costera o bajura. <<

[14] *Sorgiña o Sorgiñe*: bruja. <<

[15] *Mariñelak eta arrantzaleak*: pescadores de bajura y altura. <<

[16] *Braza*: medida de longitud marina que equivale a 1678 m. <<

[17] «¡Se han llevado el plano! ¡Se han llevado el plano!». <<

[18] «No hay que creer que existen, no hay que decir que no existen». <<

[19] *Vara*: medida de longitud, de diferentes valores según la región, pero que oscila entre 768 y 912 m. <<

[20] *Nasa*: cilindro de juncos entretejidos, con un embudo hacia dentro, para pescar mariscos. <<

[21] *Patente de corso*: autorización que un gobierno concede a alguien para que pueda robar, extorsionar o cometer otras acciones de pillaje, siempre que sea contra enemigos declarados de dicho gobierno. <<

[22] *Changurro*: centollo. <<

[23] *Legua marítima*: medida que equivale a 5555.55 m. <<

[24] *Lamiaran*: Lugar de las lamias. <<

[25] —¿Me das un beso? <<